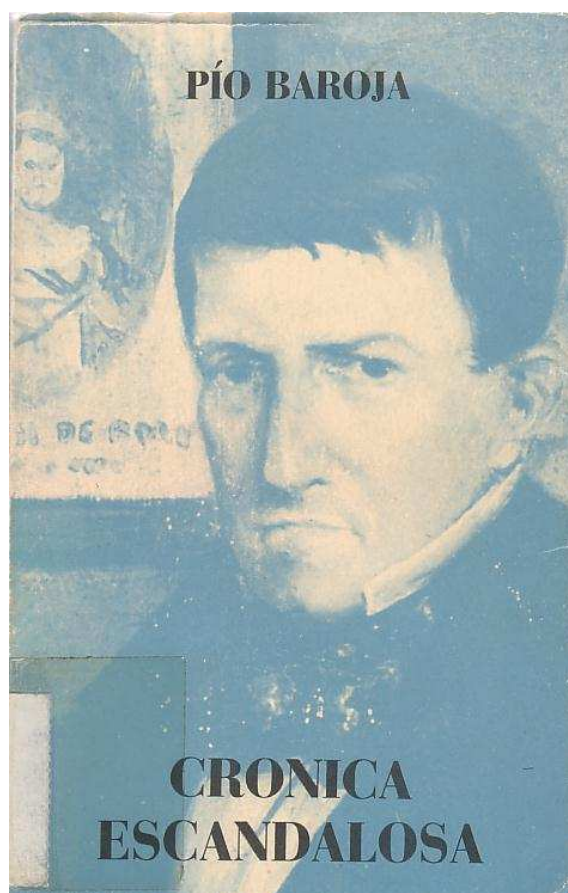


MEMORIAS  
DE UN HOMBRE DE ACCION



CRONICA ESCANDALOSA

NOVELA



PÍO BAROJA

# CRÓNICA ESCANDALOSA



Editorial  
Caro Raggio  
Madrid

Edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Pío Baroja

Cubierta de Ricardo Baroja

Es propiedad. Derechos reservados

© Herederos de Pío Baroja

Edita y distribuye: CARO RAGGIO, EDITOR

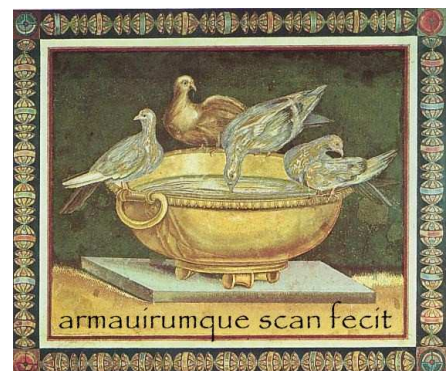
Alfonso XII, 52. Tel. 230 68 51. Madrid -14

ISBN: 84-7035-064-1

Depósito legal: M. 21012-1981

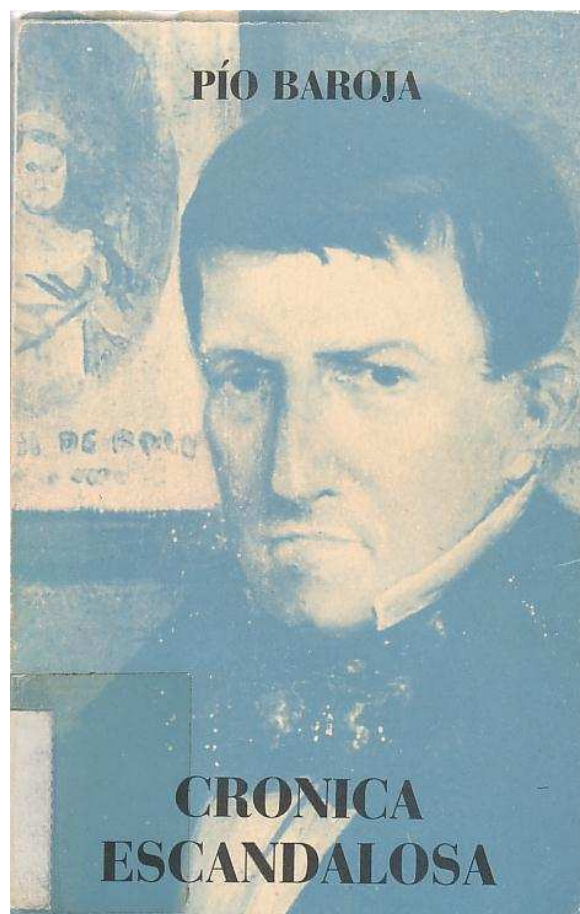
Imprime EDIME ORG. GRAFICA, S. A.

MOSTOLES (Madrid)



MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN  
Tomo XXI  
«Crónica escandalosa»

En 1934 daba Baroja como terminadas las «Memorias de un hombre de acción», después de veintidós años de trabajo. En septiembre firmaba, en «Itzea», esta «Crónica escandalosa» que se refiere a hechos acaecidos después de terminada la primera guerra civil. Eugenio de Aviraneta estuvo bastante metido en el círculo de María Cristina, madre de Isabel II y por eso, en un momento, fue objeto de sospechas y persecuciones. No se llevó nunca bien con algunos representantes conspicuos del Progresismo esparterista. La novela refleja el ambiente en que pudo moverse en tiempos en que la lucha contra María Cristina ya se había planteado. Tiempos, también, en que hubo una ola de especulaciones y de agios, paralela a la que experimentó Francia durante los últimos años de la monarquía de Luis Felipe y que terminó con la revolución de 1848. Esta conexión entre el mundo de los negocios, mas o menos sucios, de Francia pujante y España convulsionada todavía, sirve al novelista de eje para urdir un relato, producto no solo de vastas lecturas, sino también de recuerdos familiares, transmitidos, sobre todo, por sus padres. Aviraneta, ya cincuentón, sigue actuando. Pero puede decirse que la época dorada de las conspiraciones ha pasado para él y que el momento del retiro definitivo se avecina.





## ADVERTENCIA DE LEGUÍA

Dice Aviraneta en sus papeles que hacia 1842 ó 43, al mismo tiempo que redactaba una relación oficial para el gobierno explicando los medios empleados por él para acabar la guerra carlista, comenzó a escribir una Memoria Secreta. Contaba en ella las maquinaciones, los chanchullos y los enredos de la época.

El relato oficial fue varias veces examinado y expurgado antes de su publicación, primeramente por el ministro Pita Pizarro y después por Martínez de la Rosa. La Memoria Secreta no se publicó y quizá la destruyó el autor. Esta Memoria Secreta nos hubiera interesado a los aviranetianos consecuentes, mucho más que los sucesos políticos y las reflexiones morales.

Así como se dice del naturalista Cuvier que con un solo hueso o con una esquirla de hueso reconstituía metódicamente el género, la especie y la variedad de un animal desaparecido y cuyos restos ya fósiles se hallaban diseminados por la tierra, así he pretendido yo sacar de unas cuantas notas aisladas la Memoria Secreta que escribió y probablemente destruyó mi amigo y maestro Aviraneta.

Me ayudó en la tarea un hombre, empleado en el archivo del ministerio de Hacienda, que sentía entusiasmo por don Eugenio. El encontró cartas, documentos y papeles.

A este hombre, que tenía muy pequeño sueldo, le entró, contagiándose conmigo, la furia por las investigaciones históricas aviranetianas, y todos los días registraba diez o doce legajos y hacía un índice de lo que contenían.

El archivero improvisado, entusiasta de su nuevo oficio, me proporcionó muchos datos, algunos sin interés, pero otros muy curiosos y significativos.

Al escribir los tomos finales de las *Memorias de un hombre de acción* repasé los volúmenes anteriores para ver si existían inexactitudes o contradicciones.

Me hubiera gustado hacer una síntesis o una recapitulación de todo ello.

En lo escrito anteriormente por mí hay algo supuesto e inventado, con el fin de aclarar y explicar lo mal conocido. En estos libros finales también lo hay. Es difícil que cada personaje de tipo aclaratorio provenga de una visión directa. Las siluetas se desdoblán y se repiten. Todo se repite en la vida y en la literatura. Así he puesto al frente de los capítulos trozos de los anteriores volúmenes en calidad de *leit motiv*. Es difícil, creo yo, que en el escritor viejo puedan encontrarse nuevas vetas en su cantera. El filón está visto y reconocido. No hay más.

Esta apostilla al margen estampa don Pedro Leguía al comienzo del penúltimo volumen de sus *Memorias de un hombre de acción*.

## CRONICA ESCANDALOSA

POR  
DON EUGENIO DE AVIRANETA

### PRIMERA PARTE

#### SONDEOS

##### I

#### LA LOGÍA DE LA CALLE DEL LOBO

Había en Tolosa clubs republicanos, logias masónicas y carbonarias, grupos de italianos que seguían las inspiraciones de Mazzini y de la Joven Italia, y algunos refugiados polacos organizadores de una sociedad secreta llamada «La Praga».

*(Los Confidentes audaces.)*

Por aquel tiempo existía en Tolosa de Francia una logia masónica en la calle del Lobo. La logia se intitulaba «Los hijos de la luz».

En la misma casa había, además, una venta carbonaria, una sociedad de refugiados polacos llamada La Praga y una sección de la Joven Italia. La venta carbonaria La Praga y la sección de la Joven Italia eran completamente clandestinas y celebraban sus reuniones en un sótano del mismo edificio.

Como necesitaba auxiliares y colaboradores para desarrollar mi acción, decidí acudir a la logia a buscar apoyo. Pasé a media tarde a reconocer el lugar. La callejuela del Lobo era estrecha, sombría y empedrada con cantos agudos de río. La casa de los masones, de ladrillo rojo, parecía abandonada; el zaguán; oscuro, estaba con el postigo medio entornado. Había una zapatería de portal a la entrada, una muestra sórdida de un colegio en un balcón del primer piso y varios papeles en el segundo, con su letrero de *Se alquila*.

—¿A qué hora están los inquilinos? —pregunté al zapatero e hice el signo de reconocimiento de la masonería.

—¿Quiere usted hablarles? —me preguntó él con curiosidad mientras tenía una bota en la mano.

—Sí, si es posible.

—¿Es usted de aquí de Tolosa?

—No, soy español.

—Ah, ya.

—¿Puedo venir a visitar a esos señores?

—¿Pero es usted amigo?

—Sí, sí.

—Ah, bueno. Entonces venga usted pasadas las doce de la noche y llame usted dando en la puerta tres golpes seguidos y luego uno.

—Está bien.

El zapatero de viejo era hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y la mirada viva y suspicaz.

Después de cenar y de leer un rato los periódicos, me dirigí a la calle del Lobo.

La noche de marzo era oscura y fría; soplaban un viento huracanado y tempestuoso; las ráfagas de aire silbaban en las esquinas; los faroles de aceite se balanceaban con furia colgados de sus cuerdas. La calle del Lobo estaba en aquel momento desierta. Sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Me metí en una taberna abierta y esperé. Cuando salí sería ya la una; pensé que en la logia habrían terminado de escribir el acta, que en el argot masónico se llama trazar la plancha.

Me acerqué a la casa y llamé dando los tres golpes y luego uno, como me había indicado el zapatero. La puerta se abrió sin ruido. En el zaguán negro se vislumbraba una débil claridad. Avancé por el pasillo, y una mano me cogió del brazo.

—Tiene usted que dejarse vendar los ojos —me dijeron.

—Está bien.

Me detuve y me ataron un pañuelo a la cabeza. Dirigido por una mano comencé a marchar por un corredor resbaladizo y largo, con el suelo de ladrillo; luego por una avenida de jardín con losas de piedra y después, nuevamente, por una galería interior.

—Puede usted quitarse la venda —dijo alguien a mi lado.

Me la quitó. Estábamos en una habitación iluminada por dos bujías. Había en ella tres hombres ante una mesa, cada uno con su antifaz.

—Siéntese usted —me indicó uno de ellos. Me senté.

—No sabemos quién es usted —me advirtió uno de los enmascarados—. Dénos su nombre, las señas de su casa, sus intenciones y qué desea usted de nosotros.

—¿Escribo o hablo? —pregunté yo.

—Será mejor que escriba — y el enmascarado me alargó una cuartilla y me señaló un tintero y la pluma de ave.

Escribí con la mayor claridad posible quince o veinte líneas en francés. Leí luego lo escrito y entregué el papel al enmascarado. Los tres hombres del antifaz salieron y me dejaron solo.

Encendí un cigarro en una de las velas y estuve paseando arriba y abajo por la habitación. Al cabo de un cuarto de hora, volvieron cuatro enmascarados. No pude distinguir si eran los mismos de antes. Debían de ser los visitantes y el experto. Este tenía el pelo muy cano y la barba blanca. Me hicieron las preguntas reglamentarias y, sin duda, mis contestaciones les parecieron suficientes y satisfactorias, porque el experto dijo:

—Venga usted con nosotros. Perdone usted que le vuelvan a vendar los ojos.

El señor del pelo cano volvió a ponerme la venda y me dijo:

—Apóyese usted en mí y siga adelante.

## LA LOGIA

Tomé su brazo y eché a andar. Pisé otra vez suelo de ladrillo, losas de piedra y tierra de jardín con hierbas. Al poco rato comenzamos a subir unas escaleras y llegamos a un rellano.

Alguno de mis acompañantes dio once golpes en una puerta: primero cinco y una pausa, luego

tres y otra pausa, más tarde uno y por último dos.

La puerta se abrió, me hicieron avanzar en el templo, me quitaron la venda de los ojos, me dieron tres vueltas y me llevaron delante del jefe o Gran Maestro, que estaba con un antifaz. Se hallaba este señor sentado en una silla cerca de una mesa iluminada con once candelabros. El templo tenía sus columnas y el techo estaba pintado de azul con estrellas de plata.

—¿Sabe usted que si nos engaña le podemos descubrir fácilmente? —me dijo con severidad el Gran Maestro.

—Sí.

—¿Que descubrir una traición sería para usted la muerte?

—Lo sé también.

—¿Desde cuándo está usted afiliado a la masonería?

—Desde 1807.

—¿Pertenece usted también al carbonarismo?

—Por lo menos he pertenecido a esa sociedad.

—¿En dónde hizo su iniciación masónica?

—En Bayona.

—¿Y su iniciación carbonaria?

—En París.

—¿Cuál es su nombre?

—Eugenio de Aviraneta.

—¿Español?

—Sí, español.

—¿Cuál es su objeto al visitar el templo?

—Yo soy un español liberal, sirvo a la reina Maria Cristina porque considero que su gobierno es el que puede dar más libertad a mi país. La reina ha favorecido el liberalismo en España. Yo he trabajado en Bayona contra los carlistas vascos y he logrado desunirlos. Lo mismo he hecho desde aquí, desde Tolosa, contra los de Cataluña y he conseguido mi objeto. Actualmente se intriga en Francia, por españoles y franceses, contra María Cristina. Se han despertado en todos los políticos unas ambiciones desenfrenadas. Los enemigos de la reina son los carlistas, los partidarios del general Espartero y los del infante don Francisco. Yo pretendo conocer sus proyectos e inutilizarlos. Ese es mi plan.

—Las explicaciones que ha dado este hermano ¿os bastan? —preguntó el jefe o Gran Maestro a los que se encontraban en la sala.

—Sí —dijeron las quince o veinte personas que le rodeaban.

—Entonces, quitaos los antifaces y acogerle fraternalmente.

El jefe y los demás se quitaron las caretas.

## EL COMISARIO LENORMAND

Estreché la mano de los circunstantes, entre los que se hallaban personas muy conocidas de Tolosa, entre ellos Autier el banquero, el impresor Henault, el comisario de policía Lenormand y el relojero Passaga que había vivido muchos años en Madrid.

El Gran Maestro me dirigió algunas palabras amistosas y me hizo sentar un momento a su lado.

Mis explicaciones habían interesado principalmente al relojero Passaga y al comisario Lenormand, con quienes tuve una larga conversación, en la cual me pidieron datos acerca de las maniobras de los enemigos de la reina.

—Hay una conspiración en el ambiente —dije.

—¿Qué conspiración es esa? —preguntó Lenormand.

—Es una confabulación todavía oscura. Entran en ella carlistas, moderados y progresistas.

—¿Pero eso tiene alguna base?

—Sí, tiene base. Colaboran en el asunto todos los descontentos. Quieren quitar a la reina madre la regencia. Si Espartero echa a María Cristina del reino, como se dice; si se hace campeón del partido progresista y pone en contra suya toda la pasión de carlistas y de moderados, tiene que fracasar necesariamente más pronto o más tarde.

—¿Y usted no ha avisado a la reina para que se ponga en guardia? —preguntó el relojero Passaga.

—Sí; he escrito varias veces al ministro Pita Pizarro para que convenza a María Cristina de que no salga de España por ninguna razón ni pretexto. La he recomendado que espere a la pacificación completa del país y que se sostenga como pueda en el trono.

—¿Cree usted indispensable que María Cristina siga de regente para el liberalismo de España? —me preguntó Lenormand.

—Creo que sí. Si ella se va, los liberales hemos de perder. Los carlistas pueden volver a recuperar sus fuerzas, y Espartero, a pesar de lo que le digan sus entusiastas, no podrá sostenerse contra todos más que muy poco tiempo, a no ser que sea un genio político, cosa que no creo.

Passaga y el jefe de policía Lenormand escucharon con atención y prometieron colaborar con gusto en mis trabajos.

—Me parece que está usted en lo cierto y en lo sensato —dijo Lenormand—; pero ya sabe usted que en estas cuestiones políticas no siempre se elige lo sensato.

A la una y media de la noche se disolvió la sesión o tenida. Se hizo circular el tronco de la beneficencia, y todo el mundo echó algunas monedas de plata en la bolsa. El relojero Passaga me dio las señas de su casa y me invitó a que fuera a verle.

Después me vendaron de nuevo los ojos, me llevaron por aquí y por allá y me encontré en una calle conocida desde donde pude dirigirme a mi casa. Tenía esperanzas de obtener algún resultado con mi visita a la calle del Lobo.



## II

### TOLOSA

Hoy Tolosa creo que es un pueblo modernizado, con grandes avenidas y bulevares; entonces era una vieja ciudad meridional, un pueblo rojo, de ladrillo, con calles estrechas y tortuosas, mal pavimentadas.

*(El amor, el dandysmo y la intriga.)*

Al principio de llegar a Tolosa me vi yo muy perseguido por la policía de la ciudad. Estuve primero alojado en el Hotel del Gran Sol y por tener un cuarto malo e incómodo me trasladé al de las Cuatro Estaciones, en la plaza de la Bolsa. No me encontraba tampoco allí muy contento. El cuarto del hotel, adornado con cortinas, alfombras y sillones de terciopelo raído, no era muy limpio y había en el papel manchas sospechosas de mosquitos y de chinches, que podían presentarse en escena a toda orquesta en cuanto apretara el calor.

Una mañana, mientras tomaba un baño caliente para mi reuma, un inspector de policía, rústico y grosero, acompañado de dos agentes, penetró en el cuarto, sin pedirme permiso, y con ademanes violentos me preguntó:

—¿Es usted el señor Aviraneta?

—El mismo.

—¿Español?

—Sí, señor.

—Haga el favor de darme su pasaporte.

—Permita usted que salga del baño y me vista; luego le manifestaré el objeto de mi estancia aquí y le mostraré mi pasaporte, para lo cual puede usted esperar en una pieza inmediata.

—Nada, nada. Yo no tengo que esperar. El pasaporte enseguida.

El inspector enarboló su bastón de mando y me ordenó que saliera enseguida del agua y me vistiera, como lo hice delante de los agentes.

Al concluir de vestirme busqué el pasaporte y la carta de residencia del comisario de policía y se los mostré.

Vaciló el inspector y me obligó a salir de casa y a ir con él a una oficina de la policía. El jefe de esta oficina, llamado Labrière, que estaba en compañía de un tipo moreno, tétrico, de cara macilenta de tipo español, sacó de un cajón unos papeles y me hizo varias preguntas ociosas, a las cuales contesté yo como bien me pareció. En las primeras palabras le advertí:

—No tengo obligación de darle cuenta de la actividad política mía ejercida en España; no soy un refugiado, sino un particular que está tratándose una enfermedad.

El tal Labrière era un hombre de malas trazas, grueso, moreno, de color cobrizo, de aire jesuítico, con formas melosas. Luego supe que era muy devoto y que estaba al servicio de los reaccionarios.

De joven había estudiado para cura en un seminario del mediodía, en Montpellier o en Perpiñán. Después sentó plaza y entró en España con el ejército del duque de Angulema, donde llegó a sargento. Luego pasó a la policía, en la época del mando de los clericales del Pabellón Marsan, y ascendió a inspector.

Examinó Labrière mis documentos con cierta sorpresa, se los mostró a su compañero, que a mí

me parecía español, y me los devolvió de mala gana, diciendo que podía retirarme.

Este paso se dio por instigación de los legitimistas tolosanos, grupo de gran influencia en la ciudad, unidos a los reaccionarios españoles de categoría refugiados en Tolosa.

Entre estos últimos estaba Calomarde, del que me hablaron con grandes elogios por su caridad. Yo le vi una vez a la puerta de una iglesia, y a pesar de encontrarle ya viejo, despreciado y humillado, me produjo tal cólera su aire de hipocresía y de bajeza, que, a no contenerme, le hubiera dado un puñetazo o un puntapié.

Reaccionarios españoles y franceses formaban en Tolosa una falange poderosísima y a su servicio se encontraba el jefe de policía Labrière, hombre muy enérgico y muy astuto. Como lazo de unión de la policía francesa y española estaba el hombre de aire tétrico del que supe, por Lenormand, que era un agente llamado Mejía, de quien recordé que me había hablado el confidente madrileño López del Castillo.

Mejía probablemente estaba a sueldo de los carlistas.

—Usted lo que debe hacer es presentar una queja al prefecto por esa violación de domicilio — me dijeron algunos liberales franceses.

Yo no quise hacerlo por no meter ruido y no llamar la atención.

Preferí dirigirme de una manera confidencial a la logia masónica de la calle del Lobo y, al mismo tiempo, escribir al embajador de España en París, contándole el caso y remitiéndole la Real orden del ministro de Estado, don Evaristo Pérez de Castro. En ella recomendaba a los embajadores, cónsules y otros encargados en el extranjero de los negocios españoles, que me prestasen ayuda. El embajador de España en París, marqués de Miraflores, al devolverme el despacho del ministro, me decía: Ya no le molestarán más las autoridades de Tolosa; se les ha comunicado órdenes por el gobierno francés para que le dejen tranquilo.

Efectivamente, así sucedió durante algún tiempo.

Por entonces, en un número de marzo del periódico francés *La Emancipación* venía esta noticia: «En una carta que se escribe desde Madrid el 18 de este mes al *Memorial de los Pirineos* se dice: «El gerente del periódico *Fray Gerundio* ha sido detenido y encarcelado. Circula el rumor en la ciudad de que medidas semejantes van a ser tomadas con muchos redactores de la oposición, principalmente de *La Legalidad* y del *Eco del Comercio*. Se dice también que el ministerio ha ordenado a su embajador en París la detención del señor Aviraneta si intentase pasar la frontera. El señor Aviraneta, que ha representado tan importante papel en los trastornos políticos de Barcelona, es el mismo a quien el general Espartero mandó detener últimamente a su paso por Zaragoza y que fue libertado por orden del ministro.»

Estas noticias me hicieron exagerar la prudencia; veía que no había para mí buenas intenciones en las alturas.

## LA PENSIÓN DE COHEN

Por influencia de uno de los masones de la logia me trasladé del Hotel de las Cuatro Estaciones a la pensión de un tal Cohen, que era judío y daba lecciones de alemán y de hebreo.

Este señor vivía en la calle de los Paradoux (los *paradoux* debían de ser una cierta clase de flechas que se usaban en la Edad Media).

En casa del señor Cohen me dieron un cuarto grande, desnudo y blanqueado, que había pertenecido a un catedrático de la Universidad.

Allí no había miedo a los parásitos como en el Hotel de las Cuatro Estaciones. En la casa vivía un profesor de español, hijo de un valenciano que se firmaba Ivagnés. Este señor Ivagnés comenzó a acompañarme en mis paseos por el barrio. Solíamos ir también, los días en que estaba abierto, al Jardín de Plantas a sentarnos allí.

El barrio era curioso. Cerca de la calle de los Paradoux estaba la iglesia de Nuestra Señora de la

Blanca, con su torre, y en las callejuelas próximas había antiguos hoteles de ladrillo. Al lado se encontraba la plaza Salin, donde antiguamente se celebraban los autos de fe, y la capilla de la Inquisición. En esta plaza habían sido condenados a muerte muchos heréticos, y en ella fue quemado vivo Vanini, después de haberle arrancado la lengua por ateo.

En la misma casa de Cohen, en el último piso, había una pensión muy pobre, y en ella, según me dijo Ivagnés, habitaba un español -en una situación muy próxima a la miseria.

Este español, Angel Pérez, a quien fui a visitar, vivía en una guardilla con las mayores privaciones. Era un tipo solitario y suspicaz, con un hijo pequeño tan salvaje como él. Tenía los ojos negros y chiquitos como perdigones y el pelo rizado.

El tal Pérez no era mal artífice; pero él se creía un genio y pensaba que todo el mundo le perseguía y que tenía que vivir por necesidad huido. Pintaba abanicos románticos y otros de estilo Imperio con elegancia; tenía una fantasía limitada, muy propia para su arte; pero él la creía, sin duda, importantísima y grandiosa. No podía comprender que la producción de sus pequeñas obras artísticas no era suficiente para que nadie le persiguiera.

Yo, que he tenido alguna afición a la pintura, le hice algunas observaciones sobre su técnica, y me contestó estúpidamente que sus obras producían la rabia de los envidiosos.

Tenía la pretensión de pintar retratos del natural, y yo le dije que se veía que sus condiciones eran sólo para pintar de memoria.

A los pocos días vino a pedirme dinero, pero no se lo di.

—No quiero contribuir a la vanidad de los tontos —le dije.

Corté con él, porque el pintor era de esos hombres con los cuales no se puede uno entender y con quien se acaba necesariamente riñendo.

Seguí visitando al señor Ivagnés y hablando con Cohen, quien, a pesar de que aseguraba con gran interés que no practicaba su religión, la practicaba secretamente con su familia y guardaba filacterias misteriosas en los rincones.

El señor Cohen se lamentaba de que, habiendo sido Tolosa en su tiempo de esplendor una ciudad progresiva y abierta a todas las tendencias, se hubiera convertido en un pueblo levítico de ideas estrechas, en el cual lo más simpático para sus habitantes eran las procesiones y las fiestas religiosas. La intransigencia reinaba en la población, según el judío. No había bastado, y no podía bastar seguramente, el que en los tiempos revolucionarios se cambiara el nombre de la calle de la Inquisición por el de calle de la Tolerancia.

## ESPERAR Y DESESPERAR

En un pueblo extranjero las horas son de una longitud desmesurada. La vida se pasa esperando. Se espera y se desespera continuamente. Se vive como en un paisaje sombrío, y sólo a lo lejos brilla la luz en los últimos términos.

Muchas veces, por las mañanas, solía dar un paseo solo; marchaba por las orillas del Garona y contemplaba las murallas del pueblo con sus torreones derruidos llenos de hierbajos. Otras veces solía pararme en el Puente Nuevo a contemplar el río y el pueblo con sus casas y sus torres. Como el sol picaba y me producía un ligero dolor de cabeza, entraba en los barrios solitarios por las calles estrechas y tortuosas con pavimento de cantos agudos de río y casas antiguas de ladrillo rojo, abandonadas y desiertas.

El sol penetraba en estos callejones como una espada de fuego. En algunos pasadizos y plazuelas no oía más que el ruido de mis pasos.

Cuando volvía a mi rincón, si no tenía correspondencia, me entraba el abatimiento y me pasaba horas mirando el techo.

Con frecuencia salía a la azotea; desde allí se dominaba la gran llanura verde próxima a Tolosa, con sus carreteras blancas, polvorientas, bordeadas de grandes árboles. El pueblo presentaba desde

lo alto un aire meridional, con sus calles estrechas como cortaduras. Un elemento constante en la atmósfera era el viento, que reinaba con gran frecuencia y gran violencia. Mugía sobre los tejados, agitaba las ropas puestas a secar y arrancaba el humo de las chimeneas y lo escamoteaba en el espacio.

Los días muy claros aparecía hacia el fin de la lejanía la muralla de los Pirineos con sus crestas brillantes de nieve.

A media tarde, con el sol en lo alto, Tolosa, con las torres de la Blanca, la Dorada, San Esteban y la pirámide agujereada de San Saturnino sobre los tejados pardos, parecía un pueblo en ruinas, un pueblo monótono y espectral; pero cuando se inclinaba el sol y doraba torres, campanarios guardillas, y tejados con la luz roja del crepúsculo, tomaba la ciudad el aire de una Babilonia mágica.

### LA FAMILIA DE ESPERAMONS

Andaba yo por esta época enfermo y triste. Solía ir con frecuencia a casa de Josefina de Esperamons. Vivía ésta en la calle del May, cerca de la de Saint-Rome. La familia de Esperamons se encontraba pasando grandes apuros. La madre de Josefina, doña María Luisa, quería vender algunas propiedades que les quedaban e irse a vivir a una aldea.

Yo tenía con Josefina una buena amistad. Josefina se ganaba las simpatías de los conocidos por su decisión, su energía y su valor. No había en ella hipocresía ni tampoco amaneramiento en sus palabras. Veía las cosas de la vida claras, sin ilusiones y sin falsedades.

Por entonces tenían recogida en su casa a la abuela, madre de doña María Luisa, que estaba chocha y les daba mucho que hacer.

Iba a visitarlas un pariente, el abate de Orbessan. El abate, hombre moreno, ambicioso, con el pelo crespo y los ojos negros brillantes, luchaba para salir de la miseria; pero le ponían dificultades y por el momento no podía vencerlas. Intrigaba en el obispado y entre los legitimistas, sin salir a flote.

Decían que el cura era muy elocuente en el púlpito. Se mostraba furioso al verse postergado de una manera sistemática.

Yo le convencí de que en la Iglesia y en el Estado no se posterga a nadie deliberadamente. A los hombres se les considera por' su lado útil y como instrumentos de los intereses de las instituciones. Además, se adora el éxito. A los primeros éxitos que tuviera el abate, la actitud de los conocidos cambiaría para él; los indiferentes se le convertirían en partidarios, y los que le estorbaban el paso le ayudarían a subir. El abate reconoció que estaba en lo cierto.

La situación de la familia de Esperamons iba siendo muy crítica. Yo no tenía medio alguno de favorecerla, porque no iban a aceptar de mí una limosna.

### INFORMES ALARMANTES

Por entonces, el comisario de policía Lenormand, a quien conocí en la logia de la calle del Lobo, se hizo bastante amigo mío y me proporcionó datos acerca de los carlistas españoles y de sus relaciones con los legitimistas franceses.

Con estas noticias y otras muchas privadas iba formando mi Memoria Secreta. Vería, con el tiempo, si me convenía publicarla o no.

Poco después, un agente nuestro en París, Martínez López, y otro de Bayona, García Orejón, me escribieron dándome noticias confusas de la conspiración incipiente tramada contra la reina Cristina. El corresponsal de París me hablaba de las intrigas de un tal Lamarque, amigo íntimo del ministro de Negocios Extranjeros francés. Los viajes de Lamarque parecían muy sospechosos.

Otros informes recibí de gentes de París a quienes subvencionaba Pita Pizarro. Se practicaban diligencias, pero no se averiguaba nada.

Los avisos se iban repitiendo en términos un poco alarmantes, y los hechos seguían oscuros. No se sabía cuál era el fin de la supuesta conjura. No se citaban nombres de personas.

Se hablaba de las ambiciones de Espartero y de Narváez, y se decía que don Diego León iba a marchar sobre Madrid, con veinte mil hombres, a dar un golpe de Estado, como el de Bonaparte en Brumario, para implantar el despotismo militar.

La casualidad vino en mi ayuda y me dio una indicación para mis averiguaciones.

### III

#### EL PABELLON VERDE

Ella habló por los codos, y don Eugenio sacó en consecuencia que el conde de Parcent se agitaba mucho y que tenía entre manos negocios políticos de gran importancia para España.

(*Aviraneta.— Biografía.*)

Una noche que había estado en la logia de la calle del Lobo vi bajar las escaleras de la casa a una mujer joven de gran belleza y elegantemente vestida.

Le pregunté al zapatero de viejo quién era aquella mujer, y me contestó que debía de ser una cliente de la echadora de cartas que vivía en la vecindad.

Unos días después paseaba una mañana por la plaza de Lafayette, en compañía de Lenormand, cuando cruzó por delante de nosotros la mujer elegantemente vestida a quien había visto en la calle del Lobo.

Era una rubia esbelta, con los ojos azules y los dientes muy blancos. Los hombres de mi tiempo hubieran dicho que era una diosa, y los jóvenes, que parecía un caballo de carreras.

Iba la rubia acompañada de un pajecillo o *groom* de catorce o quince años. Yo quedé sorprendido de su belleza, y dije a Lenormand:

—Amigo, ¡vaya una mujer!

—Sí; es muy guapa.

—No parece de este país. Se me figura que debe de ser inglesa.

—Sí; es de origen inglés.

—¿Lo sabe usted?

—Sí. Me ha presentado sus papeles hace unos días. Se llama Fanny Stuart. Es anglobelga, hija de inglés y nacida en Amberes. Viene de temporada a Tolosa y luego se va a Bagnères de Bigorre. Creo que es una mujer galante. Viaja a expensas de un aristócrata español, que debe de ser hombre de dinero.

—¿Y quién es ese desgraciado que sostiene a una mujer tan guapa?

—No sé, no recuerdo su título. Si a usted le interesa, me puedo enterar.

—Sí; entérese usted.

A los pocos días Lenormand me dijo que el aristócrata que sostenía a Fanny Stuart era un grande de España titulado el conde de Parcent.

—¡Hombre, el conde de Parcent!

—¿Le conoce usted?

—Muy poco. El conde de Parcent es actualmente el hombre de confianza del infante don Francisco de Paula y de la infanta doña Carlota. Quizá por esa mujer se pueda averiguar lo que se trama entre los enemigos de la reina.

—No creo que sea muy difícil entrevistarse con esa dama.

—¿Usted podría presentarme a ella?

—Le proporcionaré una entrevista por medio de la mujer que le plancha la ropa y que está casada con un escribiente de la policía.



Pocos días después el comisario Lenormand me dijo:

—Ya se ha hecho la gestión con la inglesa Fanny Sturt. Le recibirá a usted. No tiene usted más que presentarse con mi tarjeta.

Me pareció que había que tomar una actitud clara para acercarse a la bella Fanny.

Echárselas de galanteador no siendo joven ni rico, y pretender engañarla, era probablemente recurso de poco éxito. Decidí hablarle claro y de primera intención exponerle mis proyectos.

Aquella dama estaba hospedada en el Hotel de Europa, en la plaza de Lafayette. Me recibió con amabilidad y me dijo:

—Tengo muchos amigos españoles; usted será uno más.

Le di las gracias por su gentileza. Me preguntó si conocía yo a los españoles que ella había tratado en París.

—¿Conoce usted al conde de Parcent y a Valdés de los Gatos?

—Poco.

Miss Fanny Stuart, la anglobelga, hermosa de estampa, pero no muy refinada de espíritu, era una mujer tosca a quien salía con frecuencia a flote en sus palabras su falta de cultura y de principios y su repertorio de frases espigado en el mundo bohemio pobre de París, donde había vivido.

Era una mujer que no ganaba con el trato. En la calle parecía una diosa; en casa era muy vulgar. Presumía de conocer a la Fanny Essler, a la Taglioni, a la Grisi y a Lola Montes, bailarina luego más célebre aún, cuando llegó a ser condesa y favorita de un rey, y a otras mujeres del teatro y cortesanas famosas.

Hablamos Fanny y yo de Francia y de los franceses, y ella manifestó después gran deseo y curiosidad de conocer España. Yo intenté llevar la conversación hacia cuestiones políticas, y ella, siguiendo la corriente, se refirió al conde de Parcent, a Valdés de los Gatos, a un tal Cerro, Montoya y a otros españoles contertulios de la casa del conde.

Todos ellos se ocupaban casi exclusivamente de política. Otro día me contaría con detalles la vida que, llevaban, sus ocupaciones y sus extravagancias. Me despedí de la muchacha inglesa pensando si habría encontrado una pista en el asunto de la conspiración.

Tres días después fui de nuevo a ver a Fanny Stuart, ya muy entrada la mañana.

Se acababa de levantar. Estaba medio vestida. Una cartomántica, al mismo tiempo adivinadora, sin duda la de la calle del Lobo, le leía el porvenir en los naipes.

La echadora de cartas conocía muy bien las intrigas de los legitimistas franceses y españoles y de las personas relacionadas con ellos. Estuve hablando un poco con las dos mujeres, y cuando la cartomántica se marchó me quedé solo con Fanny.

## EL PABELLÓN VERDE

Comenzó la anglobelga a pasearse por la habitación, tirando las ropas sobre los muebles, y de pronto, parándose delante de mí, dijo:

—Estoy aburridísima, don Eugenio. Tolosa es un pueblo insoportable. Los hombres de la ciudad son provincianos, cursis y roñosos.

—¿Pero qué le pasa a usted?

—Me fastidio. ¿Por qué no me lleva usted a almorzar al campo?

—Con mucho gusto, hija mía; vámonos.

Se levantó rápidamente y dijo:

—Me voy a vestir. Estoy preparada en un momento.

Hizo sonar la campanilla y apareció el criadito o *groom*; estas palabras en inglés tenían entonces mucha boga.

—Mira, trae un coche de la plaza del Capitolio —le dijo.

Fanny desapareció, y apareció al cuarto de hora muy elegante y pomposa.

Salimos del hotel y entramos en el carruaje.

—¿Adónde vamos? —preguntó el cochero.

—Al Pabellón Verde —contestó Fanny.

El Pabellón Verde era una fonda que estaba a tres cuartos de legua de Tolosa.

Salimos del pueblo. En el camino se estableció entre nosotros cierta amable fraternidad, como la que puede haber entre un viejo aventurero y una cortesana. Yo llevé la conversación al terreno de las confidencias. Fanny habló de sus relaciones con el conde de Parcent, que duraban ya más de dos años.

—¡Por Dios, no diga usted de esto nada a nadie! —me advirtió—, porque tengo una situación muy buena y no quisiera perderla.

Yo la tranquilicé. No era un chismoso ni un mundano amigo de contar cuentos.

—¿Le parece a usted mal? —me preguntó ella.

—No; ¿por qué?

—¡Como los españoles son tan severos!

—Si la reina de España puede sostener a un Muñoz, ¿por qué a usted no le va a sostener el conde de Parcent?

La comparación con la reina de España le hizo gracia y se rió a carcajadas. Tenía una risa un poco brutal.

—¿Usted no tiene fortuna? —me preguntó después.

—No; no soy rico. Soy agente del gobierno español y quizá podría hacerle ganar a usted algún dinero.

—Si es así —indicó ella—, nos entenderemos; pero yo le suplico que no vaya usted a mi hotel, para que no se entere el público. La echadora de cartas que acaba usted de ver en mi cuarto me ha dicho que hay un policía que vigila el hotel y le ha hecho preguntas sobre mí.

—Será un tal Labrière. Es un sabueso que está a sueldo de los reaccionarios franceses y de los carlistas españoles.

—¿Y qué puede tener que ver conmigo ese hombre?

—Se habrá enterado de que tiene usted relaciones con Parcent.

—¡Pues está bien! Yo no quiero intervenir para nada en cuestiones políticas.

—Descuide usted —le dije—. Por mi parte, yo no le produciré molestias. Desde ahora todo cuanto tenga que decirle se lo comunicaré por escrito.

—Yo, si tengo que hablarle, le avisaré.

Le di las señas de mi casa. Dejamos este punto de la vigilancia de la policía, que le asustaba.

—¿Y ese Parcent, como amigo, es un hombre interesante? —le pregunté.

—Nada de eso. Es un pelmazo; pero yo me he desquitado. La he corrido durante medio año con un muchacho joven en París, hijo de un marqués. Aquélla era vida y diversión.

—¿Y qué ha sido de ese muchacho?

—Le ha dominado la melancolía.

Llegamos al Pabellón Verde, entramos y mandé preparar un buen almuerzo con vino de Burdeos y de Champaña de marcas selectas.

Nos sentamos a la mesa y Fanny Stuart comió como una verdadera campesina. Bebió todo el vino de Champaña hasta vaciar la botella, y a lo último estaba tan alegre que se puso a cantar y hablar de cuanto sabía.

—Yo soy hija natural de un inglés —me dijo—; mi madre está empleada en una fonda de Amberes.

Después me habló de sus amistades de París; de aventureras y de jóvenes bohemios, entre ellos un periodista francés que andaba a la cuarta pregunta y con quien, al fin, probablemente se casaría si encontraba una posición.

Nos sirvieron el café, despedí al mozo del restaurante, le di una buena propina y nos quedamos solos Fanny y yo, a puerta cerrada.

—Vamos a ver, cuénteme usted algo. ¿Qué hace el protector de usted, el conde de Parcent?

—Ya sabe usted que es el apoderado del infante don Francisco de Paula y de su mujer, la infanta doña Carlota; apoderado o mayordomo.

—Sí, ya lo sé. ¿Y tiene con ellos mucha confianza?

—Mucha; yo hasta sospecho si estará liado con la infanta.

—¡Demonio! ¿Y entonces?

—¿Qué?

—Que no comprendo la protección que le dispensa a usted el conde.

—Quizá sea para despistar. A mi me abandona. ¿Usted cree que yo soy una mujer así para desdeñar?

—No, no; eso es evidente. Nadie puede dudar de que es usted una mujer soberbia. ¿Y qué negocios trae el conde entre manos?

—Tiene negocios políticos y bursátiles, al parecer de importancia; pero yo no sé de qué clase son.

—¿Y usted qué cree? ¿No tiene usted una idea de lo que busca?

—Yo, por ahora, sólo he comprendido que se trata del matrimonio del hijo mayor de los infantes, Francisco de Asís, con su prima Isabel, la reina de España. Esto hace reír.

—¿Por qué?

—Dicen que ese Francisco de Asís es un mariquita.

—¿Los infantes tienen dinero?

—No; eso es lo que busca Parcent. De eso se trata.

—¿De nada más?

—Así creo.

—¿Y Valdés de los Gatos?

—Valdés de los Gatos, o el Bello Valdés, como le llaman todavía en París, se mueve para sacar dinero con sus intrigas. Ya no puede sacárselo a las mujeres. Lo mismo andan a la husma Palet y los que le siguen: Pereira, Montoya, Cerro, Lamarque y Martínez López. Otro que también intriga mucho y anda siempre en casa del infante y le propone negocios es un aventurero que creo que es inglés, Enrique Misley.

—¿Y Parcent tiene relaciones de importancia?

—Sí; es hombre que se mete en todas partes. En París celebra entrevistas con el ministro del Interior y con el de Negocios Extranjeros, a nombre de los infantes. En el hotel donde residen Sus Altezas se celebran reuniones de españoles y de franceses; pero, naturalmente, yo no sé de qué tratan. Valdés es un agente muy activo del conde; conoce muy bien la vida parisiense y secunda los planes del infante don Francisco.

De los demás españoles de París, Fanny contó cosas escandalosas e interesantes, pero de poco valor político. Yo las anoté en mi Memoria Secreta.

Me habló también Fanny de un tipo, amigo de estos españoles, que se me figuró podía ser Manuel Salvador, mi enemigo de siempre; hombre a quien verdaderamente temía, pues le había encontrado en mi camino como un adversario inteligente, peligroso y sin escrúpulos.

Yo insistí. Hubiera deseado noticias más concretas que las que me daba Fanny.

—¿Sabe usted lo que debía usted hacer? —me dijo, por fin, ella.

—¿Qué?

—Ir a París. Tengo allí yo un amigo, el barón de Colins, y éste sí que le podría proporcionar cuantos detalles quisiera.

—Es una proposición que tengo que pensar despacio.

—En el caso de que usted se decida, yo le daré una carta para mi amigo el barón, y puede usted tener la seguridad de que él le proporcionará todos los datos necesarios, y si se trama alguna cosa, se lo indicará.

No quise insistir más. Desde la ventana se veían las praderas verdes de los alrededores de Tolosa

y las filas de árboles de la orilla del camino. Salimos del cuarto y dimos un paseo por el magnífico parque del Pabellón Verde. Tomamos después el coche y volvimos camino de Tolosa. Yo me apeé a la entrada de la ciudad, y Fanny siguió en el carruaje hasta su hotel.

## IV

### LA INFANTA LUISA CARLOTA

Como el descrédito de María Cristina era cada vez mayor, por sus amores con Muñoz, en Palacio se había pensado en una triple regencia con la infanta Luisa Carlota y el infante don Francisco.

(*Aviraneta.—Bibliografía.*)

El relojero Passaga, a quien conocí en la logia de la calle del Lobo, era hermano de otro establecido en la plaza de la Trinidad. Este Passaga, el masón, había vivido treinta años en Madrid y trabajado en el Palacio Real.

Era un viejo con la cara blanca, el pelo largo y canoso; vestía a la antigua y llevaba pantalones cortos y medias.

Passaga tenía establecido su taller de relojería cerca de mi casa, en un palacio viejo. Este palacio, de grandeza decaída, albergaba algunas oficinas y talleres, y locales amplios con techos pintados, y puertas y ventanas historiadas y talladas.

En una de aquellas salas, de techo alto, trabajaba Passaga. Delante de un ventanal, el viejo solía estar arreglando esqueletos de relojes que colocaba para observarlos en un soporte, les cambiaba la caja, las péndolas, las agujas y las ruedas, y los dejaba como nuevos.

Alrededor, y en estantes de pino y en el suelo, se veían relojes ingleses antiguos, magníficos, con dos y tres esferas, relojes de cuco, otros con autómatas, otros con inscripciones, con figuras de bronce y de metal dorado.

Constantemente todas estas máquinas daban las horas y los cuartos, y se oían ruidos y estridencias raras.

Passaga hablaba muy bien el español y sabía muchas cosas de las ocurridas en el Palacio de Madrid en su tiempo.

Yo solía ir a visitarle, y le veía trabajar; hablábamos de los asuntos españoles y contemplaba mientras tanto la pintura clara del techo con angelitos, mujeres, flores y frutos.

Passaga contaba con gracia lo que había visto. Un día le pregunté datos acerca del infante don Francisco de Paula, que entonces me preocupaba.

—El infante don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII —me dijo—, tuvo el sino de andar siempre mezclado en intrigas y tumultos. El 2 de mayo de 1808, todavía niño, cuando salía para Francia, el pueblo de Madrid se amotinó y hubo tragedia y matanza. El solía contar lo que vio.

—¿Usted le conoció de niño?

—Sí; era un chico simpático, ingenuo y amigo de todo el mundo. A su vuelta a España de la emigración forzada, don Francisco, ya mozo, se casó con su sobrina doña Carlota, de los Borbones de Nápoles.

—Ella, ¿qué tal era?

—Una muchacha guapa, decidida y valiente. Desde entonces don Francisco comenzó a actuar de liberal: unos creen que de buena fe, otros que sólo por ambición.

—¿Usted qué piensa?

—Yo no sé qué decirle. Me figuro que él mismo no lo sabía. El caso es que tan convencidos estaban los liberales de aquel tiempo de las tendencias revolucionarias de don Francisco que, pocos días antes del alzamiento de Riego, le fue a hablar un coronel a su mismo cuarto de Palacio y le propuso entrar en una conspiración para establecer una República, poniéndole a él a la cabeza.

—¡Qué absurdo!

—Don Francisco hablaba siempre como si fuese enemigo de su hermano Fernando y de su familia; no se recataba en decirlo entre la servidumbre de la casa, y a mí me habló muchas veces mal del rey. Naturalmente, yo no hacía más que escucharle y sonreír. Luego entró en la masonería francesa, de la que yo formaba parte y de la que fue el primer presidente el general Zayas. Don Francisco nos aseguraba que Fernando era enemigo encarnizado de la Constitución, y mayor aun que él su hermano Carlos, y todavía más la mujer de éste, la Portuguesa, y que él estaba vigilado por algunos palaciegos, como Casa Sarriá, que eran unos pícaros, y por todos los criados.

—¿Y para entonces, ya su mujer, doña Carlota, le alentaba?

—Sí; ella le excitaba con sus ambiciones insaciables y quería que su marido fuera el Orleáns de la revolución española.

—¿Y Fernando VII le tenía cariño a su hermano?

—Le quería y no le quería. Suponía seguramente que Paquito debía de ser hijo del aborrecido Godoy, y esto bastaba para que, considerándole hermano, le tuviera un poco de tirria. Fernando, el marrajo cobarde, como le llamaba su madre María Luisa, tampoco era hijo de Carlos IV. Se decía en Palacio que era hijo de un fraile.

—¿Y don Francisco tenía cariño por su hermano?

—¡Pse! Una mezcla de cariño y de antipatía. Francisco no tenía ingenio; en cambio, Fernando tenía gracia e ingenio frailunos. La que no podía soportar a ninguno de los miembros de la familia era Luisa Carlota, y yo creo que si hubiera podido los habría envenenado a todos.

—A pesar de esto, no quería vivir fuera de Palacio.

—Naturalmente, era su campo de acción. El infante don Francisco, impulsado por su mujer, quiso ir a Méjico con la idea de coronarse allí, pero su hermano no vio el proyecto con simpatía. Como sabe usted, seguramente cuando Fernando VII perdió su tercera mujer, su cuñada, la infanta Luisa Carlota, le indujo a que se casara por cuarta vez con su hermana María Cristina, joven y guapa. Luisa Carlota convenció a Fernando y a su hermana.

—Don Carlos vería el proyecto con poca simpatía.

—Si; en su camarilla se intrigó mucho con este motivo. Naturalmente, si Fernando tenía sucesión impedía que la corona pasara a don Carlos y a su mujer María Francisca, la Portuguesa, que estaban alampando por ser reyes. Luisa Carlota les odiaba a los dos cordialmente.

—Y esta ambición fue sin duda el gran motivo de odio entre las dos mujeres, la de don Carlos y la de don Francisco.

—Este fue; pero había además una antipatía instintiva. Luisa Carlota, la Napolitana, y María Francisca, la Portuguesa, se aborrecieron desde el primer momento de verse. Luisa Carlota era una mujer guapetona, de un aire imperioso, con la boca de labios apretados. Era cuadrada, fuerte, más bien apoplética, con un tipo germánico, decidida y voluntariosa. María Francisca de Braganza era fea, vulgar y soberbia.

—Y Luisa Carlota ¿se mostró liberal desde el principio?

—En parte. Cuando la enfermedad del rey, en septiembre de 1832, Luisa Carlota y su marido estaban en el Puerto de Santa María tomando los baños. En Palacio todo el mundo daba ya como seguro que a Fernando VII le sustituiría Carlos V, y ya se estaba pensando en los destinos y en las colocaciones. Luisa Carlota, al saber la gravedad de Fernando, se presentó en La Granja vestida de amazona, increpó a su hermana porque había aceptado la vuelta a la ley sálica, que desheredaba a sus hijas; la llamó en italiano *regina di galleria*; pidió el codicilo impuesto por los realistas, lo rompió en pedazos y abofeteó a Calomarde.



—¿Alguno lo vio? ¿Usted conoció algún testigo presencial del hecho?

—No, la verdad —contestó Passaga—. Nadie sabe a punto fijo si las bofetadas a Calomarde, que dieron a éste ocasión, según la leyenda, de hacer una bonita frase, fueron o no auténticas; pero que la infanta Luisa Carlota era y es muy capaz de darlas, me parece indudable.

—¿Qué opinión tiene usted de ella?

—Doña Carlota es el tipo de la italiana ambiciosa, disimulada, pérfida y colérica. En mi tiempo, no era como su marido, que le gustaba hablar con cualquiera. Se decía que la infanta, mujer enérgica, se mostraba igualmente violenta en sus actos y en sus palabras, y que usaba algunas interjecciones poco protocolares, palabras difíciles de pronunciar para nosotros los extranjeros, entre ellas una que el pueblo madrileño reprochaba al rey José Bonaparte el no saber decirla. Se cuenta que debajo de un bando del rey que ustedes llamaban Pepe Botella se puso un pasquín con esta cuarteta:

Manolo, pon ahí abajo  
que me c... en esta ley,  
que aquí queremos un rey  
que sepa decir c...

—Yo no sé si la infanta emplearía palabras de esta clase, de sonidos guturales —le dije yo—. Cuando yo hablé con ella en Madrid me pareció que pronunciaba el castellano como una extranjera.

—Yo apenas la oí hablar —siguió diciendo Passaga—. Antes de la muerte de Fernando VII algunos liberales, que veían las intrigas y las diferencias en la familia real: de un lado las pretensiones de María Cristina por su hija, y de otro el supuesto derecho de don Carlos al trono, creyeron próxima una disidencia y quizá una riña en los miembros de la familia. Entonces concibieron la idea de colocar al infante don Francisco de Paula entre estas dos corrientes de pasiones políticas y de presentarle como un término medio conciliatorio, en interés de la libertad.

—Ese proyecto sigue todavía.

—La infanta Luisa Carlota fue la que tomó el asunto con mayor entusiasmo; ella creía que el partido liberal no consentiría en manera alguna llamar rey a don Carlos.

—En esto creo que estaba en lo cierto.

—Pensaba que quizá tampoco a los liberales les gustaría la perspectiva de una reina niña. Si el advenimiento al trono de la hija primogénita de Cristina resultaba imposible, don Francisco de Paula se ceñiría la corona rehusada a su hermano don Carlos, y doña Luisa Carlota hubiera sido una reina al estilo de María Teresa o de la gran Catalina.

—¿Cómo doña Luisa Carlota no tuvo más éxito en su empresa?

—No sé. Ella no retrocedió ante el empleo de ningún medio. Se apoyó en absolutistas y en liberales; escribió a su hermana cartas llenas de arrumacos; ha mandado luego publicar folletos insultantes y escandalosos contra ella.

—Sí, eso ya lo sé.

—Doña Luisa Carlota, heredera de la tradición italiana, trabajó con ardor: primero desde Palacio, luego desde fuera de él. Sus intenciones quedaron secretas durante algún tiempo. Esta mujer sentía por su cuñado y tío don Carlos un odio cada vez mayor. Hablaba de él, según decían, como de un miserable idiota, hipócrita y taimado. La infanta napolitana veía en el liberalismo la posibilidad de su encumbramiento.

—¿Y usted cree que al fin tendrá éxito?

—Me parece imposible.

—Yo la fui a visitar en 1834 —le dije a Passaga—, cuando estaba en auge la Sociedad Isabelina, sociedad formada por unos amigos y por mí, y ya por entonces ella y sus partidarios intentaban instaurar, para la minoría de edad de Isabel II, una regencia trina, constituida por la reina madre, la infanta Luisa Carlota y el infante don Francisco.

—Sí; yo todavía estaba en Madrid entonces. Cuando se acercaron los carlistas a la corte, con la

expedición real, el infante don Francisco salió más pronto que nadie de palacio y revistó las tropas antes que María Cristina, para presentarse como el auténtico liberal de la familia Borbón. Se decía entonces en Palacio que si María Cristina, ya enredada con Muñoz, se desacreditaba, la regencia se ejercería sólo por el infante don Francisco y por su mujer, Luisa Carlota, que pasarían a la categoría de reyes padres.

—Parte de estas intrigas llegaron a nosotros. La regencia trina corría como posible en 1834. El coronel Obregón, secretario y apoderado de don Francisco en época anterior a Parcent, había estado muchas veces al habla conmigo con este objeto. Yo pensé que la solución no era viable, y por eso no la acepté.

—Doña Luisa Carlota, evidentemente, es de un espíritu más varonil que su marido —siguió diciendo Passaga—; de ánimo resuelto, carácter orgulloso y con grandes ambiciones. En los años pasados, desde el comienzo de la minoría de la reina Isabel, no se habían traslucido las querellas domésticas de la familia real; pero al cabo de algún tiempo, fuera por las rivalidades personales de María Cristina y Luisa Carlota, o por el ansia de los partidos, ello es que en Palacio y en el público aparecieron síntomas claros de desunión en la familia, que se comentaron con apasionamiento.

—¿Ha conocido usted con alguna más intimidad a María Cristina?

—Algo más.

—¿Qué opinión tiene usted de ella?

—María Cristina es, sin duda alguna, menos reconcentrada que su hermana, menos ambiciosa. Se dedicó en seguida de quedar viuda a sus diversiones y a sus amores. La gustaba vivir todo el tiempo en los sitios reales, apasionada por la caza. Era una mujer inteligente, un poco vulgar y ordinaria, y quería resarcirse de la vida triste pasada con su siniestro marido. Hacia 1833 comenzaron las murmuraciones sobre su conducta; después se confirmaron y fueron del dominio común. En Palacio vimos cosas un poco raras. Sus partidarios se quejaban de sus acciones privadas. Algunos aseguraban que había convertido Palacio en un burdel.

—No sé si usted tendrá noticias de que a principios de 1838 salió un periódico titulado *El Graduador*, en donde se desacreditaba a la reina Cristina y se ensalzaba a la familia del infante don Francisco.

—No, no vi nunca ese periódico.

—Este periódico lo redactaba un tal Pereira, a quien yo no conozco. El infante, por medio de su mayordomo, el conde de Parcent, se apresuró a negar toda colaboración en *El Graduador*, que creo que sigue publicándose. ¿No tiene usted idea de si los infantes intervinieron en este asunto?

—No.

—¿Y cómo cree usted que vino la ruptura definitiva entre las dos hermanas?

—Parece que los celos trascendieron de las altas esferas; las dos hermanas llegaron a insultarse, y el infante y su mujer tuvieron que salir de Madrid desterrados.

Luego hablamos de las distintas personas que rondaban por entonces Palacio: de Muñoz y de su camarilla y de Domingo Ronchi.

—¿Y qué se decía en Palacio de sor Patrocinio? —le pregunté a Passaga.

—¿De la monja de las llagas?

—Sí.

—Se contaron muchas historias inverosímiles acerca de ella. Había quien decía que era hija de Fernando VII. Otros atribuían la paternidad a don Carlos. El pobre señor Quiroga, padre oficial de la monja, quedaba un poco mal parado con estas suposiciones.

—¿Y usted oyó alguna versión que tuviera garantías?

—No; lo único que parecía cierto es que la familia Quiroga, que estaba en una posición muy modesta, tenía conocimientos entre personas de rango.

Otras conversaciones para mí interesantes tuve con el relojero Passaga, que me contaba detalles anecdóticos de la vida de Palacio sin relación alguna con la política, pero a veces muy pintorescas y graciosas.

Otros días Passaga tocaba el violín en su taller, y lo hacía con mucho arte. Al parecer, cuando era aprendiz de relojero en una ciudad de Alemania había tomado lecciones de música y había llegado a ser todo un virtuoso. En esta época de su juventud había conocido al fantástico escritor Hoffmann, de quien contaba muchas anécdotas.

V

MEJÍA

Mejía era un hombre tétrico, de cara macilenta. No había tenido suerte. En época de absolutismo hubiera llegado a ser algo. Era fanático, tenaz y enemigo de todo lo que pareciese irregular y vicioso.

(*Los Confidentes audaces.*)

Durante unos días fui a casa de mi amigo el comisario Lenormand a seguir buscando datos acerca de los carlistas españoles y de los legitimistas franceses entendidos con ellos.

Lenormand me habló de Mejía, que era el inspirador de Labrière. Mejía era un español que había pertenecido a la ronda secreta en Madrid y a quien habían expulsado por sus relaciones con los carlistas y por su antigua amistad con Regato.

Lenormand vivía bien, tenía una casa antigua y cómoda próxima a la iglesia de San Esteban y una buena biblioteca. El comisario era del norte de Francia y manifestaba cierto desdén por la gente del mediodía y por su manera de pronunciar el francés.

Cuando terminé mi trabajo en casa de Lenormand era mediados de abril y me decidí a escribir una esquelita a Fanny Stuart:

«No he ido a verla, la decía, porque he estado acatarrado, pero como ya me encuentro bien y convidan los días a pasear en el campo, la invito a otra partida mañana a las doce. La esperaré fuera de la ciudad, en el camino de Croix Dorant. Contésteme usted si le conviene y si está usted libre.»

Me respondió al instante:

«Mañana a las doce estaré en el punto de la cita. *Fanny.*»

Efectivamente, al otro día a las doce nos encontramos y partimos en coche para el Pabellón Verde.

Fanny se mostró muy amable.

Llegamos al restaurante; comimos y fuimos a pasear a pie por aquellos campos, hasta el caer de la tarde.

—Yo me dispongo a ir a París —le dije.

—¡Qué suerte! —contestó ella.

—¡Vaya usted también!

—No puedo.

—Cuento con la carta de recomendación para el barón de Colins.

—Sí, sí, a la vuelta la escribiré y verá qué bien le recibe el barón.

Al volver al restaurante pedimos papel y tinta e hice un borrador de lo que debía decir de mí en la carta de recomendación. Le indiqué a Fanny que, por si acaso, pusiera en ella mi segundo nombre y apellido en vez de los primeros, y me llamara Domingo de Ibarгойen.

Después entramos en el coche, ya al anochecer, y volvimos a Tolosa.

En la conversación que sostuve con Fanny a la vuelta me habló de sus asuntos particulares. Era la chica un poco codiciosa y avara; tenía dinero ahorrado.

—¿Y qué tal anda usted de joyas? —le pregunté.

—Tengo muy buenos vestidos de seda, pero me faltan dijes de valor, una cadena de oro y un reloj.

Al parecer, el conde de Parcent se hacia el sueco a sus reclamaciones.

Al llegar a Tolosa dejé a Fanny en su hotel. Al día siguiente fui a casa de un joyero y compré una cadena y un reloj de oro. Me costaron mil ochocientos francos. Los coloqué en un estuche elegante y se los envié a Fanny Stuart con una carta.

Al poco rato Fanny me mandó una esquela con su pajecillo. Decía así:

«Mi querido don Eugenio: Ha adivinado usted mis deseos. El reloj y la cadena son magníficos y muy de mi gusto. Muchas gracias por su amabilidad. Mándeme usted, que haré lo que usted me diga. La carta de recomendación se la enviaré mañana con este muchachito. *Fanny Stuart.*»

Al día siguiente, muy de mañana, vino el chico con la carta de recomendación y un billete que decía:

«Le espero a usted antes de su salida de Tolosa. Venga usted a verme. *F.*»

La carta de recomendación era sumamente expresiva, y le decía al barón de Colins que me considerase como a su hermano y me sirviera en todo cuanto le pidiese.

#### DESPEDIDA, QUE NO LO ES

Fui a ver a Fanny al hotel; tenía preparada en su cuarto una merienda con pasteles y vino de champaña.

—Cultive usted la amistad del barón —me dijo—. Es un señor ya viejo, muy franco, generoso y amable.

—La cultivaremos.

Brindamos alegremente e hicimos votos para que de allí saliese algo bueno para los dos, y nos prometimos vernos pronto.

—¡Me da una envidia saber que va usted a París! —dijo de pronto ella.

—¡Pues venga usted!

—No puedo.

—¿Por qué?

—El conde de Parcent quiere que esté aquí, y me ha dicho que él no vendrá, por lo menos, en quince días.

—Pues entonces, ¿qué le impide venir?

—Es que tengo que escribirle con asiduidad.

—Deje usted unas cuantas cartas escritas y viene usted conmigo, y si no quiere usted conmigo, va usted unos días después; se pasa usted un par de semanas en París y allí nos veremos.

—No sabe usted lo que me cuesta escribir esas cartas... Me estorba un poco lo negro... ¿Usted sería capaz de escribirmelas?

—En mal francés sí, si usted me indica lo que hay que decir.

Hice siete u ocho borradores, que ella examinó y dijo que iría copiando las cartas y luego se las daría al pajecillo para que fuera echándolas al correo cada dos o tres días.

—¿Cuándo sale usted para París? —me preguntó ella.

—Yo, mañana.

—Pues yo iré dentro de tres días. Déme usted su dirección.

Le indiqué que iría al Hotel de Angulema, un hotel que me había indicado Lenormand, de muy poca categoría, y que estaba en la calle de la Jussienne, callejuela en el centro de Paris, entre la rue Pajevin y la rue Montmartre.

—Muy bien; cuando yo llegue le avisaré a usted —me dijo Fanny—. Yo suelo ir a parar a ese mismo barrio.

Al salir del Hotel de Europa de ver a Fanny me encontré de sopetón con Mejía y con Labrière. Me estaban sin duda espiando. Fui a la plaza del Capitolio, tomé un coche y le di al cochero las señas de Lenormand. Cuando llegué adonde vivía el comisario y bajé del carruaje vi que no me seguían. Entonces callejeando me acerqué a mi casa y entré en ella.

A la mañana siguiente salí para París.



## SEGUNDA PARTE

### PARIS, LA AVIDEZ DEL ORO

#### I

#### EL HOTEL DE ANGULEMA

Los agentes provocadores no se contentaban con traficar con las confidencias sorprendidas a las gentes de buena fe, o con las calumnias lanzadas contra los hombres proscritos por sus ideas liberales. Los agentes provocadores urdían ellos mismos conspiraciones; excitaban a los locos, a los ilusos, y los empujaban al cadalso o a la prisión.

*(La Veleta de Gastizar.)*

El día 24 de abril de 1840, al anochecer, llegué a París y fui a hospedarme al Hotel de Angulema.

El hotel, barato y próximo al centro de la ciudad, era una fonda muy parisiense y muy provinciana, con un aspecto raído y rancio. La dueña no tenía gran interés en conservar en su casa huéspedes estables; prefería la gente volandera que iba y venía.

No se comía mal en el hotel; los cuartos, aunque de moda atrasada, eran bastante grandes y cómodos.

Los huéspedes fijos almorzaban a las doce en punto en un comedor pequeño en mesa redonda, y comían de seis y media a siete. Yo me incorporé a ellos.

Esta parte del comedor, destinada exclusivamente para nosotros los de pensión, se hallaba separada por un biombo del comedor general. Se servían las comidas allí por una puerta aparte. Tenía este departamento papel raído y roto en varias partes; ventana de guillotina a un patio no muy claro; mesa larga cubierta con hule; varias sillas, todas distintas, armario y un casillero para las servilletas usadas por los huéspedes.

El restaurante del hotel, más modernizado que el resto de la casa, era bastante grande, con ventanas que daban a la calle, mesas separadas de mármol y colgadores para los abrigos. En las paredes se veían litografías iluminadas con vistas de los Alpes. Acudían allí comisionistas, zurupetos de la Bolsa, contratistas de los mercados, pescaderos, fruteros y corredores de alhajas.

A la dueña del hotel, mujer pálida, de aire gótico, la llamaban en broma los huéspedes madama Angulema, Tenía esta señora tipo de abadesa antigua: rígida, fría e indiferente. Sus palabras eran siempre amables; su mirada, en cambio, era dura, clara e inquisitorial.

De esta madama Angulema se decía que había sido una mujer entretenida de cierto renombre. Al ama de llaves del hotel, Adelaida, la llamaban madama Adelaida, como a la hermana de Luis Felipe, y esto se prestaba a chistes entre los huéspedes, que algunos eran republicanos.

Madama Angulema y madama Adelaida se las manejaban muy bien para aumentar el número de los extraordinarios en las facturas, y las cuentas de velas, de cafés y de aguas minerales subían

como la espuma si no se revisaban constantemente.

Había en el hotel, entre los huéspedes estables, tres empleados de Banco muy alborotadores hablaban de más en la comida y en la sobremesa, y alardeaban de republicanos. Lo hacían sin discreción alguna, y muchas veces madama Angulema se veía en la precisión de llamarles al orden con su manera fría, circunspecta y aristocrática.

Los demás tipos habituales del hotel, quitando estos empleados de Banca, eran, como yo, gente un poco sospechosa y suspicaz; tipos un tanto raídos, de aspecto y de traje. En las conversaciones reinaba una apacible y triste ironía de personas que no han obtenido mucho éxito en su existencia.

Según los maldicientes, madama Angulema había tenido aventuras en su juventud; había estado en Viena y en Constantinopla, y había sido la Bella Coralia, o la Bella Leonor o la Bella Rebeca. Ella no hablaba de su pasado, pero por muchos detalles se veía que era una mujer corrida.

Madama Angulema no quería hombres jóvenes en su pensión: le parecían informales, imprudentes y bulliciosos. Prefería los viejos rentistas, zurupetos, corredores, retirados y militares. En cambio sí le gustaba sentar a la mesa algunas damas jóvenes, para las cuales tenía grandes atenciones. Sin duda las llevaba como cebo.

El conserje del hotel era un señor rubio, muy serio, muy malhumorado, de ojos de felino, con la mirada irritada y bigotes largos a lo galo. Parecía encontrarse siempre en un acceso de ira. Su mujer, señora gruesa y sonriente, iba y venía y no estaba nunca quieta.

Había en la casa tres criados: un viejo frailuno, dos mozos jóvenes, con aire torpe y embrutecido; el cocinero y su ayudante, dos camareros y el jefe del comedor.

Este, llamado Lafolie, uno de los tipos útiles de la casa, dirigía el restaurante con arte. Me contaron de él que había sido durante mucho tiempo de la policía, después de cocinero, agente de negocios, comparsa de teatro y otras muchas cosas. Por entonces, piloteaba el restaurante del Hotel de Angulema.

Lafolie era servicial y amigo de dar informes. Tenía la cara un poco cómica, de francés del pueblo: los ojos pequeños, la nariz remangada, la boca grande, la expresión jovial y burlona. Hubiera podido ser un excelente cómico de teatro de bulevar o cantor de café concierto. Hablaba un parisiense muy cerrado, sincopando casi todas las palabras.

Lafolie me contó su vida y yo le expliqué mis asuntos. Me dio consejos útiles, porque conocía muy a fondo París y su gente.

Lafolie trabajaba sin distraerse. A pesar de no ser el comedor del Hotel de Angulema grande, se servían muchos almuerzos y comidas a diversas personas, sobre todo a comisionistas y empleados. Lafolie tenía que moverse, para dejar satisfechos a los parroquianos y predispuestos a volver al restaurante. Siempre atento a todo, como el capitán en el puente del barco, suplía las faltas de los mozos, llevando a una mesa el pan que faltaba, la botella de vino o de agua medicinal, poniendo un banquillo de madera para que apoyara en él sus pies una señora u ofreciendo una pajueta de azufre al caballero que iba a encender su cigarro.

Lafolie sabía una porción de historias.

—¿Ve usted a ése? —me dijo una vez señalando a un viejo.

—Si.

—Pues ése es uno que era espía hace treinta años. Ese otro que va con él es un aristócrata asiduo al Café de París, que se casó con una aventurera que le sostiene.

Un día me habló de su vida con detalles.

—Yo de joven —me dijo—, recién llegado de una aldea de Normandía, estuve de mozo de un agente de negocios. Este hombre me daba con frecuencia monedas de oro y billetes para cambiar. Una de las veces me detuvieron, me registraron y me encontraron billetes y monedas falsas. Yo no lo sabía; me defendí mal y con torpeza, y me condenaron a presidio, y como tuve buena conducta me sacaron para llevarme a la policía secreta, a lo que llama la gente del pueblo la Roja.

—¿Y ha estado usted en la policía mucho tiempo?

—Durante veinte años he sido de la Brigada de Seguridad, constituida casi toda ella por gente

salida de presidio.

—¡Buena compañía!

—En verdad no tan mala como se cree. Se nos dejaba poner en la calle rifas y billares romanos, con los que sacábamos algunos cuartos, nos mezclábamos con el público y le hacíamos cantar. Había también policías que vigilaban en la calle, fingiéndose vendedores ambulantes, a los que llamábamos indicadores. Unos eran fijos y se colocaban en algún sitio estratégico, otros eran ambulantes y seguían a las personas que les señalaban de antemano. Era aquella una época de denuncias y de delaciones. Los conservadores y clericales querían vengarse de los revolucionarios.

—¿Y lo conseguían?

—Sí; se hacían muchas canalladas, falsas denuncias, se inventaban complots. Se perseguía a la gente honrada por sus ideas políticas. Aunque se ha dicho que no existía el Gabinete Negro, la realidad es que existía y funcionaba; se abrían las cartas no sólo de los particulares sospechosos, sino también las de los diputados y las de los embajadores.

—¡Es terrible! En todos los países pasa lo mismo.

—Los que más carrera hacían entre nosotros eran los agentes provocadores, sobre todo si tenían algún defensor en miembros de iglesia y de las congregaciones. Estos agentes provocadores eran muchas veces los que publicaban hojas y ponían pasquines contra el gobierno e inventaban complots. Un encuentro que hubo entre el pueblo y las tropas, en la calle de San Dionisio, lo preparó la policía.

—Se ve que en todas partes es igual.

—Es lógico que así sea. La imaginación de las personas es la misma. Estuve yo algún tiempo dependiendo de la banda de Vidocq, que tenía su centro de reunión en una casucha baja y negra de la calle de Santa Ana, hasta que se llevó la dirección de la prefectura a la calle de Jerusalén y se quiso adecentar la policía y se nos dejó a los antiguos como suplentes, con cincuenta francos al mes.

—¡Poca cosa para vivir!

—Muy poca. Los antiguos ya no podían manejárselas bien. Los periódicos iban tomando mucha importancia, no era fácil explotar a la gente con perfecta impunidad. Al menor abuso venían denuncias y los jefes tenían mucho miedo a los periódicos.

—¿Y qué hicieron los viejos de la policía?

—Muchos volvieron a la mala vida, a la estafa y al robo. A mí no me tentaba esto. Había tenido una terrible enseñanza con el oficio; anduve con lo peor de París; pero sentía ganas de trabajar y de dejar una vida así, de emboscadas y de intrigas; me casé con una obrera, me hice sucesivamente comparsa, mozo de café, cocinero y, por último, mayordomo de hotel.

Lafolie fue uno de mis amigos y en parte también mi confidente.

Me contaba unas historias muy complicadas de crímenes, en las cuales él había intervenido como policía, y de asuntos de alta política, que parecían un tanto fantásticos. Tenía una credulidad un poco ingenua.

—Una noche —me contó una vez—, en 1830, nos avisaron que teníamos que ir al castillo de Saint-Leu-Taverny. Al príncipe de Condé, el último de los Condé, padre del duque de Enghien, se le había encontrado ahorcado con una cuerda en la falleba de una ventana. Se pensó si una señora que vivía con él habría impulsado al suicidio a aquél viejo medio tonto. Esta señora se llamaba madama Feuchères. Unos meses después estaba la dama en el palco de un teatro, cuando un barón de Saint-Cricq, que era un aristócrata extravagante, exclamó: ¡Esa señora tiene sangre en el traje!, y la mujer, al oírlo, cayó desvanecida.

—¿Y tendría alguna participación en el suicidio del príncipe?

—Es muy posible.

—¿Y había algún objeto visible?

—Quizá el de heredarle.

—¿Y quién era esta madama Feuchères?

—Era una inglesa, hija de un pescador borracho. Después de la muerte del príncipe tuvo un

proceso, que ganó, y fue defendida por Luis Felipe.

—En París ha tenido que haber en estos últimos tiempos crímenes políticos oscuros.

—Sí, ha habido muchas muertes misteriosas. La muerte de la emperatriz Josefina, en la Malmaison, se debió, según afirmaron, a que había dicho repetidas veces al rey de Prusia y al emperador Alejandro que el delfín, el hijo de Maria Antonieta, el auténtico Luis XVII, vivía. Por esta afirmación imprudente, Luis XVIII, entonces candidato al trono, la envenenó enviándole un ramillete con un perfume ponzoñoso.

—¡Pero esto tiene aire de novela, Lafolie! —le decía yo.

—Pues yo creo —me replicó él— que en este asunto del delfín hubo algún misterio impenetrable. Un cirujano, llamado Desault, que asistió al príncipe en el Temple, murió envenenado porque había dicho que el niño que vio él en la prisión no era el delfín, sino otro. Este médico había contado a un cirujano y farmacéutico amigo suyo, llamado Chopart, la sustitución. Chopart contó lo dicho a sus amistades, y poco después moría también de una enfermedad desconocida.

—Habría que comprobar todo eso, amigo Lafolie.

—La mujer del zapatero Simón —siguió diciendo el expolicía— aseguró siempre que el niño muerto en el Temple no era el delfín. Por último, un cirujano, el doctor Pelletan, que cuando murió el niño encerrado en el Temple fue de los que le hicieron la autopsia, le sacó el corazón para guardarlo y dio un mechón de los cabellos al comisario Damont, que se los había pedido. Cuando, llegada la Restauración, el doctor Pelletan y el comisario Damont ofrecieron el corazón y los cabellos, primero a Luis XVIII y después a Carlos X y a la duquesa de Angulema, todos ellos rechazaron las reliquias como si creyeran que el muerto en el Temple no era el verdadero delfín y como si tuvieran casi la evidencia de ser suplantadores del heredero legítimo.

—¿Pero eso cómo se puede saber? —le decía yo. Lafolie me contó que una vez el duque de Berry se había presentado a Luis XVIII muy emocionado, y le dijo:

—Señor, he recibido una carta de Luis XVII y creo que es auténtica.

—¡Imposible! Luis XVII murió, hay pruebas de su muerte —contestó el rey.

—Pues en esta carta se dan pruebas de que vive. —No es posible. Además, si no ha muerto en la realidad, ha muerto civilmente. ¿No sabéis que después de mí seréis llamado a ocupar el trono, duque?

—Señor. La justicia antes que la corona —contestó el príncipe.

El rey le mandó salir y a los pocos días el duque de Berry moría a puñaladas por razón de Estado. No creía yo en estas cosas, pero las consideraba como una manifestación muy expresiva de la manera de pensar y de sentir de la gente del pueblo.

Unos días después de llegar yo a París apareció Fanny Stuart y fue a hospedarse a un hotel de la calle Vivienne, bastante más elegante que el mío.

## II

### RECELOS DE LA EMBAJADA

Y ahí tiene usted al marqués de Miraflores, nuestro embajador en París, llenando la embajada de antiliberales y de carlistas; de gentes como Valdés, que trabajan por el infante don Francisco, y de otros como Salvador, que siguen siendo carlistas y que será muy difícil saber a quién sirven y a quién traicionan.

*(La Nave de los Locos.)*

Tuve la desdicha, a los dos días de llegar a París, de caer enfermo con un ataque de reumatismo. Podía andar por el hotel, pero renqueaba malamente y no quise presentarme al embajador español, marqués de Miraflores, en tan lamentable estado, y lo hice ya encontrándome mejor, al quinto o sexto día de mi llegada. El retraso estuvo a punto de producirme dificultades y disgustos. El marqués me recibió muy serio, en embajador. La mayoría de los embajadores deben de tener este aire reservado e importante. Es, sin duda, lo protocolar. A ello se une, en la táctica de la diplomacia, el hablar con misterio y tomar una actitud fría y desdeñosa.

—El subsecretario del ministerio del Interior —me dijo— ha venido esta mañana de parte del ministro a quejarse de su presencia en París.

—¿Y por qué?

—Desea saber el objeto que le conduce aquí.

—¿Es que todo el mundo que viene a la capital francesa tiene que decir el objeto de su venida?

—Todos no, algunos si. Si no llega usted a presentarse hoy habría tenido que dar orden de hacerle salir inmediatamente de París.

Respondí, haciendo de tripas corazón:

—No me he presentado por haber caído enfermo. El frío del viaje me exacerbó el reumatismo y he tenido que estar retirado en la fonda. Respecto a mi viaje a París, no tiene otro objeto que visitar a unos amigos y parientes y consultar con un médico.

—¿Dónde vive usted?

—En la calle de la Jussienne.

—¿Y dónde está eso?

Le indiqué dónde estaba.

—¿Y por qué ha ido usted a un sitio así tan extraño?

—Me lo han recomendado y no tengo medios para alojarme en un gran hotel.

—Está bien.

El marqués me contempló con desconfianza. Sin duda todo lo que le indiqué le pareció digno de ponerse en cuarentena.

El embajador calló y luego me dijo:

—Haga usted esas visitas, porque aquí hay gente que está muy alarmada con su presencia, y váyase usted lo más pronto posible a Tolosa.

Tras de esta manifestación de recelo hablamos de política. Me despedí del marqués y volví a mi

hotel lleno de suspicacia y de cólera. Supe más tarde lo ocurrido. El subprefecto de Bayona, avisado por no sé quién, quizá por Labrière o por Mejía, comunicó por telégrafo mi salida de Tolosa, a instigación del cónsul Gamboa, al gobierno francés.

—¡Dios sabe lo que le habrán dicho al ministro del Interior de mí, cuando me tiene tanto miedo! —pensé yo.

Aunque en mi visita al embajador hablamos bastante de política, sólo tratamos de la cuestión carlista y no se hizo la menor alusión a la conjura franciscana, a la cual quería yo encontrar los hilos y ramificaciones. Este silencio acerca de punto tan trascendental me extrañó. O el embajador lo ignoraba o los rumores alarmantes esparcidos por mis agentes no eran del todo ciertos. Comencé a dudar.

A pesar de la conminación del marqués de Miraflores para salir en seguida de París, estaba decidido a quedarme un par de semanas.

Los días siguientes Fanny me citó en un gabinete de lectura de la calle de la Michodiére.

La dueña del gabinete, madama Ernestina, era una vieja muy intrigante y muy curiosa, que presumía de conocer a medio mundo.

Fanny estaba encantada en París. Vivía, como decía ella, de incógnito y se enteraba de los pasos de sus amigos por criados y gente de poco más o menos.

La vieja del gabinete de lectura, madama Ernestina, me dio muchos informes sobre los políticos de la época.

Diariamente mandaba yo un parte a la embajada española en el que decía poco más o menos:

«Sigo retirado y no puedo ponerme aún en camino.»

### III

## GRAN MUNDO

Aquí está usted entre amigos, entre hermanos; e hizo la señal masónica de reconocimiento como masón del rito escocés.

*(Los contrastes de la vida.)*

Cuando ya me encontraba bien decidí presentarme en casa del barón de Colins. Como estaba receloso y el recibimiento del embajador español me inclinaba a la suspicacia, fui primero a ver la casa donde vivía el barón y, si se terciaba, a preguntar en algún café o taberna próxima qué clase de hombre era.

Vivía el protector de Fanny en un hotel antiguo y lujoso de la calle del Bac. Al quedarme parado a contemplar el hotel, una carretela, ocupada por una señora muy distinguida, ya no joven, estuvo a punto de atropellarme.

La señora mandó parar y muy amablemente me preguntó si me había ocurrido algo. La tranquilicé y, después de saludarla, seguí andando.

Al otro día por la mañana, tras del almuerzo, tomé un coche y fui a visitar al barón.

La casa de la calle del Bac tenía un portal ancho que daba a un patio renacentista con columnas y galerías y, en el patio, una escalera lujosa de piedra.

Por lo que vi, la casa del barón estaba alhajada con riqueza y con rumbo; abundaban los muebles elegantes, los espejos dorados, las alfombras mullidas. Todo espléndido y de buen gusto.

Me presenté y me hice anunciar por un criado de casaca. Fanny había comunicado al barón el aviso de mi visita.

El barón de Colins era un señor de más de setenta años, de pelo blanco; hombre muy bien conservado; vestido de manera impecable. Era de origen flamenco; parecía hombre simpático y llano.

Tomó una lente y leyó la carta de Fanny.

—¿Por qué no ha venido usted antes? —me preguntó—. Veo que lleva usted días aquí.

—He estado enfermo.

—¿Ya está usted bien?

—Sí.

—Comerá usted conmigo.

—Muchas gracias. Estoy ahora a régimen.

—Yo también me alimento la mayor parte de los días del año con verduras, así que no hay obstáculo para que usted cumpla en mi casa sus prescripciones médicas.

Después de convenir en esto, Colins me llevó a un saloncito. El salón, estilo de la época, con algunos muebles ingleses, tenía en las paredes varios cuadros de pintores flamencos, paisajes y escenas campesinas. Entre los cuadros había uno de Brueghel el viejo.

El barón me preguntó:

—¿Le gusta a usted la pintura?

—Si. Este Brueghel es muy bonito.

Lo contemplé un instante.

—¿Y qué clase de negocios le traen a usted a Paris? Estoy muy obligado a servir a mi amiga Fanny.

Hice entonces el signo de reconocimiento masónico, al cual contestó él, y le dije recomendándome a su discreción:

—Aunque en la carta de Fanny aparece mi segundo nombre y apellido, yo me llamo Eugenio de Aviraneta y soy un agente político del gobierno español.

—¿Es que Fanny Stuart se ha metido a política? —me preguntó riendo el barón.

—No.

—Porque la pobre muchacha no creo que tenga ni gran inteligencia ni gran astucia para eso.

—Indudablemente, por lo menos no tiene afición. Yo vengo con el designio secreto de buscar la pista de una conspiración que creo que se está tramando contra la reina Cristina por algunos españoles residentes en París amigos del infante don Francisco, en complicidad con otros de Madrid y con algunos personajes extranjeros.

—¡Ah!, ya caigo en la cuenta —repuso el barón—; usted querrá enterarse de las maniobras del amigo de Fanny.

—¿Del amigo? —pregunté yo haciéndome el sorprendido.

—De su amigo o protector —repuso Colins—; veo que no está usted todavía en autos. Sin duda ignora usted que a Fanny Stuart le sostiene hoy el conde de Parcent, grande de España, y que éste es el principal agente de don Francisco de Paula. Yo sé algo de todo ello, pero no con suficientes detalles, y como veo que a usted le interesa el asunto, me enteraré al por menor por las personas que tienen relaciones con la política española. El gobierno de Madrid y la reina Cristina, ¿saben algo de estos manejos?

—Yo les he comunicado mis sospechas.

—Hay que manejarse con mucha precaución y cautela. La cosa es delicada, porque Luis Felipe interviene, según se dice, por intereses de familia. Dentro de algunos días le daré a usted los datos que le interesan. Déjeme usted las señas de su hotel y descuide usted de lo demás. ¿Supongo que habrá usted almorzado?

—Si.

—¿Qué, no tendrá usted nada que hacer por la tarde?

—No.

—Bueno, pues permítame usted un momento y espéreme usted media hora leyendo los periódicos. Invitaré a algunas personas con las que pueda usted hablar en la comida. Antes daremos una vuelta en coche.

¡Esperé contemplando los cuadros holandeses del salón, algunos preciosos. El barón de Colins, con sus amistades, podía darme datos auténticos de la intriga para ver claramente sus proporciones.

Cuando apareció de nuevo el barón, salimos, bajamos al patio; montamos en un landó; cruzamos a la otra orilla del Sena, y fuimos por la Avenida de los Campos Elíseos al Bosque de Bolonia.

Hacia una tarde muy hermosa de primavera. El barón me mostró las notabilidades del mundo elegante: las grandes damas, las actrices, los generales, los banqueros, los jóvenes que estaban a la moda, y me contó una serie de historias de unos y de otros.

Nos detuvimos un momento en el Pabellón de Armenonville a tomar un refresco.

—¿Tiene usted curiosidad por ver algunos de estos cosmoramas? —me preguntó.

—No, la verdad; no me interesa actualmente más que la política.

—¿No quiere usted ver las figuras de cera?

—No.

—Pues es un espectáculo cómico. Hay una mezcla de personajes que en su vida no se verían nada contentos por estar juntos. Luis Felipe y Napoleón, María Cristina y el infante don Francisco. ¿Sabe usted con quién está emparejado don Carlos y sentado a la misma mesa?



—No.

—Con Abd-El-Kader.

—¡Qué mezcla! Un árabe valiente y generoso con un Borbón egoísta y cobarde.

No se me hizo nada largo el paseo. Volvimos a casa del barón y pasamos al saloncito elegante, donde había varias personas que me fueron presentando. Primeramente lo hizo a tres señoras. Una de ellas era la dama que días antes estuvo a punto de atropellarme en la calle con su coche. La señora quedó bastante sorprendida al verme allí. El barón me preguntó después si la conocía y yo conté lo ocurrido.

—¿Por qué no vino usted ese día a verme? —me preguntó.

—¡Qué quiere usted! No le conocía a usted y tenía cierta suspicacia.

—¿Y el aspecto de mi casa le tranquilizó?

—Si, algo.

Le conté lo que me había pasado con el embajador de España, y se rió.

—Esta señora, a quien le acabo de presentarme dijo después—, es una dama de la aristocracia de aquí, muy amiga de la infanta Luisa Carlota y de un español, un tal Valdés, a quien llaman aquí el Bello Valdés y los españoles Valdés de los Gatos, no sé por qué. Esa señora puede que esté enterada de lo que a usted le interesa; pero si no le conviene no le hablará de ello, porque es muy discreta y muy diplomática. ¿Conoce usted a ese Valdés?

—Poco.

—Creo que es cubano, hijo natural de algún personaje. No se sabe de qué vive, pero vive bien. La señora conocía a Valdés y a otros muchos españoles. A Valdés lo tenía por hombre amable y divertido.

La otra dama era una señorita de la rancia aristocracia francesa, de cerca de cuarenta años: alta, de buena figura, con un apellido y un nombre sonoros: Blanca de Clermont. Esta señorita, después de un proyecto de matrimonio con un político realista de fama, había comenzado a intrigar, a jugar a la Bolsa y a favorecer los proyectos de los carlistas españoles. Quizá pensaba que iba a galvanizar el carlismo. Vestía con cierta originalidad, con aire de amazona, y hablaba también con mucha viveza.

Solía recibir en su casa a algunos forajidos de Cabrera, que le acompañaban, y tenía el proyecto de entrar en España si se encendía de nuevo la guerra.

El barón de Colins indicó con una mirada al mayordomo en dónde debía sentarse cada uno de los comensales, y comenzó en seguida una conversación un poco de fuegos artificiales, en la cual se habló en broma de política, de literatura, de teatro, todo bastante superficialmente y adornado con anécdotas a estilo francés.

De los invitados eran: uno el marqués de Montigny, alto empleado en el ministerio de la Guerra; otro un diplomático viejo, D'Aumesnil, que había estado en España, y varios jóvenes elegantes.

El comedor era rico, ostentoso, estilo Luis XV, con grandes tapices y cuadros de caza. Tres criados de frac servían la mesa.

## EL MARQUÉS DE MONTIGNY

Poco después tomó la palabra el marqués. Este señor se hallaba muy enterado de los asuntos políticos de Francia y de España. Tendría ya unos cincuenta años y se mostraba muy atildado, muy empolvado y muy lleno de pomada.

—¿A usted, como español —me dijo—, le parecerá la vida de París un poco chusca?

—No. ¿Por qué?

—El español es muy austero. Esta es la época más desvergonzada de costumbres, del agio y de la intriga que se ha conocido. Los políticos de Francia, y de fuera de Francia, maniobran en la Bolsa de una manera cínica y descarada. El que quiere vivir tiene que hacer lo mismo que ellos. Ya no

vale ser un hombre de calidad, hay que ser un hombre de cantidad. La diplomacia actual nace en los despachos de los banqueros.

—¿Y esto no pasaría antes? —pregunté yo.

—Lo mismo que ahora —contestó el viejo diplomático D'Aumesnil.

El marqués me pidió mi opinión acerca de la vitalidad del carlismo y de la exactitud del libro de un periodista inglés y judío, un tal Mitchell, publicado en Bayona.

En este libro se atacaba crudamente a los moderados carlistas, a Maroto, al padre Cirilo y a Elio, y sólo salían bien librados los puros, a los cuales los contrarios llamaban obispos.

—Ese libro es el libelo de un fanático y de una parte interesada en el asunto —contesté yo.

—¿Cree usted?

—Me parece indudable.

—Y el padre Cirilo, ¿qué le parece a usted?

—El padre Cirilo es el tipo del fraile listo e intrigante, del hombre que se cree genial, que se considera un segundo Cisneros y es sólo habilidoso. En el fondo, es un hombre sin nervio, incapaz de arrastrar a nadie. Le faltan dos cosas importantes para ser un político de altura: la intuición y el valor.

La señora amiga de la infanta Luisa Carlota y de Valdés de los Gatos dijo que me mostraba muy severo. Yo le contesté que esta era mi opinión y que quizá mis expresiones eran duras, porque el que habla con dificultad un idioma, como hablaba yo el francés, no puede dominar bien los matices y se expresa siempre con cierta exageración.

## LOS JÓVENES

Poco después, uno de los jóvenes, que apenas tendría veinte años, muy atildado y petulante, desvió la conversación de los asuntos políticos y habló del gran mundo y del mundo alegre.

Contó en broma que su padre le había dicho que tenía que visitar a los grandes hombres y oír religiosamente sus palabras, para completar su educación.

Como gran cosa, consiguió su familia que fuera a una comida de una lady inglesa, a la cual acudirían damas de la aristocracia y, sobre todo, el príncipe de Talleyrand. Escúchale, le había dicho su padre. Le pusieron en la mesa cerca del príncipe, y un diplomático le hizo preguntas para que el viejo intrigante luciera su genio. Talleyrand, con un aire un tanto estúpido, comía como un tiburón, y en toda la cena no dijo más que frases como ésta: La sopa está buena, esta ternera es blanda, y cosas igualmente profundas. Después, siguió diciendo el joven, fue a visitar al vizconde de Chateaubriand en un hotel de la calle del Infierno, y allí le vio al grande hombre en un sillón, rodeado de duquesas, escuchando las adulaciones del público. El gran hombre decía a todos los que se le acercaban: «Yo no quiero que el mundo se ocupe de mí. Yo he cumplido mi misión modesta.» Y mientras decía esto, madama Recamier, su primera sacerdotisa, bostezaba de fastidio.

Después otro jovencito nos contó lo ocurrido hacia días con la famosa bailarina Lola Montes. En una cena, el guitarrista español Trinidad Huerta había tocado un bolero. Lola Montes, después condesa de Lansfeld y favorita del rey Luis de Baviera, escuchó entusiasmada el bolero brillante y desordenado del guitarrista, y al terminarlo le dijo:

—Huerta, me tiene usted que dedicar ese bolero.

—El caso es que se lo he prometido ya a la Cerrito. La Cerrito era una bailarina del teatro de la Opera.

Lola Montes cogió un cuchillo de la mesa y se puso a perseguir al guitarrista. Se desarmó a la bailarina furiosa y sólo se tranquilizó cuando le aseguraron que se daría su nombre al bolero.

Otro joven hizo un chiste sobre un general, amigo de la casa, de quien se aseguraba que maltrataba a su mujer.

—Es más tambor mayor que otra cosa —dijo.

—¿Por qué?

—Porque, según dicen, siempre está batiendo a la generala.

El chiste, aunque no muy original, se celebró mucho.

Aquellos jóvenes, por lo que vi, empezaban a tener como doctrina única la extravagancia. El no pensar como los demás, el no vestir como los demás, constituía para ellos el gran mérito. Yo comprendo que no parecerse al resto de los mortales, cuando éstos son necios, es un mérito; pero disentir de los demás en comer, en beber y en vestirse, es una bastante estólida originalidad.

## EL VIEJO DIPLOMÁTICO

Al terminar la cena me puse a hablar con el viejo diplomático D'Aumesnil, que estaba muy enterado de los asuntos de España. No pude comprender en la conversación si era carlista o liberal, amigo o enemigo del infante don Francisco de Paula y de su mujer. Me contó muchas cosas, algunas que yo conocía y otras que no conocía.

—La diferencia de caracteres de los hermanos de Fernando VII se explica —me dijo—, porque dadas las costumbres de María Luisa de Parma, se puede suponer que no eran hijos del mismo padre y seguramente ninguno de Carlos IV. María Luisa lo aseguró así varias veces a su confesor, a quien persiguió y encarceló Fernando VII por atreverse a decirlo. Don Francisco se supone, con muchos visos de verdad, que es hijo de Godoy, y por eso Fernando le tenía muy poca simpatía. A este hombre egoísta le producía una gran preocupación la idea de que la corona de España pudiera pasar a su hermano Paco, hijo de Godoy.

—Yo he oído eso muchas veces, como una murmuración que no se sabe lo que puede tener de verdad —dije yo.

—Pues es cierto. A Esmenard, el amigo de Godoy y traductor de sus memorias, le he oído contar que el viejo favorito guarda todavía en su cartera, entre los retratos de sus hijos con Pepita Tudó, una miniatura de don Francisco de Paula cuando era niño, y que suele besarla. La gente en Madrid, hace años, al comienzo del reinado de Fernando VII, daba como seguro que el infante era hijo de Godoy.

—Yo no viví en ese tiempo en Madrid —le dije.

—Cuando Godoy quiso dividir Portugal pensaba repartirlo en dos coronas, una para él y otra para su hijo el infante don Francisco. Las Cortes de Cádiz en 1812 afirmaron que el infante don Francisco de Paula y su hermana la infanta doña María Isabel eran incompatibles con la sucesión de la corona por circunstancias particulares que en ellos concurren, decían. Las circunstancias particulares eran el considerarlos hijos de Godoy.

—¿Y el infante sabrá de quién desciende?

—Sí. Se ha tenido que dar cuenta. Hubo un momento en que se quiso casar a don Francisco con una hija de Godoy, y Fernando, muy joven aún, que sabía la consanguinidad, se opuso al matrimonio.

—¿Y la infanta Luisa Carlota?

—La infanta Luisa Carlota se parece mucho a su madre, la infanta María Isabel, reina de Nápoles, hija de María Luisa de Parma y oficialmente de Carlos IV; pero en realidad de Godoy. A María Luisa de Parma se le hizo un padrón de sus amantes oficiales, que llegaron a diez o doce. Usted lo sabrá mejor que yo.

La verdad, no lo sabía tan bien como él. Exceptuando la historia de los sucesos de mi tiempo en que había intervenido, lo demás lo conocía muy deficientemente.

Hablé con el diplomático D'Aumesnil de las pretensiones de don Francisco y de doña Luisa Carlota a la regencia, afirmando que creía que no tendrían éxito.

—¡Hum! ¿Por qué no? ¿Quién sabe!

—Si tuvieran la protección de Luis Felipe..., pero Luis Felipe no la dará —añadí yo.

—Eso ya lo veremos. El año pasado, hallándose recién llegado a París el infante don Francisco con su familia, en circunstancias muy apuradas, su mayordomo, el conde de Parcent, solicitó una conferencia con el banquero don Fermín Tastet. ¿Le conoce usted?

—Sí.

—En ella le manifestó el mal estado en que se encontraba la familia del infante y procuró que se interesase en un plan que podía remediar su estado precario, siendo ventajoso al mismo tiempo para Tastet. Consistía éste en que, valiéndose de la influencia del banquero con el conde de Saint-Aldegonde, edecán de Luis Felipe, procurase inquirir de qué manera acogería el gabinete de las Tullerías el matrimonio del hijo mayor del infante con la reina de España. No recibió mal Tastet la insinuación del conde de Parcent.

—¿Pero no está el banquero comprometido en las causas de don Carlos y de don Miguel de Braganza? —pregunté yo.

—Sí, pero esto no es obstáculo para un banquero. El hombre pidió algunas explicaciones y ventajas para el caso de que le fuera posible alcanzar lo que se deseaba.

—¿Y se las dieron?

—Sí, se las dieron cumplidas. Tastet habló de antemano con los Rothschild, que han financiado al gobierno de María Cristina para seguir la guerra, y con el beneplácito de los banqueros judíos comenzó sus gestiones. El conde de Saint-Aldegonde habló a Luis Felipe, quien comprendió que no se trataba de una pura curiosidad. El conde le explicó la gestión de Parcent con el banquero Tastet. Luis Felipe dijo: Me gusta esa boda; mi mujer, la reina, irá con la condesa de Saint-Aldegonde, su dama, a visitar de incógnito a la familia del infante don Francisco.

—¿Así que usted cree que la protección es seria?

—No cabe duda. Por otra parte, se ha firmado un contrato, en noviembre del año pasado, entre el infante don Francisco y Tastet, por el cual el infante pagará la suma de un millón doscientos mil francos a Tastet, a Mauguin, miembro de la Cámara y célebre abogado, y al mallorquín Palet, si estos señores interponen sus buenos oficios para casar uno de los hijos de los infantes con la reina Isabel. Si el 31 de diciembre de 1843 los banqueros no han cumplido sus compromisos, el acto se considerará nulo.

Me sorprendió esto, que tenía el aire de una combinación de joven calavera sin escrúpulos para casarse con una rica. Me chocó que se considerase un puro negocio lo que para nosotros, cándidos españoles, era una cuestión de política apasionada.

—¿Y qué cree Luis Felipe de España? —le pregunté al diplomático.

—Luis Felipe considera el estado político de España muy difícil y supone que la corona de Isabel II no se halla muy segura sobre sus sienes. Así se lo ha dicho al marqués de Miraflores hace poco. Este, dicen que le ha respondido: Yo creo más segura la corona en la cabeza de la reina de España que en la de Su Majestad. Sorprendido el rey de la brusca respuesta, preguntó: ¿Habla usted seriamente, marqués? Señor, con completa seriedad.

—¿Pero es que la corona de Luis Felipe está en peligro? —dije yo.

—A Luis Felipe le pasa algo como a María Cristina: no tiene partidarios incondicionales más que entre la burguesía, que es neutra. Los militares son bonapartistas; los aristócratas de la corte son realistas. La misma condesa de Saint-Aldegonde, dama de la reina y amiga de Luis Felipe, en su casa y como pariente de los Mortemart, se muestra partidaria de la rama mayor de los Borbones. El pueblo en Francia es republicano.

—¿Y qué opinión tiene usted de la infanta Luisa Carlota y de sus relaciones con su hermana?

—Todo el mundo sabe —me dijo el diplomático— que desde la muerte de Fernando VII se estuvieron continuamente fraguando intrigas por la camarilla de la infanta Luisa Carlota en contra de María Cristina. Al comienzo, Carlota, a pesar de haber sido ella la que preparó el matrimonio de Fernando VII con su hermana, empezó a tener celos. Doña Luisa Carlota es una mujer despótica, iracunda, a quien se le sube la sangre a la cabeza. Ha soñado con el trono para sus hijos; ambiciosa y enérgica, ha conspirado contra don Carlos y el partido apostólico, y ahora contra Cristina.

Automáticamente basta que una hermana se incline a un lado para que la otra vaya al contrario.

—Hacen de Espartero y de Narváez.

—Eso es. Ahora Carlota, desterrada en Francia, está intrigando para casar a uno de sus hijos con Isabel II. A medida que la lucha entre los moderados y los progresistas se ha hecho mayor, ha crecido la intriga hasta convertirse en una conspiración. Los disidentes progresistas tienen hoy por órgano en la prensa de Madrid al *Eco del Comercio*, que ha pasado a manos de los amigos del conde de Parcent, alma de estas tentativas. Hay ciento veinte logias en España que trabajan por el infante don Francisco y quieren acabar con la regencia de María Cristina para concedérsela al infante.

—No creo que lo conseguirán.

—¡Ya lo veremos! Ellos piensan dar por unos meses la regencia a Espartero y después al infante.

—¿Y esa divergencia política entre las dos hermanas, Cristina y Carlota, cree usted que es la causa de la hostilidad actual entre ellas? —pregunté yo.

—No.

—¿Entonces cuál es la razón de este odio?

—La razón es que Cristina, como decimos aquí, ha echado su gorro por encima de los molinos, entendiéndose con Muñoz y teniendo varios hijos con él.

—¿Usted cree que esto es lo que molesta a doña Luisa Carlota?

—Me parece que sí.

—¿La falta de conducta de su hermana?

—No, más bien su atrevimiento de tener un querido públicamente. La infanta Luisa Carlota tiene que aguantar a su marido, que es ya viejo, tonto y pesado.

—Entonces, ¿usted cree que María Cristina es una mujer ligera?

—Sí, ligera de cascos, aunque no de cuerpo, porque empieza a tener mucho peso.

—¡Vamos!, cree usted que es una pécora.

—La palabra no es protocolar.

—¿Pero supone usted que la idea es exacta?

—Me parece que sí. Ahora, sus partidarios dicen, para legitimarla, que se casó en segundas nupcias honestamente con Muñoz. Es mentira, porque estaba entendida con él pocos días después de que muriera Fernando.

—No puede ser fácil saberlo.

—Yo estaba en Madrid por entonces, y eso se aseguraba. Sus amigos afirman que se casó a los tres meses de viuda. No sé cómo. La ley no autoriza el matrimonio de las viudas hasta pasados nueve meses. Es una familia desatada esta de los Borbones de Nápoles. Su hermana, la duquesa de Berry, María Carolina, apareció, no sé si lo recordará usted, al principio del reinado de Luis Felipe, en la Vendée a soliviantar a los legitimistas. Produjo desgracias y ruinas sin cuento. La prendieron en Nantes, donde la encontraron metida en una chimenea mareada y vomitando, parte por el humo y parte por el embarazo de siete meses. La llevaron al castillo de Blaye y allí dio a luz ante los notarios que mandó Thiers. Estaba liada con un conde italiano. Con reinas así, en este tiempo, se acaba la monarquía. En un libro que un poeta alemán, Enrique Heine, ha publicado el año pasado sobre las heroínas de Shakespeare, dice: A una cierta madama Carolina, que hace algunos años rodaba por las provincias, particularmente por la Vendée, no le faltaba ni talento ni pasión, pero tenía un vientre demasiado grueso, lo que perjudica siempre a una actriz encargada de representar el papel de viuda heroica de un rey.

—¿Y usted conoció y trató a María Cristina en Madrid?

—Muy poco. Durante algún tiempo apenas se la vio.

—¿Y por qué?

—María Cristina, que sólo pensaba en su nueva luna de miel con Muñoz, prefería la soledad de los sitios reales a la corte. En mayo de 1834 se fue a Aranjuez, de donde marchó a Carabanchel a principio de junio, con motivo de haberse declarado el cólera en La Carolina, y a final de este

mismo mes pasó repentinamente a La Granja, porque el cólera se hallaba en Mora. Desde San Ildefonso fue a abrir las Cortes a mediados de julio y conocieron muchos su extraña obesidad, no obstante las fajas que sabíamos llevaba por disimulo.

—¿Y estaban enterados de eso?

—Y hasta de quién se las fabricaba. El mismo día de la inauguración volvió a dormir al palacio de Riofrío, donde hizo cuarentena hasta que regresó a La Granja. La súbita noticia de casos de cólera en Segovia la hizo marchar a escape, a fines de agosto, al Pardo, donde se aisló y encerró, aprovechando el rigor sanitario, para no ser vista en los meses mayores. El 17 de noviembre de 1834, a los once meses justos de conocer a Muñoz, entre once y doce de la noche, dio a luz una Gertrudis Magna Victoria, asistida de la tía Eusebia, su suegra, con tal felicidad, que a los nueve días ya pasó revista en el paseo de la Florida de Madrid al segundo escuadrón de guardias, que salía a incorporarse al ejército del Norte a pelear por su hija legítima y conocida. En la misma noche del alumbramiento sacaron a la recién nacida en un coche cerrado, por la puerta que da frente a Las Rozas, el administrador del sitio, don Luis, y el médico cirujano don Juan Castelló y la entregaron, cerca de Madrid, a la señora de Castanedo, viuda del administrador que fue de La Granja, llamado Villanueva. Esta señora fijó su residencia el verano siguiente en Segovia con la niña y un ama de cría, para estar cerca de los padres. También entendieron en estos negocios al italiano Ronchi y la paisana de éste, doña Ana, entonces querida del médico de guardias Coll.

—Veo que está usted enterado como pocos.

—Al año siguiente se repitieron las jornadas y las escenas. En mayo de 1835 fue la corte a Aranjuez, de donde volvió la reina a Madrid para la clausura de las Cortes, volviéndose en el mismo día. En julio regresó de nuevo, y a los tres días se trasladó a La Granja con ánimo de vivir aislada y con más cautela que la primera vez. Por eso, el 17 del mismo julio salió una Real orden del mayordomo mayor, marqués de Valverde, suprimiendo los besamanos generales en obsequio, se decía, de los obligados a concurrir a ellos. Entre los palaciegos se comprendió bien que esto significaba que la reina se hallaba otra vez en estado de preñez.

—¿Y la niña primera?

—La veían con frecuencia. Desde La Granja salían todas las tardes Cristina y Muñoz para la granja Quitapesares, y desde Segovia venía al mismo punto la aya Castanedo con la niña y el ama en un coche. Esta cotidiana entrevista, el boato de la encargada de la pequeña Victoria, los guardias que salían de la ciudad a vigilar el camino antes de salir el coche de Segovia, y otros mil incidentes mal disimulados, hicieron tan pública la procedencia de la chiquilla, que hasta los chicos segovianos la llamaban al pasar «la hija de la reina».

—Es curioso que todo esto nos pasara inadvertido a los madrileños.

—En agosto asistió Cristina a un gran Consejo de ministros y magnates, que celebró Toreno en Madrid sobre el pronunciamiento de las provincias, sacrificio costoso para la reina por lo adelantado que se hallaba su embarazo. En septiembre volvió a encerrarse en El Pardo, a pretexto de que el cura Merino se acercaba. Ni los gentilhombres ni las damas llegaron a verla en mucho tiempo, y hasta se negó a los infantes más de una vez el permiso para visitarla, cosa que irritó a su hermana Carlota. En este otoño fue varón el que Cristina dio a luz, y a poco de robustecido, se le condujo con su hermana a París, comisión que cumplieron su abuelo el señor Juan Muñoz y el cura Caborreluz, tío del confesor que, por influencia del sobrino, era oficial de la biblioteca de Palacio y ahora director espiritual de la reina niña. Se hizo el viaje en enero de 1836, tomando como pretexto una comisión que se dio a Caborreluz para agenciar libros para la Biblioteca Real.

—¿Cuánto gatuperio! Es raro que todo esto no trascendiera.

—Cuando las ocurrencias de La Granja, en agosto de 1836 —siguió diciendo el diplomático—, se gritó contra Muñoz y la camarilla, y se oyeron algunos mueras. Se ocultaron los que bullían en Palacio, y Muñoz fue sacado ocultamente, por una galería de las fuentes, por el llavero de aquel sitio Dionisio Arias y conducido a Madrid, donde se escondió. Desde entonces no se le volvió a ver en público con la reina ni aun en Palacio: se le relegó a la oscuridad en el departamento que se

conoce con el nombre de *Jaula de Muñoz*. A mediados de abril de 1838 tuvo Cristina un mal parto de una niña; después han crecido las precauciones y los medios de ocultar, y nada se conoce actualmente con certeza. Como sabrá usted, aunque la adulación y la timidez cerraron muchas veces los labios de los ministros, hubo ocasión en que se resolvieron a hablarla de este asunto, pero a lo último no lo hicieron.

—Esto último lo sabía.

Todo lo que contó el diplomático parecía cierto. A pesar de no ser yo un monárquico ferviente, me molestaba tanto descrédito. No había posibilidad de protesta.

—¿Y la actitud de Espartero con María Cristina? ¿Cómo se la explica usted? —le pregunté al señor D'Aumesnil.

—Yo creo que Espartero es un ambicioso y que le gustaría ser el amante de la reina y completar así su carrera, dándole un puntapié a Muñoz, a quien le tiene mucho asco.

—Me da usted unas explicaciones que, la verdad, no se me habían venido a la imaginación.

—Pues creo que encierran una realidad.

—¿Y la reina, llegará a hacer caso de Espartero?

—Antes quizá, ahora no.

—¿Por qué?

—Porque ya está vieja y está enamorada de Muñoz y celosa. Este tiene sus devaneos, y probablemente la causa de que la reina haya aceptado el proyecto del viaje a Barcelona es el separar a Muñoz de una mujer.

—Sí, eso se dice.

—Pues creo que es verdad.

—¿Y doña Jacinta, la mujer de Espartero?

—Esta aceptaría el que su marido fuese el amante de la reina como un éxito más del general. Ella podría tener compensaciones con algún ayudante más bonito.

La malicia del viejo diplomático me hizo bastante efecto.

## LA DAMA DE NEGRO

Al marcharse el diplomático hablé un momento con aquella señora que el día anterior estuvo a punto de atropellarme. Esta dama era la condesa D'Orval. Debía de haber sido muy rubia y por entonces era muy canosa. Tenía la cara sonrosada, los ojos azules y vestía de negro, con bastantes joyas. Hablaba con mucha precisión y seguridad.

—No haga usted mucho caso de lo que le digan estos señores —me indicó—, porque para ellos el gran mérito es hablar mal de todo el mundo.

—Sí, tiene usted razón —le dije yo—; es tan prudente desconfiar de lo que dice la gente que habla mal como de lo que cuentan los que hablan bien.

Como parte de los invitados se había marchado, y otros se preparaban a marcharse, me despedí del barón y salí de su casa. Fui despacio hacia el Sena y marché por los muelles pensando en lo que había oído. Ya era de noche; brillaban las luces en las aguas del río y en los puentes.

Comprendí, recordando las palabras de los invitados del barón, que en la supuesta trama política del infante y de sus partidarios había más que nada un negocio.

Como la intriga era una cosa proteica, sin plan fijo, me hubiera convenido contar con alguien en el medio parisiense que me pudiese comunicar el carácter que podía ir tomando aquella conjuración.

#### IV

### GENTE DEL ARROYO

Yo nunca he creído gran cosa en las nobles intenciones de la mayoría de la gente. No digo que todo sea malo en el hombre; pero que abunda más lo malo que lo bueno, me parece evidente.

(*Los Confidentes audaces.*)

Al día siguiente, por la mañana, fui a ver a uno de mis agentes de París, Pedro Martínez López, libelista grafómano y sinvergüenza de nacimiento.

Martínez López era de Villahoz, en la provincia de Burgos. Hacia 1828 o 1829 dio a la estampa en Madrid un librito titulado *El mundo tal como es, o todos locos*. Después, en Barcelona, publicó un papel, el *Sancho Gobernador*, diario político, literario, industrial y mercantil. El *Sancho Gobernador* era periódico en apariencia liberal exaltado y en realidad pancista. Del mismo papel, con idéntico título, hizo algunos números después en Burdeos.

En esta ciudad dio a la imprenta *La España en 1833 al expirar el rey Fernando VII, Una noche en el infierno y Las brujas en Zugarramurdi*, con dos láminas litografiadas. Las publicaciones del libelista, confusas y pedantescas, por exceso de alusiones o por el estilo retorcido, no se entendían bien.

En Madrid, el Martínez López lanzó un semanario titulado *Para todos* y en Burdeos otro, *El luchuguino*.

En 1830 estaba ya en Francia, donde imprimió una proclama, *Appel aux Espagnols*, en el cual atacaba a los liberales emigrados.

Martínez López ¿era carlista o liberal? Nadie lo sabía. Para cobrar de unos y de otros, era pancista.

Después hizo libros de gramática, con títulos pintorescos: *Un trocito de lengua escabechada para la Academia Española, Un cortadillo de Rosolí Dicitur para este cura Pedro Martínez López*.

Luego escribió un diccionario de agricultura; tradujo un Ensayo histórico sobre las Provincias Vascongadas, *Mis prisiones de Silvio Pellico*, y creo que tradujo también *El judío errante*, de Eugenio Sue.

Por este tiempo Martínez López, muy ansioso de dinero, quiso entablar relaciones con el infante don Francisco y con la infanta Luisa Carlota, y se ofreció para escribir un libelo difamatorio contra Maria Cristina.

Lo escribió y lo publicó, y aseguró después que lo había hecho por encargo de la infanta.

Muchos en París, al hablar de Martínez López, recordaban el título de su periódico, *Sancho Gobernador*, y así le llamaban.

Sancho Gobernador, aunque no lo decía, había sido carlista; le quedaba el virus reaccionario y gramatical. Era cabezón, de mediana estatura, achaparrado, barba negra crecida, ojos negros, color bronceado, aire de cínico y de granuja. Tenía unos dientes grandes, amarillentos, de caballo. Se decía que en su pueblo había dejado mujer y cuatro hijos, lo que no fue obstáculo para que pretendiera casarse en París con una señorita francesa, y se hubiera casado a no oponerse la madre



de ella.

El buen Sancho era sucio, cochambroso, pedigüeño y sablista. Tenía muchos ejemplares de sus libros que no se vendían, y cuando encontraba una victima propiciatoria, tomaba un ejemplar, lo dedicaba a la persona con grandes elogios y le pegaba un sablazo.

Este libelista unía la mala intención con la pedantería. Martínez López vivía por entonces en la calle de Tiquetonne, cerca de mi casa, con una vieja aventurera, en un hotel de muy mal aspecto. Al parecer, el libelista ahorra y prestaba dinero a usura.

Sancho Gobernador, el cínico, servía a quien mejor le pagaba.

Lo mismo escribía una diatriba que una apología. La última apología suya fue la dedicada al conde de San Luis poco antes de la revolución del 54. Martínez López, mientras yo le pagué, me sirvió bien; luego, cuando no tuve dinero para pagarle, se hizo enemigo mío y trabajó para que me expulsaran de Francia. En él esto era natural y legítimo. Estimaba al que le pagaba, y al que no, no. El ser un tanto cerdo es un derecho legítimo, en el hombre que lo es. No se va a luchar contra la naturaleza.

El folleto que publicó Martínez López contra la reina Cristina, según dijo el marqués de Miraflores, era la producción más indecente y grosera de la prensa de la época, en la cual la reina era tratada de una manera indecorosa, y los hombres notables, políticos y militares de España, escarnecidos e insultados. El folleto era más bien un producto de literatura amanerada y pedantesca.

Insultaba, con aire que quería ser de satírico antiguo, a la reina Cristina y a sus amigos Parejo, Calvet, Rufino Carrasco, Gaviria, Piermarini, Piernas, Ronchi, dedicándoles epítetos injuriosos y llamándoles constantemente alcahuetes y ladrones. A Muñoz le decía el Chocolatero; y al conde de Torrejón le asignaba un dicterio que rimaba con su apellido.

Desacreditaba a los políticos. De Martínez de la Rosa decía que era hijo de un cura, Espartero no sabía leer, Toreno era un ladrón, Montevirgen un estafador, Mendizábal y los suyos estaban vendidos, y todos eran venales y canallas.

¡Qué moralidad la de aquel sucio y cochambroso libelista!

Martínez López había querido hacer su carrera política en París. A fines de 1838 se presentó a Parcent y le dijo que iba a escribir un folleto contra Cristina. Parcent no le subvencionó como Martínez esperaba. Entonces se presentó a don Francisco y a doña Luisa Carlota, que le despidieron por desconfianza. El burgalés quiso seducir a los hijos de los infantes; pero Parcent intervino y riñeron, y Martínez le amenazó con publicar cartas que tenía, en las cuales Parcent hablaba mal de don Francisco.

Martínez López quiso convencer a Mataflorida y a Oliana para hacer un partido entre moderado y carlista y terminar la guerra, pero no tuvo éxito.

## EL PÁJARO EN SU JAULA

Avisé a Martínez López, desde la portería de su hotel, que quería verle, y para hablar a solas conmigo me llevó a su habitación. Tenía un cuarto en un piso bajo, con una ventana a un patio. Era un lugar sucio, cochambroso, digno del que lo habitaba. La jaula parecía hecha para el pájaro.

Tenía el cuarto papel amarillo, ajado, con guirnaldas y pastorcitos, chimenea de mármol blanco ahumada y enrojecida por las llamas, una cama de madera todavía en desorden, estante con varios libros y diccionarios y algunas estampas en las paredes.

Por los cristales empañados entraba la luz opaca y triste de un patio y el aire que se respiraba allí dentro era de sitio sin ventilación y mezclado con un olor desagradable a berza y a cocina pobre.

Martínez López me invitó a sentarme y yo le pedí datos acerca de los trabajos de los franciscanos. Como decía que esto no tenía importancia, yo le pregunté:

—¿No cree usted que haya una conjura?

—No llame usted a eso conjura —contestó él—, es más bien una conspiración o una

confabulación.

—No sé cómo se puede llamar; la palabra para calificarla no me importa. El hecho es el que me interesa.

Martínez López me dijo que no pensaba que hubiese más confabulación que el deseo de la infanta Luisa Carlota de casar a su hijo con la reina Isabel.

Le expliqué que García Orejón hablaba de muchas idas y venidas y de conferencias entre franciscanos, carlistas y progresistas.

—¡Bah! No haga usted caso de eso; ese picador es un iluso.

El libelista jugaba con dos barajas; tan pronto daba noticias interesantes, como decía: No, todos estos son rumores sin fundamento.

Sancho Gobernador no quiso franquearse conmigo; aseguró que todas sus noticias las había dado en sus comunicaciones. Yo, como sabía que era vanidoso, le dije, con cierta indiferencia, que él era hombre dedicado a cuestiones gramaticales y que yo comprendía muy bien que no le gustaran estos espionajes políticos, para los cuales se necesitaban gentes sin escrúpulos y de más arrestos que él.

El hombre se picó como yo esperaba y comenzó a hablar ofendido y contó cuanto sabía.

Explicó cómo había ido a visitar a la infanta Luisa Carlota a pedirle datos para escribir el libelo contra María Cristina, y se había hecho la remilgada; dijo cómo el infante Francisco de Paula le había sacado dinero a Muñoz y tenía empeñadas sus joyas; habló de las cuestiones entre los dos hijos del infante, Paquito y Enriquito: el primero, que parecía afeminado, y el segundo, que tendía a ser un calavera.

Yo le pregunté:

—¿Se entienden bien don Francisco y doña Carlota?

—Sí; ella le arrima cada paliza...

—¿De verdad?

—Sí, hombre. Le han visto muchos a él salir corriendo y a ella darle dos bofetadas y después un puntapié en el trasero. A pesar de esto, él no puede vivir sin ella.

—¿Y sabe el infante don Francisco de Paula que es hijo de Godoy?

—Claro que lo sabe. A medida que se va haciendo viejo, se va pareciendo más a Godoy.

—¿Y se ve con él?

—Se han visto varias veces. Luisa Carlota sabe también que es nieta del príncipe de la Paz.

—¿Y no le ayudan al viejo, encontrándose aquí Godoy en la miseria?

—Poco, porque ellos no andan muy bien. Además Godoy tiene bastante para vivir. Lo que pasa es que es un llorón.

—¿Y qué motivos tiene Parcent contra María Cristina?

—¡Bah!; ¡ya lo sabe usted!

—No..., me lo supongo.

—Pues lo que supone usted es la verdad. Parcent quiso ser el Muñoz de la reina Cristina, y como no lo pudo conseguir, es el Muñoz de su hermana Luisa Carlota.

—Eso se dice.

—Y se sabe. Parcent es el Sigisbeo de la infanta, lo que se llama en Italia *Cavaliere servente*.

Después hablamos de Bayona, en donde él había estado algún tiempo, y me contó cosas que yo ignoraba. Yo no sabía la relación comercial directa que existía entre Mendizábal y el cónsul Gamboa. Creía que serían amigos como hermanos masones; pero no era sólo esto.

Gamboa había sido nombrado cónsul de Bayona por influencia de Mendizábal. Mendizábal era el jefe de la casa de comercio conocida en Londres por la razón social «Mendizábal, Carbonell y Gamboa».

Esta casa comercial, unida con Vázquez, Dourou, de Burdeos, y Lasala y Collado, de San Sebastián, había formado una sociedad o Compañía mercantil para explotar los suministros durante la guerra. El consulado de Bayona había sido, durante el ministerio del Mendizábal, una verdadera oficina de contratación, adonde iban a parar todos los fondos del ejército, sin que interviniese la

administración militar. Allí se hacían las compras de cuanto consumían las tropas liberales.

Como yo no estaba en Bayona en este tiempo, no me hallaba enterado.

Mendizábal era muy dado a enredos financieros. Se decía que en 1835 tenía en su casa de banca de Londres tres millones de libras esterlinas, y que sus socios mermaron con sus especulaciones torpes la mitad de su fortuna.

Mendizábal, acostumbrado a las operaciones de Bolsa y banca, se metía en planes atrevidos y poco claros. Con un fondo de inteligencia de banquero y una ligera sospecha de judaísmo de raza tenía una facilidad de manejar el dinero y a la gente que lo había tenido creyéndole sólo español. Entraba en todas partes: en los medios políticos y artísticos. En la *Historia de mi vida*, de Jorge Sand, que leía el otro día, dice la autora que sus amigos miraban a Mendizábal como a un padre, y que quiso acompañarles a ella y a Chopin a Mallorca; dadas las costumbres de la dama, no sería raro que hubiese tenido algo que ver con el hacendista español.

—La Compañía latro-mercantil de que le hablo a usted— siguió diciendo Martínez López—, ha sostenido, fuese cual fuese la variación ministerial, a Fernández Gamboa en el consulado de Bayona, por el interés que había en los socios. En Oloron tenían, bajo la dirección del comerciante carlista Inda, la oficina de seguros de todo el contrabando que se ha hecho en España. La mayor parte del salitre que han consumido los carlistas de las Provincias Vascongadas fue vendido por esa Compañía, y cuando otros especuladores hacían remesas, los denunciaban en seguida al gobierno francés. La Compañía ha hecho, desde Bayona, un gran comercio con los puertos de Lequeitio, Bermeo, etc., y ella, como le he dicho a usted, denunciaba los cargamentos que no eran suyos. En tanto que a muchos contratistas se les están debiendo sumas enormes, a Collado y a sus socios se les ha pagado puntualmente, y muchas veces con anticipación.

—Con la miseria del erario, esto habría sido difícil.

—Pues así ha sido. Créalo usted.

—¿Y cómo sostenían la unión los socios de la Compañía?

—El dinero lo puede todo, y carlistas y liberales se unen para los negocios como un coro de angelitos —contestó Martínez López, sonriendo con su sonrisa cínica y mostrando sus dientes de caballo—. Por otro lado, Collado es el amante de la mujer de don Evaristo Pérez de Castro, que ya es un hombre achacoso. Collado es cuñado de Lasala, y Lasala maneja a Gamboa, que es torpe y estólido.

Pérez de Castro y Mendizábal participan en los beneficios. Cuando el convenio de Vergara, se ocultó la noticia en San Sebastián durante treinta horas con objeto de que Collado hiciera compras de papel, lo que le valió millones.

—No sé, eso no me parece tan fácil.

—Pues se hizo. Y todo San Sebastián lo sabe. Gamboa tiene muy buenos informes. Se sirve de su amistad con Decazes, y éste es íntimo de Thiers, y por él sabe noticias que comunica a Collado y a Lasala.

—¿Y ese banquero Palet, mallorquín, tiene relación con esa Compañía?

—Palet no es un banquero, es el hombre de confianza y el inspirador de Tastet. Tastet quiere hacer un empréstito y quedarse con las contribuciones de Filipinas durante cincuenta años.

—A Tastet le conozco. ¿Tiene capital?

—No lo sé. Es posible que Tastet sea sólo un testaferro de la Compañía latro-mercantil de Bayona. Habrá usted visto que lo mismo es liberal que carlista, lo mismo proyecta un empréstito para don Carlos que para María Cristina. Entre Tastet y la Compañía aparece Segura, que es íntimo de Tastet y de Gamboa.

—¿Otro pajarraco?

—De los más peligrosos.

—¿Y qué importancia tiene Palet para que ahora se hable de él como de un financiero?

—Palet es el brazo derecho de Parcent y el brazo izquierdo de Tastet. Además está o ha estado empleado en la policía política del gobierno francés. Antes andaba siempre con un italiano, Prate o

Prati, a quien se tenía por hombre de cuidado. De este Prati decían que era un espadachín venido de Nápoles y jugador de ventaja, y que había formado parte de la Camorra; otros aseguraban que era un gran jefe carbonario y que llevaba siempre un bastón de estoque, con el que había matado a varias personas. Este Prati tenía un amigo llamado Barsabas, que no se sabe si es italiano, griego o corso; dicen que es químico, que es médico, bolsista, inventor, que tiene registradas muchas patentes, pero no se sabe con qué dinero ni con qué objeto. Aseguran que es masón y comunista. ¡Vaya usted a saber!

—¿Y Parcent, qué pretente?

—Parcent se quiere vengar de Cristina, que le ha hecho desaires, según él, y quiere sanear su fortuna. Parcent se entiende con republicanos y con carlistas; tiene buenas amistades con los magnates Ferrer, Calatrava, etc. Protegió los periódicos *El Graduador*, *El Eco del Comercio*, luego el *Guirigay* y ahora *La Revolución*. Tiene amigos entre los masones más influyentes; es un pequeño Felipe Igualdad; maneja a un tiempo muchos negocios oscuros; le buscan los chanchulleros como Valdés, Bernardo Oliana, Palet y Pereira; intriga para conseguir la pensión de los infantes, vende sus joyas y busca la manera de desentramarse él y sus amigos.

—¿Y Manuel Salvador, está aquí?

—¿El carlista? Sí, puede que esté. ¿Le conoce usted?

Sí, es un perfecto granuja.

—¡Bah!, eso es un común denominador en estos tiempos que no se puede tomar en cuenta. Un amigo mío de Madrid, hombre cándido, supo que a un pariente suyo de su mismo apellido le habían detenido por ladrón. El amigo fue conmigo a la jefatura de policía, y al empleado le contó lo que le pasaba. «¿Y usted que quiere saber?» —le preguntó el empleado—. «Quiero saber si ese pariente mío es de verdad ladrón.» «No se ocupe usted de eso —le dijo el empleado—, aquí todos lo somos.»

No reproduzco las frases íntegras de Martínez López, que era un pedante de la literatura. A cada paso tenía que sacar a relucir palabras groseras y soeces de aire castizo. Los políticos eran unos zarramplines, unos galopines, unos bellacos. La boda de la reina había sido un bodorrio; los amigos de María Cristina no tenían antes de conocerla ni un harapo para cubrir el tafanario.

Después, para lucirse, me recitó párrafos de los que había publicado en su folleto.

—Esto he dicho yo, lo que no ha dicho nadie: «Cristina, la inmortal Cristina, como sus aduladores la llaman, es y ha sido el azote de los españoles, y no ofrece la historia un ejemplo de mujer tan ingrata, a la par que impúdica, como esa mujer del Chocolatero, para cuya ambición no dan de sí las minas del Potosí, para cuya lascivia las cavernas de Príapo no tienen hartos furor.

«¡Oh, degradación! ... Una Lucrecia Borgia, regentando el trono español, una corte de alcahuetes y de miserables reptiles... Noventa y cinco ministros ladrones en cinco años y un pueblo más bruto que los brutos, que revienta bajo el peso de las cadenas y calla.»

Así he hablado yo y he añadido:

«¡Regenta!... Huye y arrastra contigo el asqueroso templo que al vicio erigiste con insistente osadía: vuelve a Italia, allí puedes celebrar tus orgías, allí sustentar tu condición de Bacante, allí, en fin, incensar al ídolo de tus únicas creencias: la Prostitución.»

Tales han sido mis palabras.

Todas estas brutalidades hubieran demostrado algún valor escritas y publicadas en España con su firma, pero estaban publicadas en París y con la firma de Miguel de Sousa.

## EL JUDÍO RODRÍGUEZ

Hablando con Martínez López, llamó en el cuarto y se presentó un francés meridional, Isaac Rodríguez, de origen judío. Este hombre, de unos treinta años, de aire seco y duro, firmaba Rodrigues y estaba estudiando economía.

Nuestro Sancho Gobernador, que había desembuchado lo que sabía, quizá se arrepintió de haber hablado, y al salir de la habitación, me dijo:

—No diga usted que estas cosas se las he contado yo.

—No tenga usted cuidado.

Me despedí de Martínez López, y el judío Rodríguez salió conmigo del hotel de la calle Tiquetonne. Como quizá sentía curiosidad por la política extranjera, me preguntó datos acerca de la situación de España.

El creía que si la revolución patrocinada por el general Espartero tomaba incremento en España, franquearía los Pirineos y sería un peligro para Luis Felipe.

Rodríguez me acompañó hasta mi casa, que estaba muy cerca.

—Esta calle de la Jussienne es una de las más antiguas de la ciudad. ¿Sabe usted lo que quiere decir este nombre? —me preguntó.

—No.

—Pues aquí había una capilla dedicada a Santa María Egipciaca, *la Egyptienne*, construida por el gremio de pañeros de París. De *Egyptienne*, el pueblo hizo *Gypecienne* y de *Gypecienne* la Jussienne.

—Es curioso.

—En esta calle, en el hotel del número 18, vivió algún tiempo madama Dubarry.

Me despedí de Rodríguez. Pocos días después volví a verle. Era comunista o medio comunista, hombre sabio, pero no simpático. Tenía demasiada buena idea de sí mismo. Demostraba una memoria enorme; había sin duda leído mucho y lo recordaba todo.

Aquel hombre abarcaba con su espíritu ávido de judío todas las teorías económicas y sociales que bullían en París para construir, sin duda, a su gusto, un sistema social y político.

Al llegar al cuarto del hotel hice un resumen de lo que me había dicho Martínez López y de los que había oído la tarde anterior en casa del barón de Colins, y lo escribí con detalles en mi Memoria Secreta.

## V

### REVOLUCIONARIOS

En las esferas donde germinan las ideas nuevas no hay que esperar encontrarse con hombres de gravedad y peso. En los nuevos caminos es más fácil toparse, entre locos, perdidos y granujas, con algún santo o con algún héroe.

*(Con la pluma y con el sable.)*

Días después me encontré con Isaac Rodríguez y hablamos. Tanteó mis ideas y mis planes y me llevó al café Cardinal de la calle de Richelieu, donde tenía su tertulia, a la que acudía con frecuencia Martínez López. Luego fuimos de paseo a los muelles del Sena, a ver los puestos de libros, y después me llevó a la tienda de un trapero de la calle de Buci, llamada La Brújula.

—Aquí encontrará usted gente que quizá le sirva y le dé datos para sus maniobras.

El trapero de La Brújula se apellidaba Capet. Por su casa pasaba mucha gente, la mayoría compradores y vendedores y algunos políticos, desde legitimistas hasta republicanos.

#### MARCIAL DUHART

Fui varias veces a La Brújula. Capet me presentó a sus conocidos revolucionarios. Sin duda me clasificó en el grupo. Entre ellos intimé con un joven de origen vasco, Marcial Duhart, muchacho efusivo, de oficio mecánico, que peroraba en las reuniones políticas con furia y se mostraba radicalísimo.

Duhart tendría unos veintitrés años. Era rubio, de cara juanetuda y cuadrada, manos velludas y fuertes; daba la impresión de violento y de acometedor. No era hombre culto, pero sí noble y esforzado. Me proporcionó muchos datos sobre la causa política de mayo del año anterior que se estaba viendo por entonces.

Marcial, cuando no tenía trabajo, lo que era muy frecuente, solía ir a un café de la calle Mazarina, un café con un entresuelo cochambroso, divanes raídos, cortinas viejas y mesas de billar con paño verde y troneras grandes en los rincones. Allí solía estar jugando y discutiendo en una atmósfera irrespirable de calor y de humo de tabaco.

Le fui a ver varias veces a aquel entresuelo desastrado. Uno de los asiduos a este billar era un señor de grandes melenas, que me dijeron era un martinista de la secta de Saint-Martín y de Martínez Pascualys. Le oí hablar al martinista y me pareció que no decía más que tonterías con mucha solemnidad; pero como las tonterías, expresadas en tono campanudo, siempre se cotizan, el señor melenudo tenía crédito entre la gente. Marcial Duhart parecía hombre triste y desesperanzado, y bebía con exceso.

Me contó Duhart que era hijo de un vasco de San Juan Pie de Puerto. Había tomado parte en los movimientos revolucionarios del año anterior con suerte, pues no fue perseguido por la policía. Seguía conspirando contra el gobierno y actuando entre revolucionarios y posibles regicidas. Me

habló el joven mecánico de los organizadores de las dos sociedades revolucionarias del tiempo, la de las Familias y la de las Estaciones. Lo peor, desde su punto de vista, era la hostilidad existente entre los jefes.

Capet me contó que Marcial Duhart había tomado parte muy activa en la insurrección de mayo de 1839. Colaboró en el asalto de las armerías y contribuyó a apoderarse de la Prefectura y del palacio de Justicia. Estuvo después preparando las barricadas en las callejuelas estrechas y tortuosas, próximas a la iglesia de Saint Merry y de la calle Greneta.

En 1834, de chico, había presenciado una terrible matanza en una casa de la calle de Transnonain, matanza que se hizo célebre en la cual los soldados exterminaron hombres, mujeres, viejos, niños y hasta a los enfermos que estaban en las camas. Aquel recuerdo le exaltaba y le daba ideas de venganza.

Entre los amigos de Marcial había comunistas, y uno de ellos me indicó que días después se iba a ver un proceso contra los jefes de su partido.

Me dieron una alocución, en la que se decía:

—«El fin hacia el cual tienden los trabajadores es la igualdad verdadera por medio de la comunidad de bienes. La nueva dirección se dedica a hacer conocer en el pasado, y sobre todo en la historia de la revolución, los acontecimientos favorables a la causa del pueblo, a rendir homenaje a los hombres virtuosos y a abominar de los miserables de aquella época. En cuanto a la hora actual, inspiramos a los trabajadores el odio de todo lo existente, les aconsejamos alejarse de estos pretendidos demócratas que, sin tocar el fondo de la sociedad, no quieren más que una exterior reforma política.»

Ante estas ideas, yo, con mis preocupaciones puramente políticas y nacionales, daba la impresión de un hombre viejo y de concepciones pasadas.

Con aquellos exaltados, amigos de Marcial, se reunían algunos tipos idealistas y gentes poco recomendables, ambiciosos que iban a pescar en las aguas turbias de la política, fanáticos y chanchulleros.

Los hombres que habían tomado parte en el movimiento republicano del año anterior, y que prepararon y dirigieron los atentados contra Luis Felipe, vivían como desocupados, solían ir con frecuencia a cenar al Cuadrante Azul, a los Hermanos Provenzales y a otras fondas a la moda. El dinero debía de proceder de la masonería y de las asociaciones secretas.

Muchos de los directores de la agitación republicana manejaban los fondos de la sociedad titulada Los Derechos del hombre. Hacían repartir folletos y papeles políticos. La gente obrera de acción frecuentaba una taberna de un tal Lespinnasse, de la calle del Faubourg Poissonnière, y otra de la mujer Bertrand, en La Chapelle, adonde me llevaron.

Marcial Duhart consideraba la revolución muy próxima. Era un optimista, un iluso. Isaac Rodríguez seguía con curiosidad lo que hacían los exaltados, pero no tenía confianza en sus esfuerzos. Para Rodríguez, los debates doctrinarios sobre la forma de gobierno debían acabar y comenzar una nueva era de lucha metódica por las prerrogativas del trabajo y del capital.

Yo iba viendo con sorpresa cómo la política se iba transformando en una cuestión de clases. Naturalmente, el desarrollo de esta acción necesitaría decenios o quizá siglos para madurar. Yo no estaba, ni estaba tampoco España, para entrar en esta evolución novísima, que podía darse principalmente en países industriales. Yo me contentaba con ser un viejo liberal y no pensaba pasar de ahí.

Solía ir a buscar con frecuencia a Isaac Rodríguez al café Cardinal, de la calle de Richelieu, donde tenía su tertulia. Algunas veces iba también nuestro Sancho Gobernador el cínico. Se sabía entre los contertulios que el libelista ejercía de polizone casi por afición. Isaac Rodríguez lo despreciaba.

—Se puede decir de él —aseguró una vez— lo que un político decía de otro para expresar su desprecio. «Es el penúltimo de los hombres.» «¿Por qué el penúltimo?», le preguntaban. «Para no desilusionar a nadie.»

De Marcial Duhart, Rodríguez, no hablaba mal, pero decía:

—A Marcial le pasa como a aquel gentilhomme napolitano que se batió quince veces para defender la superioridad de Dante sobre el Ariosto, y cuando iba a morir, confesó cándidamente: La verdad es que no he leído ni al uno ni al otro.



## VI

### EL TÍO CAPET

El viejo Chipiteguy se paseaba de arriba abajo por su tienda; recorría los almacenes, los cobertizos del patio, inspeccionándolo todo, dando sus órdenes siempre con la pipa en la boca.

*(Las Figuras de Cera.)*

El padre Capet, o el tío Capet, como se le hubiera llamado en España, era prendero, usurero y anticuario. Tenía una tiendecilla oscura y abarrotada de género.

Capet prestaba dinero a gente rica y a gente pobre, y se quedaba con objetos que sabía que se podían vender perfectamente, como tabaqueras, abanicos, relojes, cuadros, instrumentos de música antiguos y ejecutorias. También tenía libros de coro miniados y pergaminos con escudos. Decía con frecuencia, en broma, que el mundo había perdido la brújula y que no quedaba más aguja de marear que la de su establecimiento.

El viejo Capet se hizo amigo mío. Le hablé al prendero de mis asuntos, y me dijo:

—Si tiene usted sospechas de que le va a perseguir la policía no venga usted a mi tienda; vaya usted a mi casa de la calle de la Pergaminería, número 10, y si lo necesita, le cederé un cuarto. Allí no le encuentra a usted nadie.

Acepté su ofrecimiento para el caso de estar perseguido.

Capet se hallaba atacado por la fiebre mercantilista de la época y era también un caso de avidez de oro.

Capet tenía relaciones con corredoras de alhajas a quien conocí. Entre ellas había varias viejas con aspecto de cortesanas jubiladas y un cierto aire de familia. Se dedicaban a prestar dinero, a correr alhajas y a vender muebles.

También solían rondar por La Brújula jóvenes rateros, algunos mal vestidos, otros elegantes, que entraban con precaución a hablar con Capet, y después de la entrevista y de dejar alguna prenda de valor, se marchaban con dinero en el bolsillo.

Capet debía de hacer desmontar inmediatamente las alhajas, quitar las piedras preciosas y fundir el oro o la plata.

Es difícil que los chamarileros no vivan en relación con gente de comercio ilícito, sobre todo, encubridores de objetos robados.

El viejo Capet tenía a su servicio falsificadores de cuadros, de papeles antiguos y de documentos. Si a él le encargaban un árbol genealógico, un cuadro antiguo o una ejecutoria, al mes o mes y medio estaban ya flamantes en su tienda y a disposición del comprador. Todo, según él, completamente auténtico.

Podía decir como un anticuario del Rastro de Madrid, conocido mío. Este aseguraba con cierta irritación:

—Dicen que estos hierros no son antiguos. ¿Cómo se puede asegurar eso si los he tenido cuatro años metidos en la tierra del corral?

A Capet le compré algunas alhajas de poco valor, cruces, medallas y camafeos. Pensaba regalárselos a las amigas, sobre todo a Josefina de Esperamons.

En casa del tío Capet conocí a un viejo llamado Martín Murlot, hombre a quien le faltaba una oreja, que perdió de frío en la retirada de Rusia.

Martín Murlot, por entonces republicano entusiasta; había sido durante algún tiempo ordenanza del marqués de Montigny, a quien conocí en casa del barón de Colins.

Este Murlot, antiguo soldado de Napoleón, tenía guardados varias estampas y folletos sobre la guerra de España, a cual más disparatados. Aunque había estado dos veces en España, una con Napoleón y la otra con el duque de Angulema, no recordaba lo visto y se atenía a sus papeles. Me prestó los que tenía, entre ellos unas *Reminiscencias Españolas*, firmadas por El Pequeño Diablo Cojuelo.

Eran un conjunto de tonterías y de mentiras sobre los guerrilleros y los bandidos españoles. Se hablaba de los *caroucos*, supongo que serían carrucos, de las recuas de *bouros*, de las *navacas* y de los puñales triangulares llamados *rejones*, los cuales llevaban las valencianas, aquí eran las valencianas, en la liga y los manejaban como las francesas los abanicos.

No era posible demostrarle al buen Murlot que en todas estas historias había mucha mentira. El creía que aquellos detalles los había visto y comprobado.

## LA ESPADA DE DON CARLOS

El tío Capet me preguntó a los pocos días de conocerle si yo sabía de alguien que pudiera comprar una espada y un bastón del pretendiente don Carlos. Me llevó con gran misterio a la trastienda y allí me enseñó un espadín muy adornado y un bastón de concha con puño de oro, los dos con su estuche de terciopelo azul. En uno de éstos había una carta firmada por un aristócrata francés. En ella se atestiguaba que la espada y el bastón eran de don Carlos.

Le pregunté al prendero cómo tenía aquellos objetos, y me contó la historia del hallazgo.

Cuando el pretendiente don Carlos fue huyendo en 1839 de Lecumberri a Francia, se detuvo tres días en Elizondo con su cuartel real. Parte del equipaje de don Carlos fue depositado en el desván de la casa donde habitaba. Había varias cajas con valores, el estuche con la espada de gala, obsequio de sus partidarios, y un bastón de concha con puño de oro, guarnecido de brillantes, regalo del padre Cirilo de la Alameda. En la huida, ya cerca de Urdax, recordó alguno al pretendiente la espada y el bastón. Habían quedado en Elizondo. Se envió al momento a un aldeano y fue a la casa, ocupada ya por Espartero.

El amo de ésta, carlista, registró el desván y no encontró nada. Un empleado del cuartel real se llevó la espada y el bastón y los ha empeñado aquí. Como no los ha rescatado, son míos —terminó diciendo Capet—. Y ésta es la historia. ¿Usted cree que se podrán vender bien?

—No me parece fácil —le dije yo—. Si quiere usted vender eso por el valor que tenga, sí; ahora, como reliquia no lo creo.

Capet dijo que aunque fuera de este modo no perdía en el trato, lo que ya me lo suponía yo.

Capet me habló después de sus amigos. Tenía mucho afecto por Marcial Duhart. Por lo que me dijo, este muchacho era desgraciado. Su madre, una vasca, había sido nodriza de una hija del general Lefèvre, y Marcial estaba enamorado como un loco de su hermana de leche, que se había casado hacía un año con un hijo del marqués de Montigny.

—Al marqués le conozco —le dije yo—; he comido el otro día con él.

—Es un canalla —me contestó violentamente el prendero.

### LOS AMIGOS DE FANNY

Una tarde me avisó Fanny Stuart para que fuera al gabinete de lectura de la calle de la Michodiére, de donde marcharíamos a cenar a un restaurante del pasaje de los Panoramas.

Fui a buscar a Fanny. La encontré en compañía de una bailarina española muy guapa y muy inteligente, la Perlita, que había tenido éxito en París.

Fanny me preguntó.

—¿Qué tal van sus asuntos aquí?

—Van bien.

—¿Y el barón de Colins?

—Ha estado muy amable conmigo.

—¿Se divierte usted? Cuénteme usted lo que hace.

Le hablé de las personas que iba conociendo y del prendero Capet.

—¡Hombre, le conozco mucho! —me dijo—. He ido algunas veces, en mis malos tiempos de París, a venderle cuadros y muebles. Es un usurero.

—¡Claro, qué va a ser!

Nos marchamos al restaurante del pasaje de los Panoramas, donde cenamos espléndidamente. Fue una cena de despedida, porque al día siguiente Fanny Stuart y su amiga española, la Perlita, partían para Toulouse. Éramos siete u ocho los comensales. Entre las damas, Fanny, la Perlita, una amiga de ésta, segunda tiple del teatro del Palais Royal, llamada Annette Fleury, y madama Ernestina, la dueña del gabinete de lectura de la calle de la Michodiére. Annette Fleury tenía los ojos pequeños, la boca grande y una gracia un poco endiablada. De los hombres, estaban un tal Fouquier, agente de negocios y fundador de pequeños periódicos reaccionarios, chantajista y juerguista; Cohn, que se hacía llamar Delcour, cómico, empresario y corredor de alhajas y cuadros, con un almacén en la calle del Temple, y un tal Paragot, hombre grueso, barrigudo, de tipo socrático, que era un bufón, y que decía seriamente que su oficio era vender ideas y noticias.

Annette Fleury y Fouquier hablaron por los codos y contaron una porción de anécdotas de la vida parisiense.

Madama Ernestina pretendía dirigir la conversación. Era una vieja intrigante y trapalona, amiga de enredos y de tercerías más o menos interesadas. Madama Ernestina se dedicaba a jugar a la lotería las ganancias que le daba su gabinete de lectura, esperando hacerse rica en un momento de suerte. Esta vieja vivía en la misma casa donde tenía su establecimiento, en un piso alto y aguardillado. Coleccionaba periódicos, folletos y hojas. Pretendía publicar sus recuerdos y encontrar alguno que se los escribiese. Decía que la autora de las *Memorias de una Contemporánea*, Ida de Saint-Elme, había ganado mucho dinero con su libro. No debía de ser verdad, porque, según Fouquier, la autora estaba por entonces asilada en un hospicio de monjas, cerca de Bruselas.

Madama Ernestina daba noticias detalladas de todo el mundo; pero sus noticias parecían inventadas en su mayor parte. Me dijo que muchas veces iba a su establecimiento a leer periódicos don Manuel Godoy, el príncipe de la Paz, que vivía en la misma calle.

También paraba cerca el canónigo Alvarez, amigo de confianza de don Carlos. El canónigo recibía la correspondencia a nombre de Mr. Rouge, calle de la Michodiére, número 10.

Por último, me dijo que con frecuencia veía a Teresa Valcárcel, que había sido dama de la reina María Cristina y se había indisputado con ella.

—No, no fue dama de la reina, fue su modista y un poco su alcahueta —le repliqué yo.

—Me lo habían dicho, pero yo no tenía datos para creerlo —contestó la vieja dama—. ¿Quiere usted verla?

—Ella no querrá verme a mí, yo no la conozco.

—Sí, sí querrá; déme usted las señas de su hotel y su nombre y yo le avisaré.

Mientras los jóvenes charlaban de sus asuntos, madame Ernestina me quiso monopolizar y convencerme de la importancia de sus amistades.

Al final de la cena se presentó una mujer vestida de hombre, que era amiga de la cómica Annette y a quien llamaba la Gran Nina. Fue muy bien acogida por todos. Se sentó, participó de los postres y habló por los codos.

Para final se hizo una gran tortilla al ron, se bebió champaña, se brindó, y concluida la cena, cada cual se fue a su casa.

## VII

### TERESA VALCÁRCEL

Todos los que tomaron parte en aquellas intrigas amorosas de Palacio progresaron con rapidez.

*(El Sabor de la Venganza.)*

Unos días después me avisó la vieja madama Ernestina que Teresa Valcárcel iría al gabinete de lectura de la calle de la Michodiére a las tres de la tarde. Fui con puntualidad a la cita. Teresa se hizo esperar, pero apareció al fin. Yo no la conocía. Ella dijo que me recordaba por haberme visto una vez en Palacio y que tenía un retrato mío en litografía publicado en París. Teresa Valcárcel andaba ya entre los treinta y cinco o los cuarenta años. Quizá en plena juventud había sido guapa, pero entonces tomaba el aire de la dama joven que tira a característica. Tenía las facciones bastas, los labios gruesos y muy rojos, la cara redonda. Era fondona y grasienta, muy afectada en palabras, ademanes y adornos. Vestía de claro con muchos volantes, y con un sombrero pamea vaporoso de muchacha joven. Llevaba un perro blanco de lanas con un lazo azul, atado con una cadena, que se le hubiera tomado por individuo de la familia. Iba muy empolvada y algo pintada. Se expresaba bien, de un modo un poco falso, un poco engolado, pero con seguridad y con precisión. Hablamos de sucesos y de personas que figuraban en Madrid hacía siete u ocho años.

Yo conocía a la Fidalgo, camarista de Palacio, a la Dávalos, a doña Anita, a Domingo Ronchi y algunos otros de la camarilla de María Cristina. Teresa me habló de ellos con muchos detalles.

—¿Qué se dijo en Madrid de mí? —me preguntó después.

—Se dijo hace años que se había usted hecho rica y que Muñoz mandó que la llevaran a Bayona, acompañada de un notario que diera fe de su entrega.

—Sí; esto es cierto. Se ha portado muy mal conmigo ese hombre. ¡A pesar de lo que yo hice por Muñoz!

—¿Usted le conoció en la pobreza?

—¡Qué pobreza! En la mayor miseria. Muñoz tenía tan pocos recursos, que muchas veces recurría a un amigo, condiscípulo y paisano, que estaba de mancebo en una barbería de un cirujano sangrador de los portales de Bringas, en la plaza Mayor, en cuya cama dormía, porque no tenía casa. Mi novio, Nicolás Franco, era compañero y amigo de Muñoz y vino con éste varias veces a Palacio, donde le vio la reina y se enamoró de él.

—¿Era Muñoz hijo de un estanquero de Tarancón, como se decía?

—Sí; yo le conocí a su padre, el señor Juan, y a su madre, la tía Eusebia. Muñoz había estado en lista para ser expulsado de la compañía de los Guardias de Corps por sospechoso de carlismo; pero pudo permanecer en ella porque entonces se hallaba de licencia en el pueblo y porque yo influí para que no lo echaran. Muchas veces, en el zaguanete de guardias de Corps, Muñoz y otros me decían: «¡Teresa!, gracias a usted estamos aquí.» Muñoz en su pueblo trató de casarse con una joven paisana suya y rica, pero como ella le dio calabazas se volvió a la corte.

—Todo el mundo dice que fue en la quinta de Quitapesares de la Granja donde le conoció María Cristina.

—No; le había visto antes varias veces, una en la Piobera, cerca de la Alameda de Osuna, y otra

en una gruta del Retiro; pero para acercarse a él preparó un viaje romántico. Aprovechando la semana en que Muñoz servía de garzón en Palacio, decidió ir a la finca de Quitapesares, cerca de San Ildefonso. Había ascendido ya Muñoz a cadete, y todos los que le conocíamos en un estado humilde y miserable nos sorprendimos al verle con una buena casaca y con ricos cordones. Franco me contó que aquellas galas se las había prestado un paisano, un tal Valdés, también guardia de Corps, natural de Huete.

—¿Así que la conquista de la reina la hizo con un traje prestado?

—Eso es. El 17 de diciembre de 1833, en medio de un temporal horroroso, emprendió María Cristina el viaje a la Granja, pero tuvo que volver a Madrid desde lo alto del puerto, porque se destrozó el coche, con riesgo de los que iban dentro, tropezando con unas carretas cargadas de madera y porque los ventisqueros de nieve y hielo tenían el camino intransitable. No desistió por eso la reina. Mandó que aquella tarde y noche los vecinos de los pueblos inmediatos abriesen paso en el puerto, y el día 18 se la vio salir de Palacio, con admiración de cuantos conocían el terreno y veían el rigor de la estación.

—¿Y quiénes iban?

—No iba ninguna mujer. Ocupaban el coche María Cristina, el ayudante general de Guardias, don Francisco Arteaga, el gentilhombre Carbonell y el garzón don Fernando Muñoz. Llegados a Quitapesares, salió Cristina a pasear por los jardines con Arteaga y Muñoz, pero al poco rato fingió necesitar un recado de la quinta y envió por él al ayudante Arteaga, quedándose sola con Muñoz en aquel sitio. Este debió de ser el momento en que la reina declaró al guardia de Corps su atrevido pensamiento.

—¿Ella?

—El no se hubiera atrevido. En el mismo día volvieron a Madrid y, apenas entró Su Majestad en su cámara, conocimos todos el favor del guardia Muñoz, que no tardó en trascender fuera de Palacio.

—¿En qué se conoció?

—En todo. Esas cosas no se pueden ocultar, y por poco observadora que sea una...

—¿Hubo en seguida mercedes?

—Sí. A los pocos días nombró a Muñoz gentilhombre de lo interior, destino creado por Fernando VII y que parecía no ser aplicable a una señora, para cuyo servicio privado tenía que haber damas, dueñas y mozas. Después del regreso del viaje de Quitapesares, Muñoz aparecía muy peripuesto y gastando suma franqueza con la reina. Todas las tardes veíamos ir a la Casa de Campo a Su Majestad, a Muñoz y al duque de Alagón, en unas artolas, siendo Muñoz quien ayudaba a montar a Su Majestad, y a su vuelta, para apearse la reina, a pesar de tener a mano una escalera, solía apoyar las manos en los hombros de Muñoz, cogiendo éste con las suyas a Su Majestad por bajo de los brazos.

—Eso produciría grandes comentarios.

Figúrese usted. Los palaciegos presenciaban impertérritos las risas y encontronazos que tenían los dos durante esta breve pero agradable escena, al menos para ellos, de que sólo éramos testigos los que nos encontramos de visita en casa de don Luis Veldrof.

—No se quién es éste.

—El aposentador de Palacio. Por las ventanas que dan a la puerta de la Leñera veíamos cómo entraba y salía Cristina al Campo del Moro. En ese punto había un guardia para impedir el acceso al público por aquella parte.

—¿Y desde entonces comenzó la gran fortuna de Muñoz?

—Sí; desde aquella época Muñoz tuvo un tren brillante y una casa magníficamente amueblada. De orden de la reina, y a los pocos días, lucía en su pechera los alfileres y joyas de Fernando VII.

—Pero no viviría en Palacio.

—No vivía; pero se le dio cuarto allí, comía con la reina, la acompañaba de continuo, iban solos en coche a todas partes y hasta se presentaron como dos iguales a revistar la guardia nacional en el

paseo del Prado.

—¿Es cierto que le regaló una casa?

—¿Sí; la casa de Muñoz fue escogida por la reina; está situada en la calle de la Bola, y es una de un mirador, porque desde él se ven las habitaciones de Cristina, y por este motivo se prefirió esta casa, porque a la ventaja de la proximidad se unía el poder verse los enamorados sin ser advertidos, aunque algunas personas lo notaron.

—Nosotros supimos el lío en 1834.

—La gente de Palacio se enteró mucho antes. En un baile de máscaras que se dio en casa del conde de Altamira, en la calle de la Flor, pudieron notar los menos enterados el trato íntimo que había entre Muñoz y la reina, y todo el mundo advirtió el entusiasmo de la reina.

—¿Era buen tipo entonces Muñoz?

—Sí; buen mozo, corpulento, blanco y sonrosado, con unos ojos lánguidos y la boca pequeña. Era sólo el macho, un hombre de alcoba. En uno de estos bailes iba vestido de arriero y verdaderamente producía entusiasmo en las mujeres. Aquella noche estaban en el salón el conde de Toreno, Moscoso de Altamira, el general Freire y otros palaciegos, algunos con uniforme de gala y otros de rigurosa etiqueta, y todos hicieron la rosca de la manera más miserable al favorito. Yo le decía a Nicolás Franco, mi novio: ¡Qué poca vergüenza tienen estas gentes!

—¿Y el matrimonio cuándo se verificó?

—A los pocos días de trato íntimo, Cristina comunicó su deseo de casarse a su querido. Este se quedó asombrado. Todas las relaciones de Muñoz en la Corte se reducían al marqués de Herrera, al escribiente del consulado don Miguel López Acevedo, a cuya mujer cortejaba cuando era simple guardia; al clérigo Marcos Aniano, su paisano, que estaba accidentalmente en Madrid recién ordenado en misa y enfermo en cama en una casa de huéspedes en la calle de Hita, con una enfermedad no muy propia de cura. Se dirigió a este último Muñoz, ofreciéndole una capellanía de honor si hallaba el medio de casarle y de confesar a la reina, porque ésta no quería hacerlo con los de la Real Capilla. Entonces se intrigó con el obispo de Cuenca, que, noticioso de la vida relajada del clérigo Aniano, se negó rotundamente a darle las licencias; pero al fin se consiguieron del nuncio cardenal Tiberi.

—¿Pero se pudo casar sin pasar el plazo de los nueve meses marcados por la ley?

—Para gente así no hay leyes. El día 28, a las siete de la mañana, se verificó el matrimonio morganático entre María Cristina y Fernando Muñoz, actuando el **presbítero\*** Aniano, siendo testigos el marqués de Herrera y don Miguel López de Acevedo, y asistente al **prebistero** don Acisclo Ballesteros. En esta época no conocimos el matrimonio más que una moza de retrete llamada Antonia y yo. No tardó Muñoz en recelar de los que estaban en antecedentes.

—¿Y pudieron ustedes conservar el secreto?

—No; la cosa corrió. Muñoz, que es un hombre tan estúpido y egoísta como desagradecido, creyó que debía alejarnos de Palacio a todos los que sabíamos su vida y milagros. A mí me trajeron a Bayona y después a París. A mi novio, Nicolás Franco, le dijeron que yo estaba enredada con otros, que era una mujer perdida, que debía dejarme; le ascendieron a teniente coronel y fue destinado a Jaca, y al gentilhombre Carbonell se le hizo marchar a Andalucía. Y ahora Cristina y Muñoz empiezan a retrasarse en pagarme la pensión. Crea usted, señor Aviraneta, que esta gente es muy mala, muy egoísta, sin sentimientos nobles.

—Yo siempre lo he creído así y he vivido apartado de los poderosos.

—Ha hecho usted bien; de ellos no se puede esperar más que ingraticudes.

—Y en esa época, ¿qué actitud tenía Luisa Carlota con Cristina?

—Esa se alegraba del desprestigio de su hermana. Esa es otra víbora, llena de veneno contra todos; ambiciosa como nadie.

Después de las quejas y lamentaciones de Teresa Valcárcel intervino madama Ernestina y convinimos los tres hipócritamente que las personas que no tienen corazón y sentimientos nobles

---

\* Así escritos en el original, por *presbítero* [Nota del escaneador].

son como las fieras.

Teresa Valcárcel al marcharse me ofreció su casa y me dijo que fuera a verla. Yo me reí un poco pensando en las personas de corazón y de sentimientos nobles, y como comprendí que no tenía más repertorio que el de Cristina y Muñoz, no fui por su casa. No valía la pena.



## VIII

### PROPOSICIÓN DE UN BANQUERO

Fermín Tastet, banquero español establecido en Londres, era amigo de los liberales y de los masones. Estuvo durante muchos años encargado de los negocios de la Embajada rusa. Al final de la guerra civil, en compañía del banquero Franchessin, quiso hacer un empréstito al pretendiente don Carlos. Este empréstito lo había solicitado don Joaquín Abarca (obispo de León), y tomaban parte en él los financieros Tastet, Franchessin, Doloret y Bordigni.

*(Juan Van Halen, el oficial aventurero.)*

Al día siguiente, por la tarde después de comer, se presentó un desconocido muy elegante en mi casa. Me dijo que quería hablarme con gran reserva y le llevé a mi cuarto.

Al señor era francés, pero se expresaba muy bien en castellano. Se sentó y me dijo:

—No soy partidario de circunloquios; así que voy a entrar en materia sin preámbulos. Me envía Fermín Tastet, que es conocido de usted y que le recuerda con cariño. En su nombre y en el de otros tres banqueros vengo a hacerle una proposición.

—Usted dirá.

—Sabemos que usted trabaja en estos momentos por la reina Cristina.

—Siempre he trabajado por ella y por su hija.

—Está bien; algunos banqueros hemos puesto nuestro crédito y parte de nuestra fortuna en una jugada política española a favor del infante don Francisco.

—He oído hablar hace poco de ello.

—La jugada no es caprichosa ni insegura, ni mucho menos. Podrá salir mal, eso no cabe duda; pero como tiene varias combinaciones, es improbable que en alguna no se acierte.

—No sé cuáles son esas combinaciones.

—Se las iré a usted expresando. No tengo ningún inconveniente en jugar con las cartas sobre la mesa. Primera combinación: Regencia o corregencia del infante don Francisco con su mujer Luisa Carlota.

—No creo que resulte.

—Segunda; Matrimonio de Isabel II con el conde de Montemolín, el hijo de don Carlos.

—No la aceptará el pueblo liberal.

—¿Cree usted que no?

—Me parece indudable.

—Tercera: Matrimonio de Francisco de Asís con Isabel II, y del duque de Montpensier con la infanta Luisa Fernanda.

—Eso puede ser.

—Cuarta: Expulsión de María Cristina y regencia de Espartero.

Al oír esto me sobresalté.

—¿Y cómo es posible —dije— que trabajen ustedes por una solución progresista y al mismo tiempo por otra reaccionaria?

—El dinero, señor de Aviraneta, es muy elástico.

—Es posible. ¿Y por qué me cuenta usted eso?

—Se lo cuento porque vengo a proponerle que se pase usted a nuestro campo.

—No; yo no cambio de criterio porque sí.

—No será porque sí; será con su cuenta y razón. Mis socios y yo le ofrecemos, si se pasa a nuestro campo a trabajar en la empresa: primero, sueldo doble del que le dé el gobierno español, y segundo, una cantidad que no baje de doscientos mil francos, la mitad al comenzar los trabajos y la otra mitad al terminarlos... ¿Qué me dice usted de la proposición?

—Le diré a usted que no me vendo. No soy un tráfuga ni un traidor. Ya empiezo a ser viejo; tenía alguna fortuna, que la empleé y la perdí en mis empresas políticas... Lo único que me queda para vivir es la idea de haber obrado siempre con arreglo a mi conciencia.

—Llegaríamos a más.

—Es inútil, no me vendo. El brigadier Rosales, secretario del infante don Francisco, me ha propuesto varias veces en Madrid trabajar a favor del infante, y no he querido nunca.

—¿Por qué?

—Porque no me parece viable la combinación. No creo que pueda tener éxito. Para los tradicionalistas y partidarios de la ley sálica, el rey debe ser don Carlos; para los liberales, que quieren la tradición española anterior a los Austrias y a los Borbones, la reina tiene que ser Isabel. Un tercero en discordia no representa nada.

—Bien; ¿y no es más lógico que en vez de razonar mejor o peor, y seguir en una posición prácticamente mala, en la cual no cosechará usted más que ingraticudes, se pase a nuestro campo, donde le pagaremos mejor y le daremos una cantidad para que pueda usted descansar en su vejez?

—No, no es más lógico.

—¿Por qué?

—Porque yo me avergonzaría de haber traicionado a mis amigos, y aunque tuviera algún dinero viviría descontento, sin tranquilidad y sin reposo.

—¿Así que no quiere usted nada con nosotros?

—En esa cuestión, nada.

—¿Nos declara usted la guerra?

—No; son más bien ustedes los que parece que me la quieren declarar a mí.

—Es que usted quiere ponerse contra nosotros. Es una estupidez, señor Aviraneta.

—No digo que no.

—Se perjudica usted.

—Quizá; no hago más que ser fiel a mis compromisos.

—Perdone usted que se le diga; pero esa es una manifestación de un orgullo inconmensurable.

—¿Por qué?

—¡Ser fiel a sus compromisos! ¡No dice usted nada! ¿Pero eso quién lo es? Es demasiado lujo para un hombre de esta época.

—Quizá lo sea para una persona como ustedes, acostumbrados a una vida rumbosa y espléndida; pero para mí, que vivo oscuramente, no lo es.

—Sí lo es también.

—Bueno, no discutamos. Quiero tener ese lujo; me he comprometido a defender a la reina Isabel y a la libertad, y cumplo mi compromiso.

—Está bien. ¿Así que no podemos contar con usted?

—Ya lo he dicho; para eso, no.

—Se pone usted contra nosotros...

—No.

—No le choque a usted que le hagamos la guerra.

—No me chocará. Sabe uno también defenderse.

—No le extraña a usted que le perjudiquemos como podamos. El dinero no tiene entrañas.

—¡Qué se va a hacer!

—Le daremos a usted un plazo para reflexionar.

—Es inútil.

—Entonces, adiós. El que seamos enemigos no hace que desmerezca nada mi estimación por usted. La vida es así. El infame Aviraneta, el malvado Aviraneta es un personaje calderoniano o un tipo del Romancero; en cambio, muchos que son espías y logreros en la realidad, pasan ante la multitud por hombres probos, de una moral intachable. Usted prefiere serlo que parecerlo. Allá usted. Adiós, señor Aviraneta.

—¡Adiós! —y le acompañé a la puerta.

Me quedé pensando que estas gentes que se creen listas no comprenden muchas cosas. No sólo el dinero es la base de la vida; vegetar despreciado por los pocos amigos y no tener la estimación de sí mismo, es una cosa muy triste, muy difícil de soportar, y esto no es una fantasía romántica, es una realidad.

## IX

### LOS COMPADRES ZORROS Y LAS PEQUEÑAS RAPOSAS

En el mundo de la intriga yo creo que el mérito principal es no dar batacazos mortales. Si se cae, hay que caer siempre de pie, como los gatos. Caer de cabeza no sólo demuestra que es uno desgraciado, sino que es uno tonto; dos cosas que no acreditan nada a una persona.

*(Los Confidentes audaces.)*

Hacia mediados de mayo un día de fiesta apareció una mañana en mi fonda, en una elegante carretela, el barón de Colins.

—Amigo Avinareta —me dijo—, vamos al campo, fuera de las fortificaciones, a comer en un restaurante como dos buenos ciudadanos. Charlaremos de los asuntos políticos que nos interesan sin testigos y sin temor a los curiosos.

En el camino, bastante largo, el barón me habló de la conjuración de los franciscanos.

—Al parecer —dijo— se trata sólo de trabajos ocultos a favor del infante don Francisco de Paula, a fin de que las Cortes españolas le nombren corregente en unión de María Cristina y de que se concierte el matrimonio de su hijo mayor con la reina Isabel. Este es el plan de la conjura. No hay otro. El principal director es el conde de Parcent. Su agente es ese Valdés, que creo que hace tiempo fue periodista en Madrid y actualmente está ligado con el conde. La señora que el otro día comió con nosotros en casa, la condesa D'Orval, es muy amiga de la infanta Luisa Carlota. Ha averiguado ya quién es usted y le tiene por hombre muy peligroso. ¿Usted conoce a Valdés?

—Sí, le conozco.

—Es un pájaro de cuenta.

—Eso parece.

—Desconfíe usted de él.

Yo sabía muchas cosas de Valdés. Estaba, en parte, a mis órdenes a sueldo del Gobierno. Tenía la misión de redactar un boletín de noticias políticas de París y enviarlo a Madrid. Yo le pagaba, con autorización de Pita Pizarro, mil francos mensuales por conducto de mi agente en Bayona, José García Orejón. Este me remitía a Tolosa una copia de su boletín, y el original lo enviaba a don Pío Pita Pizarro, quien lo ponía en manos de la reina gobernadora. Valdés y García Orejón eran de procedencia carlista y, como tales, no podían merecer mucha confianza.

Estos detalles no se los quise contar al barón de Colins. Quizá hubiera desconfiado de mí.

—¿Y los franciscanos, van en aumento? —pregunté al barón.

—Sí, eso parece; hay franceses e ingleses metidos en la trama a favor del infante y muchos ex carlistas; pero se ignoran sus nombres, o al menos a mí no me los han querido indicar.

—Y la policía francesa, ¿no toma cartas en el asunto?

—La policía hace como que los persigue. El plan, según dicen, está en sus comienzos; pero se me ha asegurado que se trabaja sin parar y que sólo aguardan los conjurados a que suceda en

España un gran acontecimiento político para poner en ejecución su proyecto.

—¿Qué acontecimiento puede ser ése?

—No sé; quizá la expulsión de la reina madre... En apariencia, la intriga la dirigen solamente el infante don Francisco y el partido exaltado de España. Según dicen, el Gobierno francés no tiene la más mínima participación en ello.

—Por lo menos debe saber lo que se trama.

—Dicen que no. Eso me han asegurado, porque los conspiradores se manejan con mucha cautela y reserva; más tarde quizá se pueda averiguar algo con más detalles.

### AURI SACRA FAMES

Llegamos a un merendero a orillas del Sena, que tenía dos largas galerías encristaladas hacia el río, y hacia la carretera un gran letrero que decía:

### MATELOTES, FRITURES, VINS

Entramos; había gente bullanguera: parejas de París, dependientes de comercio y muchachas de almacén.

Nos pusieron la mesa en la galería baja, sobre el río. Veíamos deslizarse el agua oscura y vercosa a nuestros pies. Pasaban algunas lanchas llenas de gente.

Colins me habló con gran extensión de la vida y de la fiebre de oro que dominaba París. Todos los políticos consideraban necesario hacer su fortuna rápidamente. Así lo habían hecho Talleyrand, Soult y otros muchos en su tiempo. Se seguía el precepto de Guizot, encerrado en este imperativo: Enriqueceos. Guizot, calvinista, austero, orgulloso, contento de sí mismo, había dado a la burguesía la consigna de la época: Enriqueceos.

Este hombre tenía también, para el trabajo del pobre, una frase brutal y antipática: El trabajo penoso, repugnante y mal retribuido es para el pueblo un freno necesario.

—La época de Thiers —siguió diciendo el barón— supera en intrigas a las anteriores.

—Yo creo que intrigas hay siempre.

—Hablo de intrigas financieras y bursátiles. Thiers, hijo de un obrero del puerto de Marsella, es de una seguridad en sí mismo inaudita. Es partidario de la aristocracia y, sobre todo, de la burguesía rica. Es hombre egoísta. Tiene una hermana dueña de un restaurante medio taberna, y no la favorece. El, en cambio, vive en gran señor en un hotel lujoso de la plaza de San Jorge.

—Sí; he pasado por delante de su casa. ¿Thiers y Guizot se entienden bien?

—A medias. Siempre se habla de enemistades y de riñas entre ellos. Hace años, durante una crisis, Thiers visitó a Guizot y le dijo: «Usted, que es padre de familia, tiene hijos y poca fortuna, debía usted pretender la presidencia de la Cámara, que va a quedar vacante.» Esta idea halagó a Guizot, que habló a sus amigos, y cuando comenzó sus tanteos se encontró con que Thiers se había adelantado y trabajaba para ser él el presidente.

—La eterna perfidia.

—Lo que usted dice. Thiers es el hombre de los enredos hechos en colaboración con la prensa; en esto supera a Talleyrand, que no pudo manejar la prensa y que fue sólo hombre de salón. En el fondo, creo que Thiers es un hombre un poco vacío, superficial como historiador y como escritor.

—¿Y como político?

—Como político, dependerá de las circunstancias. A veces estos hombres superficiales son los que llegan más alto. ¿Qué más superficial que Napoleón! Thiers es de esos hombres que animan, que empujan a una sociedad.

—¿Usted cree que la representa bien?

—Sí. Hoy la avidez del oro y del mando domina a los políticos de París. Se está en la época de

las sociedades cooperativas. Los financieros, como ha dicho un escritor, sostienen a los países como la cuerda sostiene al ahorcado. Casi todos los políticos piensan hacerse ricos en la Bolsa. Roberto Macaire, tipo del granuja de melodrama, es la caricatura de la época de la comandita. Vivir del dinero y del trabajo de los demás; lanzar acciones, verdaderas o falsas, de ferrocarriles y de minas; cultivar la gran estafa legal es el hallazgo de nuestro tiempo. Los lobos se reúnen en sociedad para devorar a los corderos; se piensa en explotar todo, y sobre todo la credulidad de las gentes. Así, las sociedades nacen como los hongos.

—Es lo que decía el otro día el marqués de Montigny en su casa.

—Ese señor no debía decir nada.

—¿Pues? ¿Por qué?

—Porque es uno de los hombres más depravados y más cínicos de nuestro tiempo. Es de los que llevan a la práctica una frase que se atribuye al mariscal Villeroy y que corre mucho por ahí.

—No la he oído.

—Pues el mariscal Villeroy decía: *Il faut tenir le pôt de chambre aux ministres tant qu'ils sont en place et le verser sur la tête des qu'ils n'y sont plus.* —Eso habrá sido siempre.

—¡Ah, claro! Lo actual no es la adulación, que es eterna, sino principalmente el engaño. La esfera del engaño se ha ensanchado en nuestro tiempo, y en una época en que se duda de todo, es donde se encuentran más tontos a los que se puede engañar.

—Es verdad.

—Los españoles se han contaminado también. La corriente iniciada en París y en Londres corre por España, y las cotizaciones de Madrid y de Barcelona reflejan las parisienses. ¿Usted no va a la Bolsa?

—Yo, nunca.

—Aguado y los suyos iniciaron la tendencia. Salamanca y sus amigos han puesto en marcha esta máquina de la Bolsa, que en España no estaba aún bien conocida. Hay allá mucha ilusión, y eso que en Madrid la Bolsa está instalada en la calle del Desengaño. Allá tiene un carácter más nervioso que aquí en París. Hay menos base, la imaginación está más exaltada y a todos les arrastra con facilidad el acontecimiento. La gente que ve una Bolsa cándida, impresionable a los sucesos y a los rumores, queda entusiasmada. Para el especulador de instinto, de genio, es una ocasión única. El poder ganar y quedarse rápidamente con grandes sumas, la posibilidad de perder y de no pagar, todo eso halaga más que un cuento de hadas.

—Sí, se comprende.

—Se presenta la edad del oro y del agiotaje, la edad admirable para los listos de pocos escrúpulos. Toda la gente ansiosa de dinero se reconcentra en las Bolsas. Se cree que los banqueros pactan con los carlistas y con los republicanos y los impulsan a moverse para hacer oscilar los valores. Todo el elemento iniciado en estas cuestiones se acerca a la Bolsa con entusiasmo. María Cristina y Muñoz han demostrado una gran avidez de oro, y llevan camino de hacer una fortuna inmensa, empleando toda clase de procedimientos. En el Norte, Lasala y Collado; Gamboa desde Bayona, y otros muchos, han hecho grandes negocios con los suministros militares.

—Sí, es verdad.

—Salamanca y los suyos ponen a contribución los ferrocarriles; otros, las minas, y hay capitanes generales que van a Cuba a hacer allí fortunas enormes, favoreciendo la trata de • negros. En su tiempo, no era así la gente de España.

—Había de todo, claro es. Muchos hemos vivido modestamente, pobremente.

—Pues ahora se quiere vivir como grandes señores, tener mujeres, lujo, cuadros, ostentación. Los políticos van camino de sustituir a los aristócratas. La verdad es que se considera al pueblo, a pesar de toda la palabrería democrática, como un rebaño de borregos. Igual da que sea Espartero, Olózaga o Narváez; todos ellos, políticos o militares, quieren ser grandes señores y pasarse las leyes por debajo del sobaco.

—Es verdad.

## LOS BANQUEROS

—Los comerciantes y banqueros no les van a la zaga —siguió diciendo el barón de Colins—, y Aguado, Salamanca, Tastet y los demás quieren vivir como bajás.

—Eso pasará aquí aún en mayor escala.

—¡Ah, claro! Casi vale más que así sea, porque la roñosidad entre millonarios es repugnante. Es lo que pasa al barón de Rothschild, que sale a la calle llevando en el portamonedas unos céntimos. Los dos hermanos Pereire, Pereiras de origen, descendientes del Pereira español que fue el primer instructor de sordomudos, son más generosos y geniales. Ahora hay un joven banquero de Burdeos, también judío, Mirés, que va a dar mucho que hablar. La adulación por los millonarios toma caracteres cómicos. Se dice que en casa de Rothschild un solicitante se descubrió viendo a un lacayo que pasaba con un bacín en la mano. La amabilidad del barón de Rothschild es proverbial. Un agente de Bolsa le preguntó un día: «¿Qué tal, señor barón, cómo está usted?» «Y a usted qué le importa», le contestó él. «Es verdad, nada. La vida de un cerdo judío no me interesa.»

## MARÍA CRISTINA Y LUISA CARLOTA

Hablamos mucho de la ambición de la infanta Luisa Carlota. El barón de Colins me preguntó por su genealogía. Le expliqué que era hija de Francisco I, rey de las dos Sicilias, y de Maria Isabel de España, que había nacido en 1804 y casado a los quince años con don Francisco de Paula, el hermano de Fernando VII.

—Doña Luisa Carlota —le dije— es una mujer de una ambición sin límites. Ha querido llegar a todo trance y de cualquier manera al trono, y tiene gran envidia de su hermana Cristina. Esta, quizá menos inteligente, dice que Carlota es un genio maléfico, que no ha habido conspiración en que no esté metida, ni intriga de la que no tenga los hilos, ni acto de su Gobierno que no haya combatido a la chita callando. Así como Luisa Carlota pone a su hermana como a una perdida de malas costumbres, ésta, a su vez, dice a su hija Isabel, refiriéndose a Carlota: «No te fíes de esa mujer; lleva consigo la desgracia y la ruina; sus palabras son mentirosas, sus protestas de amistad son asechanzas, su presencia es un peligro, y no tendrá nunca interés más que en apoderarse de ti y en engañarte.»

Por lo que había averiguado el barón de Colins, además del conde de Parcent, trabajaban en España en preparar el matrimonio del hijo del infante don Francisco con la reina niña, don Joaquín María López, don Juan Muñoz Bueno, don Rafael Degollado, don Antonio Collantes y don Francisco Mendialdúa. Mendialdúa tenía idéntico nombre y apellido que otro que se sublevó en Málaga en 1821 y pretendía proclamar la república ibérica y que le nombraran a él nada menos que primer cónsul. No creo que fuera el mismo. Este segundo Mendialdúa fue director del *Eco del Comercio*, fundado por Iznardi, y colaboró después en un periódico literario titulado *La Poliantea*.

Al parecer, Espartero no era, en principio, muy partidario del matrimonio de Isabel II con el hijo de don Francisco; pero los progresistas pensaban convencerle, asegurándole que la influencia que tenían en la masonería el infante y su mujer serviría para elevarle a la regencia.

Los Parcent, al decir del barón de Colins, eran también muy ambiciosos de poder y de dinero. Se decían descendientes de familias reales y aseguraban qué podían ir desde Valencia hasta Francia, a caballo, por tierras de su propiedad.

El conde de Parcent fue al principio adicto de María Cristina, y después se convirtió en incondicional de la infanta Luisa Carlota y de su marido don Paco. Si los motivos de este cambio eran los que asignaba Martínez López, yo no lo sabía.

## TORTONI

Dejamos el merendero de las orillas del Sena y volvimos a París. El barón me llevó a tomar un refresco al café de Tortoni, del bulevar de los Italianos, punto de reunión de los elegantes del tiempo.

A la puerta se veían landós, faetones y cabriolets con armas pintadas en las portezuelas.

Subimos a la gran sala del piso principal, en donde los mozos, de frac y de corbata blanca, iban y venían en silencio. El salón estaba casi lleno de dandys con levita y pantalones blancos y de algunas damas pálidas y elegantes. Nos sentamos al lado de un ventanal.

—Esa parte de ahí enfrente del bulevar —me dijo Colins— es el punto de reunión de los zurupetos de París. El Gobierno pretende hacer desaparecer estos modestos corredores que operan en calles y cafés. Hace unos días, en el pasaje de la Opera, uno de ellos gritaba: «¡Vendo Mobiliario! ¡Tomo Ferrocarriles!» Un agente de policía que le oyó le dijo: «Amigo, venga usted conmigo a la inspección. Hace usted un negocio prohibido.» El zurupeto se presentó al comisario de policía y le dijo: «Es verdad... Vendo Mobiliario..., el mío. Y tomo Ferrocarriles... cuando tengo que viajar.» «Bueno, bueno; váyase usted, le dijo el comisario riendo.

Estuvimos media hora en el café de Tortoni.

—¿Quiere usted que le deje en su casa? —me preguntó al salir el barón.

—No, muchas gracias —le contesté—. Prefiero ir andando.

Me despedí de Colins y marché a casa por los bulevares, y luego tomé por la calle de Montmartre. Me bailaban en la cabeza las historias que acababa de oír. Me había propuesto prolongar mi estancia durante un mes en París, y pensaba, con el auxilio del barón, desentrañar los manejos de franciscanos, esparteristas y carlistas. Me habría convenido tener una persona en el seno de los conspiradores para conocer sus futuras maniobras.



## X

### LA CONDESA D'ORVAL

La condesa de Tilly era una señora pequeña de estatura, sonrosada, con el pelo blanco y los ojos muy azules, que debía de haber sido muy bonita.

*(Los Caudillos de 1830.)*

Unos días después marchaba por la avenida de los Campos Elíseos, cuando pasó delante de mí una carretela elegante y charolada. Iban en ella dos señoras y un militar.

Me detuve a contemplarlos, y en una de las señoras reconocí a la dama rubia, de pelo cano, que había comido conmigo en casa del barón de Colins.

La otra señora, gruesa, empaquetada, de aire imperioso, de cara roja y congestionada, era la infanta Luisa Carlota. Me miraron las dos al pasar, y debieron de reconocerme y hablaron algo entre ellas.

Al día siguiente, con gran sorpresa mía, vi que paraba un coche a la puerta del Hotel de Angulema y que bajaba la señora rubia, amiga de la infanta Luisa Carlota, la condesa D'Orval. Salí rápidamente, saludé a la señora, y como me dijo que quería hablarme, la pasé a un saloncito.

La dama tenía un aire muy elegante. Se veía que no quería estar a la moda, ni tampoco tener un aire arqueológico, y su traje era un término medio entre lo que se usaba en su juventud y lo que entonces se gastaba.

Era una señora muy amable, lo que no le impedía tener una apariencia un poco entonada y altiva. Charlamos largamente; había venido a saber mis intenciones con respecto a la infanta.

—¿Usted piensa hacer la guerra a la infanta? —me preguntó.

—Yo, no. Yo no pienso más que en defender a María Cristina contra sus enemigos. Yo no soy partidario de hacer cambios en la Constitución del Estado español actual. Por esto hemos trabajado los liberales muchos años; nos ha costado muertes, prisiones y una guerra atroz. Ya conseguido el objeto, ¿lo vamos a despreciar y a meternos en otras aventuras?

—Sí, lo comprendo. Usted piensa principalmente en su patria.

—Únicamente en ella.

—Yo no soy española; pienso en una amiga.

—¿En la infanta Luisa Carlota?

—Sí.

—¿Cómo es en la intimidad?

—Es una mujer de gran corazón.

—Para el público es una ambiciosa desenfrenada.

—Su Alteza siente en este momento grandes inquietudes al pensar en el porvenir de sus hijos; teme morir pronto y dejarlos sin amparo —me dijo.

—Pero ¿y el padre? ¿don Francisco de Paula? ¿No cuenta?

—El padre es un hombre sin energía. La infanta Luisa Carlota ha nacido para ser reina. Tiene todas las condiciones necesarias para serlo. Ella hubiera sido la reina ideal para España.

—No digo que no; pero el destino es más fuerte que las facultades de las personas.

—Es cierto, no lo dudo; mas reconozca usted que es una pena.

—Sí, lo reconozco.

—La antipatía de Luisa Carlota por su hermana Cristina ha nacido al ver a ésta que representaba con tan poco decoro su papel de reina. Cristina es una mujer que no ha tenido pudor al enredarse con un hombre tan insignificante como Muñoz.

—Si, es verdad; esa ha sido una falta grave. Todo el mundo tiene defectos.

—Es que hay defectos y defectos. Unos, que pueden consentirse en una reina; otros, que no se pueden admitir.

—¿Y la infanta no tiene defectos?

—El único defecto de Su Alteza, si es que lo es, es la vivacidad de su carácter. Atormentada por una necesidad de movimiento y de acción, no puede estar inactiva. Arrastra y convence a todos. Tiene un corazón magnánimo, un alma fuerte y enérgica y una gran elevación de ideas. Todo lo que es fuerte, noble y generoso le atrae. Es lástima que no la conozca usted, señor de Aviraneta.

—No, si yo no lo dudo. Le creo a usted; pero quizá esa misma exuberancia de carácter la lleve a tomar actitudes políticas inhábiles.

—No digo que no. Reconozco que su posición política es difícil. Ella, de corazón, es liberal y partidaria del progreso, y le gustaría aliarse con los hombres más avanzados de los partidos españoles; pero no puede situarse claramente en contra de los realistas, porque los teme. Esta actitud, que de fuera parece contradictoria, pero que no lo es, es el origen de sus faltas en política y de sus desgracias.

—Comprendo que es lamentable.

—¿Y usted no quiere ayudarnos?

—¡Pero yo cómo les voy a ayudar, condesa! Yo no soy nadie. Un pobre agente del Gobierno español, pagado por un ministro de María Cristina y unido a ella por un compromiso antiguo. No he tenido suerte.

—¿Qué le ha pasado a usted?

—Aunque hombre civil, tenía la esperanza de ser militar. Hice la guerra contra Napoleón; luché contra los realistas; estuve en Grecia y en Méjico; era capitán el año 23. No me han reconocido los grados y ahora no soy nadie. Tengo, sí, la satisfacción de haber sido fiel a mis ideas y a mi palabra. Si perdiera eso, ¿qué sería? Menos que nada.

—¿Vive usted solo?

—Completamente solo.

—Aquí, con nosotros, podría usted tener un poco de sociedad.

—¡Qué más quisiera yo que eso!

—Entonces, ¿por qué no unirse a nosotros?

—La condición de cambiar de jefe no me estorbaría para unirme a ustedes; lo que me estorba y lo que me hace imposible el aceptar es tener que atacar a la persona que hasta ahora he defendido. La condesa no insistió más. Estuvo hablando de París y de sus amistades, y se marchó, dejando en mí una impresión melancólica.

## XI

### MIS CONOCIMIENTOS EN PARÍS

Domingo Ronchi era un italiano que hizo una aparición rápida en la primera época de María Cristina, seguida de un eclipse no menos rápido.

*(Siluetas Románticas.)*

Por Martínez López supe que iba a ser perseguido. No tenía persona influyente a quien recurrir. Conocía a Fabvier, entonces teniente general, que iba a ser par de Francia. No me decidí a escribirle.

Comuniqué mi situación a González Arnao, que me contestó: «Estoy enfermo; no puedo hacer nada, y menos contrarrestar la influencia de la embajada de España en París.»

También fui a visitar a Mahul, director general de policía, que vivía en la calle Grenelle Saint-Germain y a quien conocía de Tolosa por haberle visitado con Lenormand. No supo qué aconsejarme.

### DOS RAPOSOS

A Lafolie, el jefe del comedor del Hotel de Angulema, le contaba mis apuros y dificultades. Cuando le expliqué que querían expulsarme, me dijo que conocía a dos agentes de policía secreta que quizá podrían darme un buen consejo. Le pedí que les avisara. El uno se llama Gigot, y como había servido a veces en las cárceles de espía con los prisioneros políticos, y a esto se llama en francés *mouton* (cordero), le llamaban Gigot-Mouton, o sea Guisado de Cordero; al otro le decían Gustavo la Science, o la Ciencia.

Los dos tenían fama en la policía de ser muy inteligentes y ladinos. Gigot era un cínico, y Gustavo un filósofo. Ambos estaban a las órdenes de un inspector joven, severo y decidido, que no permitía transgresiones de ninguna clase; pero ellos eran perros viejos, encanecidos en el oficio, y sabían como pocos la aguja de marear.

Yo les expliqué mi caso y cómo querían expulsarme de Francia.

—El prefecto de policía actual es una buena persona —me dijeron— y de excelentes intenciones; pero en una cuestión diplomática extranjera no podrá hacer gran cosa.

Me dieron después el nombre de un comisario que se ocupaba de esta clase de asuntos y que tenía su despacho en la prefectura de la policía, que estaba por entonces en la calle de Jerusalén, cerca del muelle de los Orfebres.

Comprendí por la conversación con los dos agentes que no se podía hacer nada.

## RONCHI EL PROTÉICO

Dos días después fui a almorzar al café de Corazza, de la plaza del Palais Royal, donde me había citado Pagés, el secretario de González Arnao. Allí, en un rincón, en una mesa alumbrada con un mechero de gas, estuvimos charlando algún tiempo, y al salir me encontré de manos a boca con Godoy. Le conocí por los retratos y porque me había dicho el mozo del café que solía pasear por aquella arcada los días de mal tiempo. Estaba el antiguo favorito grueso y pesado; llevaba redingote azul, una cinta de alguna cruz en el ojal y se apoyaba en un bastón nudoso.

Le miré alejarse, y en este momento me agarraron de los hombros y me volví sorprendido. Era Domingo Ronchi.

—¿Contempla usted a Godoy? —me preguntó.

—Sí.

—El Muñoz de la época.

—No creo que fuera tan bruto como Muñoz.

—Muñoz no es tan bruto y no acabará tan miserablemente como éste.

—Es posible.

Paseamos por los arcos de la plaza, y Ronchi me llevó delante de un escaparate de libros antiguos y de estampas.

Ronchi era un hombre proteico, divertido, en continua ebullición. Cada año o cada dos años cambiaba de oficio y de aficiones. Por entonces, según me dijo, pensaba coleccionar estampas y cuadros y quería poner en Madrid una industria de imprenta y de litografía. Me explicó la marcha de sus asuntos y yo le conté mi caso. Me dijo que conocía gentes del ministerio del Interior y que ya vería la manera de arreglar mi asunto.

Ronchi me habló después de Teresa Valcárcel, que le contó que me había conocido a mí en un gabinete de lectura y que estaba muy preocupada con lo que yo podía tramar. Al parecer me tenían por hombre muy peligroso.

Ronchi pensaba que Maria Cristina, la Padrona, como decía él, iría a vivir a París más tarde o más temprano. Esto me hizo pensar que la cosa se hallaba prevista.

## DENUNCIA DE UN POLICÍA

Al día siguiente vino Ronchi a buscarme a la fonda.

—Acompáñeme usted —me dijo.

—Vamos donde usted guste.

Tomamos un coche de punto. Me indicó que iba al ministerio del Interior.

En el camino pasamos por delante de un café.

—Espéreme usted aquí —me advirtió—. Si averiguo algo de su asunto vendré a buscarle.

Tardó tanto en volver, que me decidí a almorzar en el café. Estaba ya impaciente y desesperado, pensando que el italiano se habría olvidado de mí, cuando apareció con su aire sonriente y fanfarrón.

—Amigo Aviraneta —me dijo—, he averiguado lo que hay en el fondo de su asunto.

—¿Sí?

—Todo. Aquí tiene usted el motivo de su expulsión. El 27 de abril, el subsecretario de Estado del ministerio del Interior, monsieur León de Maleville, ha dicho al embajador de España, en una carta cifrada, lo siguiente:

Ronchi sacó un papel del bolsillo del pecho y se puso a leerlo.

«Se encuentra en París Eugenio de Aviraneta, que en su calidad de emisario de las sociedades secretas de Madrid organizó en 1836, en diversos puntos de España, movimientos en los cuales una

multitud de persona, y sobre todo de eclesiásticos, fueron asesinados.»

—El subsecretario del ministerio del Interior —siguió diciendo Ronchi— supo esta noticia por una carta que con fecha 21 de abril de 1840 envió desde Tolosa el comisario especial de la policía Labrière.

—Este Labrière, reaccionario, es rival y enemigo de otro jefe de policía llamado Lenormand, el cual es liberal y amigo mío —indiqué yo.

Ronchi sacó otro papel del bolsillo y me dijo:

—Aquí tiene usted la copia de la carta de ese Labrière.

—¿Y cómo ha podido usted sacar este documento? —le pregunté asombrado.

—Amigo, yo lo puedo todo.

Y después de pavonearse se dispuso a salir y me dijo:

—*¡Arivederci! ¡A rivederci!*

Con esta frase Ronchi se despidió de mí, porque, según dijo, tenía mucho que hacer.

Cogí el documento de Labrière y me puse a leerlo con atención. Decía así:

«Eugenio de Aviraneta, español, debe llegar a París el viernes 24 de abril, en la silla de postas. Reside en Tolosa desde hace cerca de dos meses. Durante este lapso de tiempo ha tenido una correspondencia seguida con el marqués de Miraflores, de París, y con uno de los ministros de la reina, en Madrid.

»Este español, que, según se ha sabido, ha venido a Francia a cumplir una misión desconocida del gobierno de la reina, es, según se dice, uno de los agentes más activos de las sociedades secretas de España y ha llegado a ser tristemente célebre por el papel que ha presentado en las disensiones políticas de su país. Se le acusa de haber provocado en Madrid la matanza de frailes en 1834 y los trastornos de Barcelona en 1836, a consecuencia de los cuales fueron muertos más de cien prisioneros carlistas en la Ciudadela.

»Se llega a afirmar que en una y otra matanza figuraba en primera línea entre los matadores. Se pretende que en 1838 tomó una parte activa en los desórdenes militares de Hernani y de Bilbao.

»Este español es enemigo personal del general Espartero, quien, por su parte, le odia y le persigue con este carácter de venganza sañuda peculiar de nuestros vecinos.

»Detenido últimamente en Zaragoza, donde todavía estaba preso el 9 de febrero último, Aviraneta escapó a la muerte con que le amenazaba el duque de la Victoria, por la intervención de María Cristina y del ministro del Interior y de la Guerra, que le procuraron un pasaporte y le facilitaron la fuga.

»La vigilancia continua de que ha sido objeto en Tolosa ha hecho conocer: primero, que ha recibido en Bayona una suma bastante crecida, que ascenderá a veinte mil francos; segundo, que ha sido acreditado por el señor Falcón, comerciante de Bayona, cerca de monsieur Autier, banquero de Tolosa, que le ha entregado varias remesas de cinco mil francos y que a su partida le ha dado una carta de crédito de tres mil sobre la casa Bagenaut y Compañía, de París, y tercero, que ha frecuentado los cafés y sitios públicos donde se reúnen de preferencia las cabezas más exaltadas del partido republicano de esta ciudad.

»He consultado yo mismo con monsieur Autier, miembro del Consejo Municipal y hombre afecto al gobierno, y me ha asegurado que Eugenio de Aviraneta ha mostrado en todas sus relaciones mucha moderación y reserva, que ha hablado poco de política y se ha limitado a leer los periódicos españoles y las cartas que ha recibido de Madrid, París y Bayona. Monsieur Autier, al darme los informes acerca de la correspondencia y de las sumas recibidas por Aviraneta, me ha afirmado que no ha mostrado jamás la exaltación de que se le acusa.

»A pesar de esta información y pensando que Aviraneta, conociendo los principios de monsieur Autier, ha podido muy bien moderarse en sus palabras, la policía local persiste en creer que este hombre, cuya presencia en Tolosa nada justifica, se halla en relaciones con la masonería de esta ciudad, con un grupo de carbonarios, cuyo domicilio se desconoce todavía, y que busca reorganizar

las sociedades secretas en el mediodía de Francia y estrechar los lazos entre las de España y las de nuestro país.

»Aviraneta tiene amistades con una mujer galante 'llamada Fanny Stuart, de origen belga, que está sostenida por el conde de Parcent, secretario o apoderado del infante don Francisco de Paula, hermano del difunto Fernando VII y de don Carlos.

»Dentro de algunos días podré enviarle las notas y datos que he recogido en noviembre último en París y que me hacen pensar que hay unidad de proyectos y de fines entre los demagogos de los dos países.

»Hay motivos también para pensar que Eugenio de Aviraneta es uno de los agentes del partido inglés en España, llamado de los exaltados; al cual, según opinión del señor Simó, pertenecen el embajador de España, en París, marqués de Miraflores, y don Juan Hernández, cónsul de España en Perpiñán.

»El inspector especial de policía,

*J. Labrière.»*

El policía no estaba mal enterado; se notaba que tenía datos de algunas cosas, pero en otras se podía comprender que no veía claro. Muchos de aquellos informes debían de proceder del campo carlista por conducto de Mejía.

Llegaran de donde llegasen, era el caso que me hallaba en vísperas de una percusión y probablemente de una expulsión. Estas persecuciones no eran nuevas. A principio de 1840 se recibió, como he dicho, un oficio del ministerio del Interior en Tolosa, para que saliera inmediatamente de Francia.

No me encontraron en París. Se dijo que estaba en Marsella. Luego se supo que vivía en Tolosa, enfermo de reuma. Aquella vez ya atribuí la denuncia a Cea Bermúdez; esta última pensé que procedía de los carlistas de Tolosa.

Al contarle a Lafolie lo que me había ocurrido y cómo Ronchi me había proporcionado la carta de Labrière, dijo:

—Ronchi, ¿un napolitano?

—Sí.

—Pero si ése era un espía al servicio de Vidocq. Ese ha vivido en París.

—No creo. Será algún otro Ronchi.

—El que digo yo era un hombre grueso, moreno, intrigante. En mi época de policía denunciaba las casas de juego clandestinas y era vendedor de cuadros.

Puede que fuera verdad lo que decía Lafolie, porque en Ronchi era posible todo.

## XII

### UNA HISTORIA DE VALDES DE LOS GATOS

Valdés era un tipo alto, esbelto, afeitado, muy peripuesto. Tenía la cara larga, delgada, fina; la nariz, recta; la frente, despejada; el pelo blanco, pegado y planchado; los ojos cansados y sin brillo.

*(El amor, el dandysmo y la intriga.)*

Como ya la prudencia era inútil, pues todos los españoles de París que se ocupaban de política debían de saber que me perseguían y querían expulsarme, escribí a Valdés citándole. Vino a visitarme al hotel.

—¿Y por qué no ha venido usted a verme? —me preguntó.

—Porque entonces se hubiera sabido antes mi llegada y me hubieran expulsado más pronto. Valdés había tenido una época de andar derrotado; pero entonces estaba elegantísimo, y por su buen tipo y su finura era hombre muy solicitado en los círculos aristocráticos de París.

Al explicarle mi situación me dio como respuesta estos versos en francés:

*Si vous éter dans la détresse,  
Mes chers amis, cachez-le bien,  
Car l'homme est bon et s'intéresse  
A ceux qui n'ont besoin de rien.*

—Es una cosa un poco triste lo que se dice en esos versos.

—Sí, es verdad.

—Oiga usted. ¿Usted sabe si está Manuel Salvador en París?

—Ha estado, por lo menos. Andaba con Corpas y con Tamarit. Quizá venía de Bourges de ver a don Carlos.

La proximidad de Salvador me inquietaba. Era un enemigo peligroso, que podía trabajar contra mí eficazmente, conociendo que me encontraba en una situación crítica. Hubiera dado cualquier cosa por inutilizarle.

Valdés me convidó para la noche siguiente a cenar en el café de Variedades, del pasaje de los Panoramas, donde se reunían muchos cómicos y actrices a la salida de los teatros.

Nos sentamos a la mesa el barón de Oiquina; un literato, Luis Lurine; un amigo suyo periodista, desconocido por mí, Valdés y yo. Luis Lurine había nacido en Burgos, de padres franceses, era autor de varios libros y comedias y escribía en *El Nacional*. Me recibió muy bien y hablamos de los asuntos de España.

Mientras tanto, Valdés disponía la cena y tenía una conferencia con el descorchador de botellas, que se presentó con su mandil verde para quitar científicamente los tapones, lo que al parecer es operación muy delicada.

Después, en la cena, Valdés comía y bebía como un gastrónomo, sin perder detalle. Me parecía un mono viejo lleno de malicia, conocedor profundo de todas las habilidades, intrigas y martingalas

de la vida. En aquel hombre no quedaba, seguramente, ni la más pequeña dosis de credulidad, de candor ni de buena fe.

A los postres se generalizó la conversación.

Valdés sabía mis relaciones con el barón de Colins, y le habían contado cómo estuve a punto de ser atropellado por el coche de la condesa D'Orval y cómo luego estuve comiendo con ella.

Valdés nos contó la historia de esta señora, a quien él había galanteado hacía años sin gran éxito.

Me habló también con malicia de Fanny Stuart, creyendo sin duda que yo tenía algo que ver con ella.

Era, según dijo, hija natural de un inglés aristócrata y aventurero y de una mujer de vida alegre. Fanny era muy interesada, muy roñosa. Se había escapado de su pueblo con un hombre ya viejo y había ido a París. El barón de Colins la sostuvo durante algún tiempo; pero la dejó por encontrarla demasiado torpe, y le dio bastantes miles de francos, que ella debía de guardar en alguna caja de ahorros.

Hablamos de muchas cosas e incidentalmente del marqués de Montigny.

—¿Le ha conocido usted? —me preguntó Valdés.

—Sí.

## EL MARQUES Y SU FAMILIA

—¿Sabe usted su historia?

—Como el mundo es tan pequeño —contesté yo—, uno de mis amigos, a quien conozco de verle en una prendería, fue sargento a las órdenes del marqués y me ha contado su historia, un tanto inverosímil, que no sé si será cierta.

—¿Uno que se llama Martín?

—El mismo.

—Este Martín —indicó Valdés—, ¿es un tipo ya viejo, a quien le falta una oreja y que se muestra republicano? Es ése.

—Pues la historia que le ha contado Martín es cierta.

—Cuéntela usted —dijo Lurine—. El escritor actual tiene que andar a caza de argumentos y de asuntos de novela.

—Les va a aburrir a estos señores.

—No, no —aseguró el barón de Oiquina.

—Entonces, la contaré. El marqués de Montigny —dijo Valdés— es un hombre próximamente de cincuenta años y militar retirado. En 1823, cuando la entrada del duque de Angulema en España, era teniente de artillería. Joven, perdido, calavera, se dedicaba al juego y a los duelos. Estaba casado con una parienta suya, un tanto ligera de cascos. Martín Murlot, a quien conoce Avinareta, entonces sargento, era su hombre de confianza. El marqués, en su juventud, se mostraba soberbio y envidioso, había tenido varios desafíos y no podía sufrir la superioridad de persona alguna. Amargado porque no ascendía pronto y no tenía el suficiente éxito, se hallaba dispuesto a tomar actitudes extremas y a emplear todos los procedimientos para abrirse paso. Sin escrúpulo alguno mostraba un gran cinismo y una gran osadía. En aquella época los jóvenes ambiciosos de Francia tomaban como modelo a Talleyrand; lo admiraban y lo consideraban como un prototipo de hombre de mundo.

Después, como saben ustedes, muchos de estos ambiciosos se han pasado al bando de Thiers. Thiers no es un aristócrata; pero promete ser uno de los personajes más importantes y quizá el árbitro de los destinos de Francia.

El marqués de Montigny es, como he dicho, hombre de mala sangre, bilioso, envidioso. Aunque no cree en nada, da mucha importancia a los títulos nobiliarios. No hace mucho hablaba con un periodista de los asuntos de España. Se referían al embajador, marqués de Miraflores. El periodista



le llamaba sólo Miraflores, y Montigny, siempre marqués.

—¿Y por qué le llama usted sólo Miraflores? —preguntó de pronto el marqués al periodista.

—Usted mismo le llama así otras veces.

—Es que el señor marqués de Miraflores y yo hemos comido, como se dice en España, juntos en el mismo figón.

Una vez, en la juventud, en una casa de juego del Palais Royal, un punto llegó a advertirle:

—Creo que hace usted trampas, amigo marqués.

—Es posible; pero soy capaz de atravesar con la espada al que me lo diga.

La tradición de los aristócratas en tiempo de Luis XVI era el hacer trampas en el juego. Esto se consideraba como una broma.

## UNA HISTORIA ANTIGUA

A principios de 1824 el marqués jugó una mala partida a un amigo íntimo suyo, el coronel Lefèvre. En esta época muchos de los regimientos franceses que habían operado en España contra el ejército liberal volvían a su país. Cañones, furgones de víveres, carros, caballos y mulas iban internándose en Francia por el camino de la frontera a Bayona.

Varios regimientos se habían detenido en San Juan de Luz y esperaban que las tropas que ocupaban Bayona dejaran la ciudad y se internaran para ir avanzando ellos.

En la plaza de Luis XIV, de la villa vasca, estaban reunidos en un café varios oficiales charlando. La mayoría, jóvenes aristócratas, de familias ricas, sentían poca simpatía por la burguesía y por el pueblo. Una y otro, en gran parte republicanos, querían ocupar los cargos del ejército y de la burocracia.

El marqués de Montigny era secretario y amigo del coronel Lefèvre. El coronel, por aquellos días, se mostraba impaciente por ver a su mujer. Esta le había prometido salir a esperarle a una finca del camino de Bayona a Biarritz, propiedad de una señora pariente suya. El marqués de Montigny conocía a la mujer de Lefèvre. Dicen que había sido novia suya. El coronel estaba enamorado de su mujer y creía que ella le correspondía. Esto irritaba la bilis y la mala sangre del marqués.

Lefèvre, hombre bondadoso y valiente, sentía por su mujer un gran afecto. Ella contaba de veinticinco a treinta años menos que él. El militar había conseguido llegar a que su mujer, casada con él por presión de sus padres, le guardase cariño. Lefèvre, hombre cordial con todo el mundo, capaz de sacrificarse por sus amigos y por los soldados, era muy patriota, muy entusiasta de Francia y de la gloria, y tenía una idea romántica de su país.

En San Juan de Luz se alojaron el coronel Lefèvre y el marqués de Montigny en la misma casa. El coronel consideraba al marqués como a un amigo excelente y le hablaba con frecuencia de sus asuntos y de su amor por su mujer. Estaba ilusionado con la idea de reunirse con ella.

En tanto, Montigny preparaba una emboscada contra su amigo y jefe. El marqués abría las cartas del coronel para leerlas; les quitaba los lacres y los volvía a poner. Había falsificado el sello que empleaba la mujer de Lefèvre.

El coronel esperaba de un momento a otro el aviso de su mujer con su llegada a Bayona. Montigny lo esperaba también. Una mañana lo recibió de manos del cartero; cogió el pliego, le quitó los lacres con habilidad y lo leyó. Después lo volvió a cerrar y le puso de nuevo en el sobre los lacres con sus sellos.

La mujer del coronel le decía a su marido que le aguardaba en un pabellón del chalet Villa Hortensia, de la carretera entre Biarritz y Bayona.

El marqués llamó al sargento Murlot, el señor Martín, a quien conoce Aviraneta, y le dijo que por la noche entregara al coronel aquella carta con el resto de la correspondencia.

Montigny, a la hora de comer, dijo a su jefe que estaba indispuesto y que se iba a meter en la cama. Inmediatamente montó a caballo y se presentó en Bayona.

El marqués llegó al anoecer, entró en el jardín de Villa. Hortensia y al hacerse de noche pasó al pabellón donde dormía la mujer del coronel. Esta, por la mañana, al comprender lo ocurrido, se desesperó.

—Ha hecho usted una canallada con un amigo que le quiere. Es usted un miserable.

El marqués tomó la cosa a broma y volvió a San Juan de Luz a fingir una buena amistad con su coronel.

Después Montigny se fue a París, y la mujer del coronel tuvo una hija del marqués. A Lefèvre le destinaron años después a Argelia, y murió de general.

## EL FALSO INCESTO

La viuda de Lefèvre tuvo siempre gran cuidado de que su hija no conociera a la familia del marqués de Montigny; pero la casualidad arregló los asuntos de otro modo. La generala vivía en la calle de Vaugirard de una manera muy retirada. Pasó el tiempo. El hijo del marqués de Montigny, Raúl, tendría veintiuno o veintidós años; la hija de la generala Lefèvre, Susana, diecinueve.

Raúl, aficionado a la pintura, comienza a frecuentar una academia del barrio latino, y en el jardín de Luxemburgo conoce a Susana y se enamora de ella.

La generala Lefèvre, espantada de las consecuencias, al saber las relaciones de su hija con el hijo del marqués se opone. La generala consulta con su confesor, el abate Lemaire, y le explica los motivos de su oposición al matrimonio. Una criada vieja, nodriza de Susana, la madre de Marcial Duhart, que también conoce Aviraneta, tenía la sospecha de lo ocurrido, porque había hablado varias veces con Martín Murlot de lo que había pasado hacía años en el chalet entre Biarritz y Bayona.

Raúl y Susana, en vista de la oposición de las respectivas familias, se escapan, se casan y tienen un hijo.

El padre, el marqués, al saber que un hermano de Lefèvre iba a ser ministro y que su hijo podía tener su protección, fue a visitar al joven matrimonio y a felicitarle, aunque creía que marido y mujer eran hermanos.

La generala Lefèvre marcha al campo y vive angustiada. Los amigos suponen que padece una enfermedad nerviosa. El abate Lemaire no sabe qué resolución tomar; habla al barón de Colins, y a éste se le ocurre lanzar a Raúl en brazos de una muchacha, Fanny Stuart, que quizá a él le estorbaba. Entonces Susana se desespera, y el abate Lemaire se lanza a decirle lo que ocurre con su matrimonio. La pobre Susana se encuentra aplastada ante la realidad; el padre muerto, que no era su padre, sigue teniendo su devoción. En cambio, desprecia profundamente a su padre verdadero.

El marqués, en esta época, decía constantemente a su hijo:

—No te preocupes de esas cosas. Todo eso es una suposición. Nadie sabe a ciencia cierta de quién es hijo.

La criada vieja de la casa de Lefèvre, nodriza de Susana, vasca fanática, había tenido, como he dicho, la sospecha del caso, e inducida por las conversaciones con Martín, había comprendido el secreto de su ama. Ella creía que Susana debía separarse de su marido.

Así pasaron algún tiempo, entre vacilaciones. El marqués de Montigny, frío, cínico y diplomático, aconsejaba el no hacer caso. La marquesa, su mujer, rica y devota, de vida un poco libre en su juventud, no estaba enterada. La generala Lefèvre se aislaba en el campo. Raúl llevaba una vida de perdido y Susana se desesperaba. A esta desesperación se unió la que le produjo la muerte de su hijo.

En esto, la condesa de Montigny enferma gravemente y, al confesarse, dice al cura que su hijo Raúl no es del marqués. El cura se lo cuenta al abate Lemaire, porque el abate le había consultado el caso y le había pedido consejo. El abate Lemaire, al saberlo, y pensando arreglar el asunto, da explicaciones a Susana que, indignada, decide meterse en un convento.

—La vida es muy chusca —dijo Lurine.

—La segunda parte de la historia —añadió Valdés— es que el viejo Montigny se ha enamorado de la Fanny, que ha sido la querida de su hijo, del barón de Colins y del conde de Parcent, y quiere ser su amante y está dispuesto a gastarse con ella toda su fortuna. Ella, a pesar de ser muy interesada, dice que no, y siente por él una gran repulsión.

Lurine y Valdés tomaban a broma esta historia, que no tenía nada de risible.

—Cuando se hurga un poco en la vida —dijo Lurine— aparece en seguida un personaje que se puede llamar sin escrúpulo monsieur de la Cochonnière.

Era ya hora avanzada y salimos del café, y nos despedimos.

### XIII

#### UNA ENCERRONA FRUSTRADA

Pasado un instante, Aviraneta volvió a encender la lámpara del comedor y, cogiéndola con la mano derecha, dijo:

—Vamos ahora a explorar el terreno.

*(El Aprendiz de Conspirador.)*

Al día siguiente, a la hora de comer, tuve un aviso de que fuera por la tarde a la calle de Coq Heron, número 4, que allí me esperaba un amigo. Supuse si sería Martínez López.

Pasé después de almorzar por la tienda de Capet, y en la conversación hablé al prendero de la cita.

—Tome usted precauciones —me dijo el viejo, que era suspicaz.

Estaba allí Marcial Duhart y se brindó a acompañarme.

—¿No lleva usted armas? —me preguntó. —Sí, llevo una pistola.

Yo llevo siempre un arma del oficio —y me mostró un destornillador que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Llegamos, ya oscuro, a la calle de Coq Heron, muy próxima a la mía. Entramos en la casa número 4, un pequeño hotel, y el conserje nos advirtió:

—A mí no me ha dicho ninguna persona de la casa que espera a alguien. Pasen ustedes al salón y me enteraré.

Nos llevaron por un corredor a un salón del piso bajo, con dos ventanas de guillotina a la calle y esperamos allí hojeando unos periódicos que estaban sobre una mesa. Había en la habitación varias sillas y sillones de terciopelo rojo, un estante y un piano de cola. Noté en el corredor próximo un ir y venir de gente, y que algunas personas se asomaban por la puerta, entreabierta, para mirarme. Como se repitió la maniobra, Marcial Duhart tiró con violencia de la campanilla. Se presentó el conserje un tanto azorado.

—Estamos esperando —dijo Duhart—. Sepamos quién ha citado a este caballero.

El conserje, confuso, explicó que un señor había esperado hasta el anochecer y que había indicado que volvería.

—¿Y ese señor, quién es?

—No sé, no le conozco.

—¿Y cuándo ha dicho que volverá?

—No lo ha dicho fijamente.

—Está bien.

El conserje salió.

—Aquí le quieren dar a usted una encerrona —me dijo Duhart.

—¿Cree usted?

—Me parece evidente.

—Pues habrá escándalo.

Marcial se puso a pasear por el salón arriba y abajo; luego pareció decidirse; cogió una vela del

piano, la encendió; acercó la silla a una de las ventanas de guillotina del salón y vio que estaba trabada y que por fuera tenía maderas.

—Vaya usted a la puerta con la luz y si aparece alguno, pídale usted explicaciones para entretenerle.

Comprendí que quería abrir la ventana que estaba al ras de la calle e hice lo que me dijo.

Salí al pasillo; se presentaron dos o tres personas agazapadas en el corredor y llamé a gritos al conserje. Este no apareció y yo estuve murmurando y reclamando, como si me encontrara alarmado. Me acerqué a la puerta que tenía el corredor hacia el portal por donde habíamos entrado Duhart y yo, y vi que estaba cerrada. Llamé dando gritos y palmadas, esperando a que me avisara mi compañero.

A los diez minutos, éste vino a buscarme y me dijo:

—Ya está.

Había abierto una de las ventanas de guillotina y la persiana de fuera y las sujetó en lo alto.

—Deje usted la luz en un rincón —me indicó Marcial.

Lo hice así.

Delante de la ventana había puesto una silla y por el lado de la calle otra.

—Pase usted —me dijo—. Esta es una figura de baile.

Me dio la mano. Pasé de una silla a otra sin la menor dificultad y luego lo hizo él.

Reunidos en la calle, marchamos a mi hotel, y Marcial y yo comimos juntos. Le contamos a Lafolie lo ocurrido.

—Yo creo —dijo éste— que le han llevado ahí para que le conociera alguna gente; pero como han llegado ya oscuro, no les ha servido la estratagema para nada.

—¡Qué sé yo! Quizá querían algo más que conocerme, y si llego a estar solo, creo que me hubieran dado un golpe.

—Yo me enteraré —dijo el jefe de comedor—. qué clase de hotel es ése.

Se supo que en aquella casa de la calle de Coq Heron había un centro carlista.

Al parecer, solían reunirse allí el capuchino Casares, Manuel Salvador, Cecilio Corpas y don Diego Miguel García, el que fue secretario del general González Moreno en Málaga y preparó la emboscada contra Torrijos.

Al día siguiente, muy de mañana, Lafolie llamó en mi cuarto. Le hice pasar y me indicó que su amigo Gustavo la Ciencia le había enviado a toda prisa un chico para decirle que un inspector de policía de Tolosa, con un agente, iba a venir a detenerme. Supuse que sería Labrière. Sin esperar más, pagué mi cuenta del hotel, cogí mi equipaje, tomé un coche de punto y me trasladé al café Procopio, de la calle de la Antigua Comedia. Desayuné allí y tomé otro coche y fui a casa de Capet, de la calle de la Pergaminería.

## XIV

### LA CASA DE CAPET

Los pisos estaban superpuestos; los dos de arriba más salientes hacia la calle que el de abajo. La casa, indudablemente, se había movido al derribar otra antigua, y se abultaba como un abdomen de cincuentón de una manera absurda y ridícula.

*(Las Figuras de Cera.)*

Al llegar a la calle de la Pergaminería, a la casa del prendero, el conserje, un jorobado estrambótico, me recibió amablemente y me llevó a un cuarto del tercer piso, con una terraza próxima sobre los tejados.

La casa de Capet era una casa vieja, típica, alta, con ventanas, pintada de un color amarillento sucio, excepto en el bajo, que era rojiza. Cada piso avanzaba un poco hacia la calle, con un pequeño voladizo, y el edificio entero se inclinaba hacia atrás, como derrengado y cansado por los años.

El cuarto destinado para mí era espacioso y cómodo. Estaba, sin duda, adornado con muebles y objetos de la prendería. Tenía un papel raído azul, con flores doradas, fastuoso en su tiempo; una chimenea de mármol con un espejo encima, una ventana a un patio, la cama, varias sillas y un sillón Imperio.

Sobre el mármol de la chimenea había un reloj dorado y a ambos lados dos fanales de cristal que encerraban dentro unos ramilletes hechos con conchas de colores como los que suelen fabricar los presidiarios en las cárceles.

Las cortinas de la cama eran de damasco azul. De enfrente de mi cuarto, y subiendo unas escaleras, se salía a una azotea con el suelo de cinc, desde la cual se dominaba un conjunto muy confuso de tejados, guardillas, torres y chimeneas.

Era aquélla una casa con unas vistas inesperadas, sobre todo hacia el patio, en donde había miradores con cristales, azoteas minúsculas y pabellones negros. Por el hueco entre dos paredes se veían las torres de Nuestra Señora y más lejos la parte alta de las arboledas de un muelle del Sena.

Sin la necesidad de comunicarme con la gente habría podido pasar allá el tiempo que me diera la gana, pero no me convenía estar escondido más que algunos días.

Capet, que por las noches venía a hablarme, era un avaro pintoresco. Propietario de varias casas, vivía en la peor, en un cuartucho miserable. Llevaba los trajes raídos, botas rotas; le cuidaban una vieja y una muchacha pariente suya.

El conserje de la casa de Capet, de la calle de la Pergaminería, el jorobado, digno ayudante del prendero, era una especie de mono o de polichinela, con la nariz aguileña, el pelo lanudo, crespo y ensortijado; los ojos brillantes y hundidos, la nariz corva y picuda, y las barbas deshilachadas. Se llamaba Baltasar; era ya viejo; hablaba gesticulando constantemente.

Baltasar explotaba un negocio a medias con Capet. Consistía en alquilar trajes, joyas y abanicos a muchachas de la vida galante.

En el piso bajo del sórdido edificio había un salón con un magnífico ropero que podía servir de museo del traje de la época.

Varios quinqués, metidos detrás de globos de cristal llenos de agua, a modo de reflectores,

iluminaban la estancia. En perchas, en maniqués y en vitrinas se veían los trajes, algunos muy hermosos.

Aquel jorobado fantástico tenía un gran arte para caracterizar a un tipo. A una muchacha la inducía a vestirse de colegiala y le recomendaba los paseos por el jardín del Luxemburgo; a la otra la vestía de modista y la enviaba cerca de los almacenes y tiendas de modas. Otra iba de criada, con su cofia, como recién llegada de un pueblo de Bretaña o de Normandía, a un pequeño mercado de barrio. Algunas marchaban de casadas jóvenes, o de viudas de militares, a las proximidades de los ministerios; otras, con capotas, encajes y pieles, al jardín de las Tullerías.

Baltasar vestía también a las que iban a los bailes y no sólo a ellas, sino a sus acompañantes. Era capaz de transformar al merodeador innoble de las afueras en un elegante dandy.

Lo extraordinario de su industria era, por lo que me dijo, que de aquella gente del bronce se le marchaba muy poca sin pagar.

Yo tenía en la vecindad un copista de la Biblioteca Nacional, que había estudiado para cura y que se mostraba por entonces sansimoniano y enemigo de la religión. Era hombre poco sociable, muy patriota y muy hostil a los extranjeros. Apenas me saludaba con él. Estuve varios días en aquella casa sórdida leyendo algunos folletines y paseando por las tardes en la terraza. Al principio, no salí ni de día ni de noche. Luego, al anochecer, comencé a salir de casa y a deambular por aquellas callejuelas, sucias, tortuosas y pobladas por gente misera.

Algunas veces iba a un café de la plaza Maubert, al que acudía una multitud haraposa y de mal aspecto. Allí no había cuidado de que espíase la policía política. También solía acudir a un billar y fumadero de un hotel de mi misma calle, llamado Hotel de la Literatura.

En este fumadero se rendía principalmente culto a Baco y a la nicotina. Se gastaban bromas vinosas. Una vez, pregunté yo:

—¿Qué distancia hay de aquí a la Puerta de San Dionisio?

—Doscientas tabernas y cuarenta almacenes de vino —me contestó un tipo de borrachín de aire de bohemio.

Había algunas tabernas que se llamaban la Academia y tenían en el local un alambique.

En la plaza Maubert, en una tienda negra y sucia, había una especie de lotería de la comida. Se ponía una gran caldera de cobre en medio con un trípode sobre el fuego. En la caldera hervían pedazos de carne y desperdicios. El que quería tentar la suerte pagaba dos cuartos, y la dueña del establecimiento le daba un gran tenedor de hierro con los dientes muy afilados, de una vara de largo, y con él picaba una vez y lo que sacaba era para él. Generalmente lo que se sacaba no valía los dos cuartos; pero a veces, sí.

El procedimiento daba nombre al figón, que se llamaba: «A la suerte del tenedor».

## XV

### PEREGRINACIONES CON EL PADRE ATANASIO

El señor de Rohan era alto, cano, afeitado, muy humilde y muy místico; tendría unos cincuenta años, el pelo blanco, la cara roja, con un sarpullido blanquecino. Solía andar con un gabancito raído, una bufanda de lana y un sombrero de copa metido hasta las orejas. Cuando marchaba deprisa cortando el viento con su nariz afilada y roja y sus brazos largos, cojeando un poco, parecía un galgo a quien le hubieran pegado una pedrada en una pata.

*(Los Caudillos de 1830.)*

Yo no conocía bien París y, para salir de noche, el conserje de la casa, Baltasar, me recomendó como compañero a un exclaustro español, miserable y raído, que se llamaba el padre Atanasio Pajarín. El padre Atanasio era alto, flaco, escuálido y zancudo; parecía una cigüeña vieja y apolillada. Tenía las mejillas hundidas, la boca sin dientes. Iba vestido como de prestado, de negro, con sombrero de copa y unas prendas mal atadas, como se les pone a los muertos. Podía contar lo mismo cincuenta que sesenta años; hablaba con cierta unción. Sabía latín y tenía un aire de dómine que trascendía a la legua.

El tal tipo, triste y elegíaco, estaba de profesor de español en un colegio de la calle de la Montaña de Santa Genoveva. El ex fraile Atanasio me acompañaría en mis paseos nocturnos.

El padre Pajarín era hombre culto; había leído mucho y estaba formando su biblioteca. Iba a la librería de una callejuela del Barrio Latino que se llamaba El Unicornio. Me llevó allí. La librería era un espacio como un sótano, sin armarios ni estantes, con pilas de libros hasta el techo. Una vieja era la dueña, una vieja bastante siniestra. Los estudiantes la llamaban la tía Unicornio. La vieja sucia, mal vestida, con los pelos blancos desgreñados tenía un aire de lechuza; ojos negros brillantes y una expresión de astucia, de malevolencia y de burla. La tía Unicornio compraba los libros que le ofrecían y los ponía en montones en el suelo. No sabía leer, y cuando le pedían algo, lo buscaba en seguida y sabía dónde estaba. Su memoria era prodigiosa.

El padre Atanasio me recordaba a mi amigo Chamizo y algo a don José Segundo Flórez.

El exclaustro era hombre muy pobre y de recursos muy escasos; vivía en un piso cuarto parecido al mío, en una calle tan mala o peor que la mía, la calle Galande, calle miserable de tabernas y de rincones siniestros. Estaba el exfraile en una pensión, en la cual los pensionistas más distinguidos eran un enfermo del hospital, del Hôtel-Dieu, y un mozo del depósito de cadáveres, de la Morgue.

Todo el ajuar del padre Atanasio consistía en un baúl pequeño con cantoneras de latón. Su biblioteca la formaban quinientos o seiscientos volúmenes, algunos antiguos, de valor, colocados en pilas en los rincones.

En compañía de su caja de latón, el padre había recorrido medio mundo. El exclaustro era un aventurero tímido. Profesaba una filosofía humilde y resignada.

El padre Atanasio Pajarín, a pesar de su humildad, manifestaba bastante malicia. Tenía también mucha memoria. Recordaba poesías enteras de Horacio, en latín. Sabía de memoria las Sátiras de



Juvenal y me traducían trozos que a mí me dejaban estupefacto.

Yo le decía:

—Veo, amigo Pajarín, que en vicios nosotros no somos más que unos niños de teta ante esos romanos antiguos.

—Y en virtudes, lo mismo —replicaba él.

Al padre Atanasio le habían pasado cosas muy raras en la vida.

Hay, evidentemente, como un clima especial para los aventureros que dura una determinada época. Pasada esa época ya no se dan.

El padre no poseía, al parecer, condiciones externas de aventurero; pero las tenía sin duda internas y había andado por el mundo danzando en situaciones muy raras no sólo sin buscarlas, sino huyendo de ellas.

Me contó muchas historias estrambóticas. Una de las que recuerdo y que me sorprendió fue ésta, ocurrida en México: El exclaustro vivió en un pueblo de Texas varios años. La dueña de la casa en que habitaba era una mujer llegada de un poblado de las orillas del Orinoco en Venezuela.

En la casa habían muerto varias personas paralíticas. Una vez que la dueña, la venezolana, cayó enferma, con delirio y fiebre, el ex fraile, que sabía algo de medicina, fue a verla. La examinó, le tomó el pulso, vio que tenía mucha calentura y dijo a la criada, que era una india:

—Al ama le convendría ahora tomar quinina.

—Ahí, en ese armario, tiene mi ama un botiquín con algunos remedios —contestó la india—. Ahí está la llave del armario.

El padre Atanasio abrió el armario y encontró el botiquín con algunos ungüentos y vendas; luego registró mejor el estante y en un rincón muy oculto vio un botecito de tierra cocida, con un papel amarillento, pegado, y un letrero que decía: «Urari».

El padre Atanasio Pajarín sabía que Urari es el nombre que dan algunos indios al curare. Inmediatamente le vino a la imaginación las personas muertas en la casa de parálisis. Espantado, cogió sus bártulos y no paró hasta Nueva Orleans.

## LA NOCHE DE PARÍS EN LA CALLE

Con aquel exclaustro que llevaba mucho tiempo en París, y que lo conocía muy bien, comencé yo a salir de noche y a tomar el aire.

No era fácil que por aquellos rincones, en donde no había apenas extranjeros, los agentes de la policía política me conocieran y me detuvieran.

El barrio donde yo vivía era sórdido, un ovillo de callejuelas sucias y negras, pobladas por gente pobre y maleante. Entre esta población siniestra abundaban los bohemios. Había cafetines y tabernas en donde se cantaba y se recitaban poesías. En este tiempo, Beranger, Lamartine y Víctor Hugo eran los poetas preferidos.

La calle de la Harpe y la plaza Maubert constituían nuestros puntos centrales. La calle de la Harpe era muy típica, muy clásica, con sus casas negras ahumadas, sus tiendas con cobertizo de tejas o de cinc, sus hoteles antiguos, con fachadas ornamentadas; sus edificios, unos apoyados en otros, como baldados, como paralíticos; sus enseñas chirriantes al viento, sus jardines sombríos y sus paredes con enredaderas.

Estas calles góticas parecían de viejas ciudades alemanas medievales; se oían por las noches gritos, riñas y cánticos de los estudiantes turbulentos y alborotadores.

La plaza Maubert era el centro del barrio, en cuyas tabernas se reunía la escoria de París: traperos, mendigos, ladrones y criminales de todas clases.

Había también en esta plaza casas de comida, en las que se asaban a la vista del público patos, capones y corderos y donde grupos de aire estúpido y hambriento miraban fascinados los manjares.

En las tabernas y cafetines estallaban, reyertas y alborotos entre la gente maleante, que obligaban

a la policía a intervenir con frecuencia.

El padre Atanasio y yo no frecuentábamos aquellos tugurios: nos dedicábamos a pasear y a tomar el aire. Unas veces íbamos hasta el campo de Marte y volvíamos por la orilla del río; otras cruzábamos la isla de la Cité y tomábamos por la calle del Temple, la de San Martín o la de San Dionisio.

Este barrio de los mercados, entre el Sena y los bulevares, era como un pólipo de callejuelas enrevesadas e inmundas. En aquellos rincones todo lo malo parecía posible.

Veíamos, al pasar, tabernas con el mostrador de cinc, y un hombre grueso, con las mangas remangadas, ante un público de cargadores. Cruzábamos por delante de casas de comidas llenas de obreros, por entradas de prostíbulos iluminadas con luces de colores, cervecerías, cafetines, fumadores, billares y cabarets con mujeres rubias y morenas de aire desvergonzado y atrevido.

Al padre Atanasio le gustaba leer los rótulos de estos establecimientos: El Cisne, El Conejo blanco, El Cerdo fiel, El Perro que fuma, La Bella alsaciana, La Espada de madera...

—¡Qué mal gusto! —solía decir.

Para el padre Pajarín sólo lo romano era depurado y selecto.

Algunas tabernas tenían cortinas negras y otras los cristales empañados con yeso o con greda, para que no se viera desde fuera el interior.

Cuando avanzaba la noche, pasaban carros llenos de hortalizas por las calles próximas a los mercados. Con las coles, las remolachas y las zanahorias se formaban verdaderas barricadas. Los cargadores entraban a beber en las tabernas. El cuadro era el de la vida misteriosa y siniestra del subsuelo de la gran ciudad.

El espectáculo no era muy alegre. Se veía gente dormida en los escalones de las puertas, borrachos que cantaban, mujeres del arroyo que se insultaban, viejos desastrados y viejas gordas que pasaban en chanclas con una botella en la mano.

Al mismo tiempo, los noctámbulos, pálidos y elegantes, salían de algún restaurante en compañía de mujeres envueltas en gasas y en pieles y tomaban el coche que les esperaba.

Otras veces marchábamos Pajarín y yo hacia Montrouge, al caer de la tarde, por la calle Saint-Jacques o por la d'Enfer. Costeábamos el jardín del Luxemburgo y nos acercábamos a las afueras.

Contemplábamos las fábricas, los talleres, los restaurantes de obreros; veíamos barracones y solitarias chimeneas que arrojaban columnas espesas de humo negro.

Solíamos llegar más allá de las fortificaciones. Aquel aire desolado de las afueras le gustaba al padre Atanasio. A mí me daba todo ello una impresión de lugar peligroso con sus corrales, sus merenderos, sus casuchas construidas con planchas, las parejas de amantes, las bandadas de chiquillos vagabundos y las siluetas de hombres desastrados y siniestros que esperaban la caída de la tarde para cometer alguna terrible fechoría.

Al volver, oíamos las canciones de los callejeros y la música de los organillos llevados en un carrito, que desgranaban en el aire sus notas débiles y románticas.

Había charlatanes de la calle y cantores populares; algunos llevaban como instrumento musical una caña con dos cuerdas extendidas encima de una calabaza y un arco hecho con un palo de escoba. También solíamos escucharles.

No podría uno decir qué era más melancólico, si las afueras o los lugares próximos a mi casa. Estos eran tristes, aunque de otra clase de tristeza.

Las paredes grises y húmedas del hospital del Hôtel-Dieu, que daban sobre el Sena, con sus ventanas enrejadas, que dejaban ver una cara pálida con un gorro blanco en la cabeza, me ensombrecían el espíritu.

Las dos islas, la de la Ciudad y la de San Luis, no eran tampoco nada alegres. En el muelle de los Orfebres desembocaba la calle de Jerusalén, por la cual tenía yo cierta curiosidad, al pensar que en la prefectura de Policía había quizá alguien que podía desear mi prisión. En el número 5 de esta calle había vivido, según el padre Atanasio, un canónigo que escribió la Sátira Menipea contra los españoles.

Pasábamos a veces por la Morgue, que entonces no estaba detrás de Nuestra Señora, sino delante, en el muelle del Mercado Nuevo.

Según el padre Atanasio, era conveniente entrar en el depósito de cadáveres de cuando en cuando por si había algún muerto conocido.

—¿Tantos conocidos tiene usted en París? —le preguntaba yo.

—No; pero puede ser uno de los pocos conocidos.

También íbamos al Jardín de Plantas y a las proximidades del hospital de la Salpêtrière.

Allí se veían viejos derrotados, viejas arrugadas con sus mantones, sus cofias, su bastón o su paraguas, y un aire suspicaz.

El tipo parisiense del pueblo me daba una impresión triste. Me figuraba que aquella gente no se movía más que por apetitos brutales, por ansia de ganar sobre todo. La avaricia y la gula parecían sus pasiones predominantes. Creía advertir en ellos la indiferencia absoluta de unos para otros. Esto, evidentemente, lo da la gran ciudad.

Siempre me ha parecido un error considerar a París como un pueblo latino. No lo es más que por su cultura; por su raza, no. Cierto que yo no sé si hay o no raza latina.

En los pueblos de España y del Mediodía de Francia se ven holgazanes que tienen un cierto aire de filósofos contemplativos. En París, no; todo el mundo va a algo, y esa dirección unilateral les hace caricaturescos, porque la especialización es un poco caricatura.

Yo le mostraba al padre Atanasio caras de buey, de cerdo, de perro y de rata. La expresión de roedor la encontraba con frecuencia en las viejas. Las jóvenes me recordaban más a los patos y a los caballos.

El padre Pajarín contestaba a mis observaciones diciendo:

—Es la falta de religión y de espiritualidad la que produce estos tipos.

Yo sospechaba que el buen exclaustro llamaba falta de espiritualidad a no cumplir con la iglesia y, sobre todo, a no pagar a los curas y frailes.

A la vuelta de nuestras excursiones el padre Atanasio me llevaba a una taberna de la calle Galande, El Buen Rincón, en donde solíamos tomar un ponche caliente.

La verdad es que estas grandes ciudades como París serán magníficas para los ricos y para los franceses que van a trabajar y a ver de enriquecerse, pero para los extranjeros pobres son pueblos aburridos y crueles. Vivir en París es condenarse a ver siempre la parte baja de las cosas, a chapotear en el fango sucio de la calle, a sufrir la lluvia eterna y monótona, a ver el coche elegante que pasa y la entrada de los teatros y de los palacios.

Ese París famélico y patibulario, fangoso y húmedo, no es precisamente un lugar de vida muy agradable.

Cuando creí que había demostrado a mis perseguidores y enemigos que si quería esconderme y desaparecer tenía medios para hacerlo, me decidí a presentarme en la embajada de España. No estaba el marqués de Miraflores. Me recibió el secretario, le dije mi nombre y me miró con un aire de estupefacción bastante cómico.

—¿Pero de dónde sale usted? —me preguntó. —He estado enfermo en un hotel lejano.

El secretario me dijo que la policía seguía mis pasos y que me convenía marcharme a Tolosa lo más pronto posible.

El gobierno francés y la embajada española habían movilizad sus sabuesos de la policía política para seguir mis huellas. Supe después que Cea Bermúdez había pedido de nuevo que me expulsaran de París y que los agentes que trabajaban a mis órdenes intentaban darme la zancadilla.

Me despedí de Capet y del padre Atanasio Pajarín, y me dispuse a volver a Tolosa.

## TERCERA PARTE

### MAQUINACIONES

#### I

#### UN AGENTE TRISTE

A media tarde apareció García Orejón en la taberna del Compás de Oro, en compañía de Otharre. Era un hombre alto, grueso, fornido, de unos cuarenta años. Había sido picador de caballos; tenía la cara curtida, amarillenta y marcada por las viruelas. Usaba bigote largo, negro y caído. Era un poco calvo, tenía los ojos brillantes, la mirada oscura de través y los labios gruesos.

*(El amor, el dandysmo y la intriga.)*

Fui también a despedirme del barón de Colins.

—Me llaman a Tolosa —le dije—. No sé si podré volver a París.

—Esté usted tranquilo —me contestó él—. Si aquí se sabe algo de la conjura de los franciscanos, se lo comunicaré a usted al instante.

Le di las gracias y salí inmediatamente de París, en la silla de postas. De regreso a Toulouse escribí a don Pío Pita Pizarro comunicándole mis descubrimientos acerca de la conjura del infante don Francisco y doña Luisa Carlota y sus relaciones con los esparteristas.

«Mis datos son seguros, comprobados, le decía, hay que maniobrar con presteza para evitar que tengan éxito las intrigas de los infantes. Sujete usted a la señora (la reina). No le permita usted hacer tonterías por amor propio o por soberbia. Sobre todo, que no se vaya. Ponga usted en guardia a M. (Muñoz). Aunque sea un gznápiro, ella le atenderá quizá más que a nadie.»

#### GARCÍA OREJÓN

El agente de Bayona, García Orejón, me mandó un aviso misterioso como todos los suyos. Me escribieron al mismo tiempo que no me fiara de él. Según mi comunicante anónimo, García Orejón, de procedencia carlista, trabajaba en Bayona con los partidarios de Espartero a las órdenes del cónsul Gamboa. Como había traicionado a los carlistas, me traicionaba a mí. No lo creía del todo, porque Orejón tenía simpatía por mi manera de ser. Aun estando los dos en campo enemigo me hubiera favorecido.

Orejón me escribió:

«Los conspiradores de esta ciudad se agitan mucho y constantemente llegan tipos sospechosos de España, pasan unas horas y vuelven a partir con dirección a la frontera. Un intrigante francés,

Marcelino Lamarque, ha marchado a Madrid a hacer propaganda franciscana acompañado de dos personas. Ha estado en la fonda de Genyes, donde ha sido abordado por un amigo mío; pero no ha dicho nada de particular.»

Orejón me proponía una entrevista en Pau, o en Bagnères de Bigorre, para hablar conmigo; no se atrevía a dar detalles por escrito.

Le di la cita para el 4 de junio en Bagnères. Yo tenía tiempo y pensaba en el intervalo tomar las aguas termales de Luchón. Después de pasar una corta temporada en este balneario, me trasladé a Bigorre, donde se presentó puntual a la cita, como siempre, García Orejón. Hablamos de España. Se tramaba, según él, una conspiración entre carlista, franciscana y progresista. El foco principal de la trama, por entonces, estaba en París. No había podido desentrañar por completo la intriga. Las notabilidades carlistas a quien él conocía no estaban en el secreto. Los que se hallaban metidos en el asunto eran tipos desacreditados y sin prestigio en el carlismo.

El cónsul Gamboa, mezclado en aquellas maniobras, se mostraba alegre y satisfecho y tenía largas visitas de comisionados de España y de Francia. En la conjura hacían, evidentemente, de cabezas algunos liberales revolucionarios y masones.

### LOS CELOS DE MARÍA CRISTINA

Según ellos, y no se recataban en decirlo a voz en grito, María Cristina se quería marchar de España no por causas políticas, sino por celos. Muñoz estaba enamorado de una bailarina, y la reina madre quería alejar a su marido de la figuranta. Los carlistas se manifestaban regocijados con el desprestigio de la reina, a la que llamaban la señora de Muñoz. Los liberales comenzaban a apodararla la Felipona, porque pensaban que seguía demasiado fielmente los consejos de Luis Felipe.

Si Espartero era capaz de echar a María Cristina fuera de España, sería más fácil, en un país sin rey, la acción de los tradicionalistas, y si Cabrera lograba sostenerse en Aragón, pensaban dar nuevos vuelos a la guerra.

Los partidarios de Espartero y los exaltados suponían posible el gobernar sin la reina. Así se podía llegar a una especie de república, o a una monarquía sin rey.

Después de estas explicaciones, Orejón se marchó.

### NUEVAS VERSIONES

Los planes que Orejón prestaba a los partidarios de Espartero, de implantar una monarquía sin rey, a mí me parecían ilusorios. De llegar a realizarlos en parte, todos nuestros trabajos de liberales se iban a echar a perder.

Varias veces hice una declaración sincera. Jamás conspiré contra Espartero ni contra sus tropas, cuando él se limitó a ser general. Cuando aspiró a la dictadura, luché como pude contra su influencia.

Espartero era un progresista improvisado. Todavía en julio de 1839 decía que deploraba la perniciosa licencia, el desenfreno de la miserable pandilla que, escudada en la libertad, desgarrar y escarnece hasta lo más sagrado con sus furibundos ataques, empozoñadas máximas y anárquicas contestaciones. Esa despreciable fracción de hombres inmorales —añadía refiriéndose a los progresistas—, proclamándose defensores del pueblo, todo lo atropella por llegar a sus reprobados fines.

Pocos meses después, él era el jefe de la pandilla. Gamboa fue quien decidió a Espartero a colocarse a la cabeza de los progresistas, por inspiración de Olózaga; él conferenció con el general en Urdax, cuando el Pretendiente abandonó el suelo de España en 1839.

Gamboa llevaba plenos poderes de la masonería y del partido progresista e instrucciones de

Mendizábal y de Olózaga.

Mi amigo Iturri, el posadero de Bayona, condujo a Gamboa hasta Urdax en su coche; se enteró, no se cómo, de su conversación con Espartero y me la contó a mí en seguida.

Al saberlo, envié inmediatamente un parte a María Cristina por el consulado inglés de Bayona. Le refería el hecho y le ponía en guardia sobre las consecuencias posibles de aquel acto.

La mujer de Espartero averiguó que yo había enviado el aviso a la reina; se lo comunicó a su marido, y éste cobró mayor odio por mí.

Anteriormente, cuando se escribió al campamento del Mas de las Matas para desacreditarme, procedía de Manuel Salvador, entonces a sueldo de la embajada de París. En 1839, Salvador me delató, pensando beneficiar a los carlistas, y Espartero mandó prenderme en Zaragoza. Yo, como iba enviado por el gobierno, llevaba mis credenciales y el ministro las confirmó en un oficio dirigido al general, en su campamento. Espartero, aunque a regañadientes, mandó ponerme en libertad.

#### NOTAS DEL BARÓN DE COLINS

Al mes de volver a Toulouse, el barón de Colins me mandó desde París unas cuartillas sin firma: Le envió a usted estas noticias por si le pueden interesar —me decía.

Se sabe que Parcent tiene una declaración, al parecer auténtica, escrita por María Cristina, en italiano, que dice así:

«Yo, Cristina de Borbón, declaro que la voluntad de mi amado esposo Fernando VII era, como es la mía, que mis dos hijas se casen con los dos hijos mayores de mi hermana Carlota, cuyos enlaces espero sean aprobados por las Cortes, pues ambos príncipes son españoles, y aquel día será el más feliz de mi vida.

El Pardo, enero, 1836.»

Después Cristina escribió a Carlota:

«Mis únicas ambiciones son cumplir la última voluntad de Fernando de ver a tus hijos unidos con los míos.»

Últimamente, Luisa Carlota, en junio de este año, ha escrito a su hermana Cristina una carta en italiano en la que le dice que ha trabajado por el matrimonio de su hijo Francisco con Isabel siguiendo sus deseos y *la volontà del re Ferdinando*.

Cristina parece dijo a Miraflores que la carta suya, firmada en el Pardo, era falsa, aunque sí escribió a petición de su hermana Carlota algo parecido; pero eso no.

Se ve que las dos hermanas no tienen inconveniente ninguno en intrigar y en mentir.

A últimos de este mes se ha hablado de la boda de la reina Isabel con un príncipe de la casa de Coburgo. Los infantes han puesto todos sus medios para que no se efectúe ni se la considere posible y ha mandado imprimir una proclama.

Se asegura que don Francisco de Paula publicará otra pidiendo la tutela de sus sobrinos. Ha ido a Madrid don Roque Vallabriga, allegado de don Joaquín María Ferrer, gentilhombre del infante, con ese objeto.

La policía ha sorprendido la correspondencia entre Parcent y Valdés que ha entregado a Miraflores.

La policía ha registrado la casa de Valdés y ha encontrado una proclama y un libramiento contra don Fermín Tastet, a favor de Valdés, de ciento veinticinco mil francos.

Miraflores al saberlo ha decidido presentarse en casa de los infantes y tomarles declaración. No

deja de ser audaz la idea. Ha ido con sus testigos a instruir el proceso.

Luisa Carlota parece que se puso furiosa con la presencia de Miraflores; insultó y blasfemó en italiano y en español hasta que se calmó.

El interrogatorio hecho a don Francisco por el marqués de Miraflores, el 11 de junio, comprende estos puntos.

Primero. ¿Si había llegado a sus manos una exposición de un sujeto llamado don Manuel Valdés Alguer? Contestó que sí.

Segundo. ¿Si había autorizado a su mayordomo, conde de Parcent, para contestar a Valdés y ofrecer recompensas? Que autorizó para dar las gracias a Valdés por sus ofrecimientos.

Tercero. ¿Si había autorizado para entregar a Valdés ciento veinticinco mil francos de casa de Tastet para hacer una campaña política? Contestó que sí; pero siempre que se emplearan medios legítimos con exclusión de cualquier hecho subversivo o revolucionario.

Cuarto. ¿Si tenía noticia de una proclama impresa que encontraron en poder de Valdés encaminada a procurar el enlace del primogénito de la casa con Isabel y a rechazar otro? El infante dijo que no. Miraflores ha enviado otras declaraciones a Madrid, donde, se asegura, ha parecido mejor echar tierra al asunto.

Poco después me confirmaron las noticias del barón de Colins.

## EL VIAJE DE MARÍA CRISTINA

Estando en Luchón recibí una carta de Pita Pizarro. Me decía lacónicamente: «La corte ha salido de Madrid para Barcelona.» No explicaba claramente el objeto del viaje. Yo pensé si la marcha estaría fraguada por la conjura parisiense y si la reina habría caído torpemente en el lazo tendido por sus enemigos.

Como había escrito ya varias cartas al ministro llamándole la atención sobre los peligros del viaje, y no tenía respuesta, no me pareció prudente escribir de nuevo a Pita Pizarro. Temía perder su apoyo y quedarme en el extranjero sin defensa.

Al final de junio emprendió María Cristina con sus hijas y Muñoz el viaje para Barcelona. Yo volví de Luchón a Tolosa. Seguía desde lejos la pista de los planes y maniobras de los franciscanos de París, y de los carlistas y esparteristas; todos dirigidos contra la reina.

Las comunicaciones enviadas por mí por entonces las conocí, sin duda, Espartero. Este no podía creer que hubiese nadie, y menos un liberal de corazón, que intentara defender el trono de María Cristina. Tal audacia debía de proceder de un enemigo personal suyo y de un furibundo reaccionario. El hombre era hueco y vano.

En aquella conjura andaban mezclados, como he dicho, carlistas, o por lo menos ex carlistas con moderados, exaltados y masones.

Yo me encontraba inquieto. Temía que por la ambición de Espartero y de la infanta Luisa Carlota, complicada con los manejos de los carlistas, se acabase con las ventajas logradas por el esfuerzo liberal del país. Pensaba que podíamos caer de nuevo en el absolutismo.

Si Espartero lanzaba a Cristina del trono, sería muy difícil que él se sostuviera largo tiempo en el gobierno atacado por carlistas y moderados, y lógicamente vendría una reacción fuerte.

## II

### LA CASA DE ESPERAMONS

Las señoras de Esperamons, madre e hija, me recibieron muy amablemente. La madre era una señora gruesa, que había vivido en mejor posición y se lamentaba de su suerte. La hija, Josefina, era rubia, gordita, sonriente, de ojos azules, de poca estatura, peinada con rizos y sortijillas y muy apetitosa.

*(El amor, el dandysmo y la intriga.)*

A final de junio fui a visitar a la familia de Esperamons. Me habían dicho que la abuela de Josefina estaba en la casa muy enferma. Al parecer, no lo estaba tanto. Esta señora, que era muy vieja, se encontraba en plena chochez. Había vivido durante mucho tiempo con una antigua amiga de cierta posición, y al morirse ésta, tuvo que recurrir por necesidad a ir a vivir con su hija.

El cuadro que presentaba la casa era muy triste. En una habitación desnuda, grande y desmantelada, la abuela tendida en un sofá, al lado de la ventana, entre almohadones, divagaba.

Josefina y su madre trabajaban haciendo labores de punto que vendían en las tiendas.

El primer día que vi a la abuela, al entrar en el cuarto, pregunté por ella y me dijeron que estaba igual. Josefina y su madre eran las que andaban con dificultades; no podían vender algunas fincas hipotecadas que les quedaban, y los acreedores pedían y apremiaban.

Con nuestra conversación, la vieja comenzó a desvariar. Me acerqué un poco a ella; vestía capa gris y una cofia de encaje y hablaba con una volubilidad extraña. Parecía no darse cuenta de nada. A mí me tomó por un obispo y quería besarme el anillo. Tenía la nariz corva, los ojos negros y brillantes; la boca sin dientes, sumida y pequeña; la piel de la cara llena de arrugas y las manos deformadas por el reumatismo o por la gota.

La vieja comenzó a hablar de la grandeza de su familia, de los Orbessan, emparentados con la aristocracia del país, y explicó cómo eran sus palacios y sus castillos.

Su nieta Josefina y su hija doña María Luisa la escuchaban con tristeza, mientras trabajaban en su labor.

—¿Pero por qué no traéis dinero de mis palacios? —preguntó la vieja amablemente, agitándose con unos movimientos de pájaro—. Allí tenéis todo lo que queráis, todo está a vuestra disposición; podéis traer también los coches y los caballos para dar paseos. A Josefina le vendrá bien una carroza de cuatro caballos con dos lacayos y un cochero. Así iba monseñor el conde de Artois; así iba también madama la princesa de Lamballe.

La vieja sonreía y hacía reverencias cortesananas al pronunciar estos títulos aristocráticos.

—A mí estas cosas me ponen la carne de gallina —dijo doña María Luisa con un aire de tristeza y de mal humor.

—¡Gallina!, ¡cosa muy rica!, ¡muy buena! —replicó la abuela, que había cogido la última palabra pronunciada por su hija. Tenía la anciana un oído raro y arbitrario. A veces oía y a veces no.

—¿Porqué no traéis más gallinas? —siguió diciendo—. En nuestras granjas hay gallinas de sobra. Se puede alimentar con ellas un regimiento.

—Ahora las gallinas tienen una enfermedad —agregó Josefina, por decir algo.



—¿Enfermedad? Pues llámale al médico; vendrá en seguida si le llamáis en mi nombre. Los mejores médicos de la corte los tendréis aquí, los de Luis XVI y los de Luis XVIII y de Carlos X.

—Pero para las enfermedades de los animales no se llama a los médicos, abuela —replicó Josefina.

—¿A quién se llama?

—A los veterinarios.

—¡Ah, sí, los veterinarios! ¡Qué oficio más poco distinguido! Cuidan de las vacas y de los cerdos. En nuestra finca de Orbessan hay vacas, cerdos y gallinas, y corderos, cientos, miles, cientos de miles.

—Bueno, no le digas nada —aconsejó doña María Luisa a Josefina—. Parece que se excita con la conversación.

—Tenemos más posesiones que nadie —siguió diciendo la vieja dirigiéndose al techo—. Las tierras y los montes, los ríos y el mar, todo es nuestro, de los Orbessan.

La abuela siguió hablando con su extraña divagación megalomaniaca, hasta que se cansó y pareció quedar aletargada.

Dijo luego que sentía mucho frío y preguntó por qué no traían leña.

Después se presentó una criada vieja, que al parecer se sacrificaba por la casa, una pobre mujer viuda que no cobraba su salario y que hasta había prestado parte de sus ahorros a la madre de Josefina.

La anciana enferma, al parecer, la odiaba y creía que las estaba explotando. Cuando salió la criada, la abuela empezó a murmurar:

—Yo sé a qué viene esa. ¡Esa endemoniada!

—¿A qué va a venir? —replicó Josefina—. ¡Pobre!

—¡Pobre, sí! Como que no se ha llevado de aquí pocas cosas. Yo sé cuánto se ha llevado y a dónde ha ido a parar todo: sábanas, ropas, cubiertos... Porque esa mujer es muy mala, es una endemoniada.

—Bueno, bueno, no hablemos.

### III

#### APARTAMIENTO Y MELANCOLÍA

Volví a Bayona, pensando que la suerte me volvía la espalda. Estaba desesperado y desilusionado. No tenía tampoco un amigo a quien contar mis penas.

*(El amor, el dandysmo y la intriga.)*

Unas semanas después pasé por Bayona y fui a ver a García Orejón. El ex picador no tenía nuevos datos. Se me ocurrió visitar al cónsul Gamboa e intentar sonsacarle algunas noticias. Estaba de buen humor y charlamos.

—¿Qué hace usted? —me dijo.

—Estoy tomando baños— le contesté.

—¿Ahora permanece usted tranquilo?

—Sí, a la fuerza. ¿Y qué hay de la política?

—Las circunstancias actuales son muy difíciles. En este momento se lucha como nunca por la preponderancia militar contra la autoridad civil.

—Entonces —le indiqué yo— los liberales auténticos lucharemos por la autoridad civil.

—No, ahora no puede ser.

—Yo creo que eso puede ser siempre.

—Hay que esperar.

—Y su amigo, don José María Calatrava y los masones de su cuerda, ¿siguen en su enemistad contra mí?

—Tiene usted mala nota. A Calatrava le han asegurado que en San Sebastián y en la frontera hay un ambiente hostil contra usted.

—Yo no lo he notado.

—Pues lo hay. A Espartero le han dicho que usted ha sido el promovedor oculto de todos los disturbios provocados por el partido progresista y el iniciador de los movimientos revolucionarios de Málaga y de Cádiz y de la sublevación militar de Hernani.

—Esto último no es cierto.

—Sea todo verdad o no, lo que le conviene a usted por ahora es estarse quieto.

Me pareció verdaderamente estrambótico que me reprocharan a mí el ser un agente de los progresistas, cuando ellos, por aquella época, estaban ingresando en el progresismo. Para los santones de la masonería el progresismo era vergonzoso, si ellos no se encontraban dentro; pero si entraban en el partido, éste se sublimaba y se convertía en algo puro y magnífico.

De la charla con Gamboa saqué en consecuencia que el cónsul de Bayona era un elemento importante en la conjuración carlo-franciscano-esparterista. Esta iba cambiando de carácter y haciéndose cada vez más esparterista.

Orejón me había asegurado que Gamboa, con Lasala y Collado y con agentes del partido progresista, entre ellos Calatrava y Mendizábal, seguían haciendo operaciones de Bolsa y contrabando, y que todos los de su cuadrilla esperaban realizar grandes negocios si Espartero entraba en el poder.

Me despedí de Gamboa y anduve por las calles de Bayona. El día estaba triste; el agua del Aldour, turbia y de color de barro; las gotas de lluvia saltaban y parecían hervir en la superficie del río, y el viento formaba pequeñas olas en el agua.

### MELANCOLÍA

Seguía yo con atención por entonces lo que ocurría en París, porque allí se estaba incubando la ruina de María Cristina.

A final de julio, el marqués de Miraflores presentó la dimisión de su cargo de embajador de España. No se marchó de Francia y se fue a vivir al mismo barrio aristocrático parisiense donde se estableció meses después María Cristina, a la calle de Matignon.

Por este tiempo me preguntaron desde la embajada española de París lo que pensaba acerca de la actitud que debía tomar el partido liberal con relación a la reina y a Espartero. Me hice el sueco. Contestar a estas preguntas me parecía muy comprometido.

Los amigos del infante don Francisco y de Espartero, si se unían, harían la guerra a los liberales de los otros bandos. Yo me decidí a callar y a esperar mejores épocas.

Me iba dejando llevar por la desgana y por la melancolía. En esto debía de influir mi afección reumática. No mejoraba con los baños. Ya el optimismo y las esperanzas iban desapareciendo en mí, y lo veía todo muy negro.

## IV

### DE BAISSAC EL ELEGANTE

Hombre, yo ya sabe usted que creo que la fortuna es *donna* y que hay que violentarla. Muchas veces, un loco o un iluso van mucho más lejos que el primero de los maquiavélicos.

(*La Isabelina.*)

Varias veces pensé en encontrar un expediente para seguir mi investigación en París acerca de las intrigas de los franciscanos. El barón de Colins no podía ocuparse más que pasajeramente de un asunto de esta clase.

En Bayona había un dandy de provincia, joven literato francés, amigo mío, mozo de muchas esperanzas, redactor principal del periódico *El Centinela de los Pirineos*. Se llamaba René de Baissac, él firmaba con frecuencia de Baissac y quizá, por eufonía, mucha gente prefería darle este nombre.

El joven era liberal y masón. A mí me había hecho algunos servicios. Me tradujo al francés las cartas del Pretendiente a su ministro Marcó del Pont, a la señora Maturana y a Maroto, cuando eche a volar el Simancas.

De Baissac era amigo mío y simpatizaba con mi acción. Cuando fui a Bayona, en diciembre de 1838, comisionado por el gobierno, apareció en *El Centinela de los Pirineos*, el 5 de enero de 1839, un artículo notable por las noticias exactas acerca de los proyectos del ministro de Hacienda de Madrid, anunciando mi salida de la corte como enviado por Pita Pizarro y Alaix, para trabajar contra los carlistas. Se me llamaba en el artículo «alma de intrigas subterráneas y tenebrosas» y se me suponía autor de las conmociones políticas fraguadas en la península en los cinco años anteriores.

Envié yo al ministro Pita Pizarro el número de *El Centinela* del 5 de enero, con el artículo, diciéndole en una nota al margen:

«Alguien muy allegado a usted ha escrito esto.»

Pita Pizarro se alarmó. El autor de aquella carta y de otros trabajos sobre política española, publicados en el mismo periódico, estaba tan perfectamente enterado de los proyectos ministeriales, que necesariamente el corresponsal debía de ser uno de los empleados de su departamento y de los más próximos al ministro.

Pita Pizarro me envió una nota diciéndome: «A toda costa es necesario averiguar el nombre del redactor de *El Centinela de los Pirineos* que escribe desde Madrid.»

No necesité hacer grandes esfuerzos ni gasto alguno para enterarme. Hablé con René de Baissac, quien me enseñó los originales del corresponsal. Este era un señor llamado don Juan Bosque, oficial primero del ministerio de Hacienda y uno de los protegidos de Pita Pizarro. Me dijeron que se llamaba Bosch, aunque firmaba Bosque. Por su corresponsalía de *El Centinela de los Pirineos* le pagaban quinientos francos mensuales y había sido elegido y recomendado por el cónsul Gamboa.

*El Centinela de los Pirineos* era periódico radical y seguía, con relación a la política española, las inspiraciones de Gamboa, que le subvencionaba con dinero del consulado.

Así el cuco del cónsul tenía un agente gratis. Por si el ministro dudaba de que Bosque fuera el

autor de los artículos, le escribí diciéndole: «Podría enviarle la prueba remitiéndole los originales firmados por Bosque; pero haciéndolo comprometería inútilmente ante el propietario del periódico al redactor jefe y amigo mío, René de Baissac. Este asunto —añadía— me parece delicado para usted como ministro. Debe usted obrar con cautela, alejar al confidente traidor de las oficinas e irle apartando de su lado poco a poco.»

Pita Pizarro siguió mi consejo. Como Bosque se vio con el filón agotado, le fue imposible comunicar noticias importantes al *Centinela de los Pirineos* y al mes le despidieron del periódico, dejando, naturalmente, de pagarle el sueldo.

Bosch o Bosque fue, andando el tiempo, director o subdirector de la fábrica de tabacos de Madrid, y ocupó otros destinos importantes. ¡Cosas de España! Debió de morir hacia 1863.

René de Baissac vivía agobiado con una pequeña tragedia. Estaba enredado con una mujer casada de Bayona y empezaba a encontrarse harto de estos amores, que tenían para él todos los inconvenientes del matrimonio y ninguna de sus ventajas.

De Baissac pensaba con fruición en la posibilidad de la independencia y de la ruptura; pero veía que, permaneciendo en Bayona, el libertarse de su yugo era muy difícil. Había intentado preparar el terreno para trasladarse a París escribiendo crónicas acerca de la guerra civil española en algunos periódicos de la capital; pero sus artículos no habían llamado la atención.

Las relaciones con René de Baissac fueron para mí de cierta utilidad. De Baissac, como he dicho, estaba anhelando soltar la amarra de Bayona e irse a vivir a otra parte.

Yo había pensado en emplearle y le escribí preguntándole si podría presentarse en Bagnères de Luchón a hablar conmigo. Le pagaría el viaje y los gastos. A los cuatro días apareció el periodista en el balneario. Comimos juntos.

—Amigo de Baissac —le dije a los postres—. Si está usted libre en estas circunstancias, le necesitaría a usted.

—Me encuentro completamente libre.

—¿Sigue usted con su deseo de marcharse de Bayona?

—Más que nunca.

—Entonces le explicaré a usted el asunto.

—Hable usted, estoy dispuesto a meterme de cabeza en cualquier intriga.

## PROPOSICIÓN

—Usted sabe que yo soy agente del gobierno español y que trabajo y he trabajado siempre por la libertad. Desde aquí me enteré de que el infante don Francisco de Paula y su mujer preparaban una intriga contra la reina María Cristina. Fui a París con la idea de descubrir el enredo, y pude comprobar que existía una conjura de amigos de los infantes y de partidarios de Espartero. Se trata de destronar a la reina madre. La conjura va adelante y la reina está en Barcelona.

—¿Y qué, quiere usted que yo haga?

—Yo quisiera que usted se trasladara a París, si le es posible. A mí el gobierno francés me considera sospechoso y no me permite estar allí.

De Baissac dijo:

—Para mí, el ir a establecerme a París es uno de mis mayores deseos. Por otra parte, estoy dispuesto a servir a usted y a trabajar por la reina y por la libertad española; pero me es materialmente imposible hacerlo en seguida. He pedido una pequeña licencia al señor Lamaignère, propietario de *El Centinela de los Pirineos*, para venir aquí. Para ausentarme definitivamente tendría que indicarle que buscara redactor en jefe de su confianza y esperar hasta que éste se enterase bien de la marcha del periódico.

—¿Cuánto tiempo cree usted indispensable para esto?

—Unos ocho días.

—Muy bien; quizá haya tiempo, pero si puede usted convertir los ocho días en cuatro, será mejor.

—Lo veré. De todas maneras, cuando termine mis asuntos vendré inmediatamente aquí a recibir sus órdenes.

—Yo estaré en el balneario todavía seis días; después iré a Tolosa.

Al terminar la comida me saludó un agente de policía, a quien conocía por verle con Lenormand. Hablamos.

—¿Sabe usted que la bella Fanny está en Bagnères de Bigorre hace una semana? —me dijo.

—No, no lo sabía.

—Sí; está con una amiga suya, bailarina española.

Al conocer la noticia, invité a René de Baissac a marchar conmigo en un coche que salía a aquella hora para Bagnères de Bigorre. Fuimos en la baca de la diligencia por Arreau y Campan. Hacía un día magnífico.

Llegamos a Bigorre. La bella Fanny me recibió con grandes manifestaciones de amistad. Saludé a su amiga la Perlita y les presenté a las dos a de Baissac.

Hablamos largo rato y le dije a Fanny:

—Mi amigo de Baissac es un periodista de talento que va dentro de poco a París. ¿Podría usted darle una carta de recomendación para el barón de Colins y otra para Valdés?

—Con mucho gusto —contestó ella—; pero como soy un poco torpe para estas cosas, sería mejor que ustedes me escribiesen el borrador.

El mismo de Baissac lo hizo recomendándose como literato y como periodista, para ver si podían colocarle en algún periódico de París.

La Perlita le dio también una tarjeta para el director de escena del teatro de la Opera. De Baissac recogió las cartas y la tarjeta y tomó al instante la diligencia para Bayona.

## FANNY Y LA PERLITA

Me invitaron a quedarme en el balneario y cené con Fanny y la Perlita. Fanny me dijo que esperaba al conde de Parcent de un momento a otro, para marchar a Aguas Buenas; pero si el conde no llegaba, metido como andaba en los negocios políticos de los infantes, entonces ella pensaba ir a España con su nueva amiga la bailarina.

Dije a Fanny cómo estaba enterado de los asuntos del marqués de Montigny, de quien me habían contado su historia Valdés de los Gatos y Martín Murlot. Fanny quedó un tanto impresionada.

—No me hable usted de ese hombre —exclamó—. Es un miserable capaz de todo.

—Creo que está locamente enamorado de usted. —No sé. Yo no le quiero aunque me ofrezca montañas de oro. Es un canalla, capaz de cualquier infamia. Raúl, su hijo, se casó con la hija de la generala Lefèvre con el permiso del marqués, a pesar de que creía que eran hermanos.

—¿Y por qué?

—Pensaba que la boda era buena, y como la familia de Lefèvre iba tomando importancia, no tuvo ningún escrúpulo para el casamiento.

—Ahora, según me dijeron allí, está dispuesto a poner su fortuna a sus pies —le indiqué yo.

—Me es igual; no le quiero de ninguna manera. Prefiero vivir en la miseria que con ese hombre. Me ha llegado a dar a entender que si lo exige, como su mujer está enferma, él se las arreglará para precipitar su muerte para casarse conmigo. No quiero que se me acerque; si se me acerca, soy capaz de pegarle un tiro.

Y la Fanny tomó una actitud de violencia y de cólera.

Estuvimos largo tiempo hablando de este asunto. La Perlita nos contó su vida en Londres, donde había nacido y se había educado.

Al día siguiente, muy de mañana, volví yo a Luchón y a los pocos días a Tolosa.

V

CONVERSACIÓN ESPIADA

Esta mecánica de la política les apasionaba a los dos, y discutieron a César, a Catilina, a Carlos V, a Catalina de Médicis, a Robespierre, a Napoleón y a Talleyrand.

(La Isabelina.)

A principio de julio vino a verme René de Baissac, dispuesto a marchar a París y muy contento por dejar Bayona.

Le di mis instrucciones.

—Al barón de Colins —le dije— preséntese usted como un literato que quiere hacer carrera. Ante Valdés, quizá sea mejor que se muestre usted como un simpatizante del carlismo. Valdés ha andado con el estado mayor de Zaratiegui, en la expedición que hizo éste hace dos o tres años. Es hombre cínico, pero valiente; en esta expedición actuó de oficial y cruzó varias veces el campo enemigo cuando se peleaba en una acción reñida en Aranda de Duero, dando pruebas de su arrojo. Si usted se muestra con él un poco inclinado al carlismo, creo que conseguirá usted mejor su confianza.

—Así lo haré.

—No le diga usted que me conoce más que de nombre. Si habla usted de mí, puede usted correrse a decirle que, me tiene por un intrigante y por un canalla. Le estoy pagando mil francos al mes por redactar un boletín de noticias políticas, y no habla nada de la conjuración franciscana, porque está metido en ella y me hace traición.

Le di también a de Baissac una tarjeta para Luis Lurine y otra para Isaac Rodríguez, y nos despedimos afectuosamente, deseándole yo buena suerte.

Unos días después me escribió García Orejón hablándome de la conjura y, al poco tiempo, Martínez López, desde París, me mandó una carta mostrándose descontento de la camarilla de los infantes y diciéndome que Luis Felipe pretendía poner a su hijo, el duque de Montpensier, en disposición de ser rey de España.

René de Baissac llegó a París y fue muy bien recibido por el barón de Colins, por Valdés de los Gatos y por Luis Lurine. Este le presentó a varios amigos y redactores de periódicos, y, por de pronto, comenzó a escribir en *El Correo Francés*. La tarjeta de la Perlita le dio entrada en el teatro de la Opera.

De Baissac se hizo amigo, por intermedio de Lurine, de Marcelino Lamarque, agente secreto del ministro de Negocios Extranjeros. Lamarque volvía por entonces de Madrid.

Este Lamarque iba a salir días después para Bayona y le pidió informes a de Baissac. Un año más tarde publicó un folleto defendiendo el matrimonio del hijo del infante don Francisco con Isabel II.

En la última quincena de julio me decía de Baissac:

«Estoy en relaciones con los principales jefes de la conjura. Pronto conoceré sus intenciones al detalle. Valdés, que es la cabeza de la organización, deposita en mí toda su confianza. La conjura de París, según todas las apariencias puramente franciscana, tiene por objeto dar importancia a los

infantes y hacer que la gente los considere imprescindibles en la dirección del trono. Los carlistas y los esparteristas incitan a la acción a los franciscanos para aprovecharse de lo que éstos pueden hacer. Todos ven en la tramoya una manera de satisfacer su avidez de oro y de mando.»

#### CITA EN LIMOGES

De Baissac, por lo que me dijo después, me envió varios periódicos con notas sin importancia y una carta, y estos periódicos y la carta no llegaron a mis manos; sin duda los recogió la policía. Al enterarse de ello me mandó una esquila por conducto del mayoral de la diligencia Nuestra Señora de la Victoria, que hacía el trayecto de París a Tolosa.

La esquila decía así:

«Amigo: Le he mandado unos periódicos y una carta, y como veo que no ha contestado usted, comprendo que la policía los intercepta. Si le parece a usted, podíamos vernos a mitad de camino, entre Tolosa y París, en Limoges, y hablar largo y tendido. Si encuentra usted bien el proyecto fije usted el día y dele usted la contestación al mayoral, que me la entregará a mí.—B.»

Contesté a la cita diciendo:

«El día 5 de agosto, a la una de la tarde, estaré en Limoges, en la fonda del Aguila de Plata.—A.»

Me puse una peluca negra con patillas y gafas. Me cambiaba mucho la cara.

El día 4 tomé la diligencia de Nuestra Señora de la Victoria y por la mañana estaba en Limoges.

Llegué a este pueblo, de calles laberínticas y estrechas, y marché a la fonda sin preguntar a nadie. Tenía ésta una muestra saliente a la entrada, colgando de una pértiga de hierro. Consistía en un águila blanca, con las alas desplegadas, sobre fondo negro y rojo, pintada en una lámina de metal.

No hice más que entrar en el comedor del Águila de Plata y saludar a de Baissac, cuando apareció un señor viejo, con aire ensimismado y distraído, que se asomó al sitio donde nos encontrábamos nosotros y se sentó cerca. De tácito y común acuerdo, mi compañero y yo nos callamos.

De Baissac se acercó al dueño y le preguntó:

—¿No podríamos almorzar este amigo y yo en un cuarto aparte?

—¿Pues, por qué?

—Tenemos que hablar de nuestros asuntos y no queremos moscones al lado.

—Bueno, pues suban ustedes.

Dejamos el sitio donde nos encontrábamos y al señor de aire ensimismado y distraído, y subimos al piso principal, a un cuarto pequeño. Este cuarto se cerraba con una puerta poco sólida, que tenía un agujero en el sitio de la llave, desde donde se podía oír una conversación. Había, además, encima de la chimenea, un biombo de tela empapelado.

El mozo que se presentó tenía el aire cínico de un perfecto bribón. Nos preguntó qué queríamos almorzar. Insistió en que tomáramos el plato del día; un guisado de cordero, y yo le dije que nos trajera huevos pasados por agua y una terrina de *foie gras*.

—¿Por qué quiere usted que comamos tan ligeramente? —me preguntó de Baissac.

—Esta gente del hotel se me está haciendo sospechosa. No vayan a darnos algún narcótico o algún veneno.

Comimos los huevos y el *foie gras*, pagamos y salimos a la calle. Fuimos luego al café del Muelle. Al poco rato se sentó cerca de nuestra mesa uno de los que estaban en el comedor del



Águila de Plata.

—¡A la calle! —dije yo.

Salimos del café, bajamos hacia el río y cruzamos por el puente a la otra orilla.

Esperamos a la salida por si alguno nos seguía, y cuál no sería mi sorpresa al ver a Labrière que venía hacia nosotros con Mejía, que iba disfrazado de campesino.

—No le arriendo la ganancia al que se acerque —dije en voz alta sacando la pistola.

De Baissac enarboló su bastón de hierro.

Los dos hombres hicieron como que no nos conocían y se alejaron rápidamente.

—¿Quiénes son? —preguntó de Baissac.

—El uno es un jefe de policía de Tolosa.

—¿Y el otro?

—El otro es un carlista español, que sirve de confidente.

—¿Y se llama?

—Mejía.

—¿No se atreverán a seguirnos?

—No, creo que no.

En el campo y sin testigos, pudimos hablar largamente. De Baissac me contó con muchos detalles los proyectos ambiciosos de todos los conjurados.

—En esta conjura —concluyó diciendo— andan metidos los infantes, los republicanos y los carlistas.

—Ya me ha contado usted los hechos y los detalles, muchos ya conocidos por mí —le dije—. Vamos ahora a las consecuencias y a las consignas. ¿Qué se debe hacer según usted?

—Primero: creo que la reina madre no debe salir de España; a todo trance debe resistir dentro del país, en Barcelona o donde sea.

—Estoy de acuerdo; lo malo es si ella no sólo no quiere resistir, sino que desea marcharse.

—Entonces no hay posibilidad de hacer nada.

—Siga usted.

—Segundo: si la reina se queda, no debe entregarse de lleno a ninguno de los dos partidos extremos. En privado debe dar su confianza a personas que conozca, que sean de buena fe, que no pertenezcan a ninguna bandería y, sobre todo, que sean verdaderos patriotas.

—Me parece justo.

—Tercero: opino que María Cristina debe cultivar la amistad y la buena armonía con Luis Felipe.

—En eso está de lleno.

—Francia tiene hoy más popularidad entre los demás países que nunca. Convertido en pueblo enemigo, podría hacer mucho daño.

—Es evidente.

—Cuarto: si a María Cristina no le es posible conservar el acuerdo con las dos naciones que están en acecho y se disputan la influencia en España, opino que debe abandonar a los ingleses y guardar la amistad con los franceses. Esto no lo digo como francés, sino como lo puede decir un abogado imparcial en un asunto que defiende.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Si hubiera medio de convencer de ello al general Espartero, sería hacer un gran servicio a España.

—Es muy difícil. El general está entregado a las viejas de la masonería, a las arpías de las logias, que son anglómanas.

—Pues si es así, ese hombre se pierde y al perderse él hunde al trono, a España y a la libertad.

—Esos viejos masones no respiran más que influencia inglesa, por haber comido allá, como se dice el pan de la emigración. No comprenden que el agradecimiento particular y la política no son lo mismo. Un país puede tener buenas gentes y al mismo tiempo un gobierno egoísta y

maquiavélico.

—Es el caso de Inglaterra.

—Siga usted.

—Como resumen: creo que los acontecimientos se van precipitando. La reina empieza a estar en peligro y quizá con ella la libertad española. Lo que va pasando en este viaje de María Cristina es de influencia inglesa, no hay en ello nada francés.

—¿Cree usted?

—Así se desprende de las conversaciones de unos y de otros, enterados de estas tramoyas. Valdés dice que todo estaba combinado y que él lo había anunciado con gran antelación. La intriga franciscana va ahora a remolque; Valdés me ha asegurado que los celos de María Cristina por Muñoz los ha favorecido hábilmente su hermana Carlota.

—¿Cómo?

—Haciendo que desde Madrid le mandaran anónimos a Cristina contándole los devaneos de Muñoz, unas veces ciertos y otras falsos. Como Carlota conoce tan bien a su hermana y sabe su carácter, ha conseguido que ella, exasperada por los celos, se haya decidido a dejar la corte.

—Me parece mucho maquiavelismo.

—Valdés lo asegura así.

—¡Quién sabe! Quizá sea cierto.

#### MANIOBRAS ENTRECruzADAS

—¿Y las maniobras de Valdés y de los franciscanos, cómo no trascienden? —pregunté yo.

—Según ellos, ahora están a la expectativa. Si pueden, se aprovecharán de los acontecimientos como mejor les convenga.

—¿Entonces son los progresistas los únicos que actúan en el momento?

—Por ahora, sí.

—¿Y qué harán?

—Van a impedir que la reina vuelva a Madrid, la despojarán de la regencia y la enviarán a Nápoles.

—¿Y podrán?

—Veremos.

—¿Y no hay colaboración de otros partidos?

—Quizá los carlistas bajo capa intervienen en el asunto. A ellos, naturalmente, les gustaría destruir la Constitución.

—Sería necesario averiguar con detalles los planes del partido carlista.

—Veré si puedo enterarme. Actualmente creo que todo el interés gira alrededor de la actitud del general Espartero.

—El nublado contra la reina es cada vez más denso.

—María Cristina ha estado muy torpe. Los conjurados de París aseguran que, si la reina escapa esta vez, en el mes de septiembre o de octubre no escapará, pues en esa época estarán ya atados todos los cabos.

—¿Y tenían hechos preparativos en Barcelona?

—Parece que sí. Sobre todo los progresistas están muy preparados. Uno de los que parece que va a actuar es Van-Halen, que es capitán general de Cataluña. Valdés dice que Espartero no obra bajo la influencia de los amigos del infante don Francisco; pero que ahora es el momento en que tomarán parte los conjurados parisienses.

—¿Y siguen con su viejo proyecto de regencia?

—Sí; quieren proclamar a don Francisco de Paula regente por tres meses; casar a Isabel con el hijo mayor de la familia, que tiene diecinueve años, y que tome lo antes posible las riendas del

Estado. Hablan de esto como de cosa hecha, como si los medios de que pueden disponer fueran infalibles.

—¿Se entenderán franciscanos y esparteristas, si llegan a triunfar?

—Eso no se sabe. Lo que parece cierto es que, al mismo tiempo que la conjura parisiense, hay otra que tiene centros en Londres y en Madrid y que está dirigida por algunos masones partidarios de Inglaterra.

—¿Y esos cree usted que aceptarían la regencia de un hombre mediocre como don Francisco?

—No sé; ellos pretenden expulsar a la reina del territorio español y formar un gobierno que contente a los santones de la masonería y a los políticos ingleses. Los conjurados de Madrid adormecen con esperanzas de regencia al infante don Francisco y tratan de engañar a los políticos británicos.

—Me parecen muchas ilusiones.

—Pues las tienen.

—Todo esto hace que la situación de la reina gobernadora sea muy difícil.

—Difícilísima. Si no se las maneja con mucho tacto, por ahora está perdida. Todo ello es positivo, bebido en buenas fuentes, y no hay medio de evitarlo más que empleando una gran actividad. Hay que decir a la reina que es necesario que varíe de criterio, porque si no pierde la corona.

—¿Usted qué cree que debía hacer?

—Yo, por lo que oigo a los unos y a los otros, creo que el único sistema que podría emplear María Cristina sería abrir las arcas, que las tiene, según dicen, bien repletas, y comprar a los enemigos. Dinero y cargos a los progresistas, dinero a los franciscanos y a los carlistas, y los dominaba, seguramente.

—Es un sistema que no va a aceptar. Me temo que es avara.

—Pues si ama más el dinero que el trono, tendrá que largarse.

## THIERS

—¿Y Thiers, qué actitud tiene? —pregunté a de Baissac.

—Thiers está siempre en la misma disposición de ánimo; es decir, que no hará nada directamente; pero que favorecerá y dejará hacer. Luis Felipe parece que ha repetido el otro día: «Ese matrimonio me conviene», y la reina ha añadido: «El hijo del infante tiene nuestras simpatías.» Son sus propias expresiones.

—¿Y usted supone que Luis Felipe conoce el proyecto de expulsar a la reina de España?

—No; ese proyecto es independiente de la alianza matrimonial.

—¿Y Thiers o Guizot, no harán algo por la reina?

—Thiers sabía que el viaje a Barcelona era una celada contra María Cristina. Parece que se lo advirtió a ella misma, y cuando supo el cariz que iban tomando los acontecimientos en la ciudad mediterránea, dijo a sus íntimos: «Ya se lo había yo predicho.» Indudablemente la reina tiene malos consejeros.

—Pero no todos le aconsejan de la misma manera. La causa principal de sus tropiezos creo que es su avaricia, y que en este momento no le ilusiona la regencia y piensa en ir a París, a contar con Muñoz sus caudales y pasear sus amores con libertad.

—¿Y usted, Aviraneta, supone que la reina es una condición indispensable para la libertad española?

—A mí me parece que sí, sea una mujer de noble conducta o sea una cortesana.

—El gobierno francés piensa lo mismo. Está interesado en apoyar a Cristina, considerándola por ahora la solución mejor para el país.

—La cuestión es saber hasta dónde llegará ese apoyo.

—Eso es muy difícil de saber. Sólo Thiers, Guizot y Luis Felipe lo sabrán. Parcent, Valdés y sus amigos seguramente no lo saben.

—¿Cree usted que se lo dirían a usted si lo supieran?

—Sí; estoy muy ligado con Valdés. Todos los días viene a verme a casa y hablamos.

—Yo quedé pensando en las soluciones posibles.

—Creo, amigo don Eugenio —dijo de Baissac—, que debe usted apresurarse a poner todos sus medios, sin economizar ninguno, para ver de parar el golpe que meditan esas gentes contra Cristina y contra la libertad.

—¡Yo puedo hacer tan poco! Me están inutilizando.

—Ya se levantará usted.

### EL ODIO DE LA INFANTA

—¿Y los infantes y sus amigos, dicen algo de mí? ¿Saben que yo trabajo contra ellos?

—Sí.

—¿Y qué dicen?

—Valdés se ríe. Asegura que es usted muy zorro; pero que se va usted haciendo viejo y sentimental y perdiendo los papeles.

—¿Y los infantes?

—La infanta Luisa Carlota, con su carácter violento y arrebatado, al saber que usted trabaja contra las pretensiones de su familia, ha dicho que hay que perseguirle a usted de todas maneras, sin dejarle respirar, como a una alimaña, porque es usted un personaje peligroso e intrigante, y que hay que suprimirle los medios de vida que pueda tener.

—¿Así que está rabiosa contra mí?

—Completamente rabiosa. Dice que está deseando que usted reviente.

—En eso de reventar creo que ella, que es apoplética, reventará más fácilmente que yo, que estoy en los huesos, y soy animal de sangre fría.

Terminada nuestra conversación volvimos a Limoges y por la noche tomé la diligencia para Tolosa.

### AVISO A PITA PIZARRO

Al llegar encontré un recado escrito de García Orejón. Me citaba en Bagnères de Bigorre. Fui allá en seguida.

Almorzamos juntos el picador y yo. Me dijo que había tenido varias entrevistas con los franciscanos.

—El plan que piensan seguir, en lo sucesivo, el conde de Parcent y los suyos es separar a la reina de España del gobierno y embarcarla.

—¿Pero lo conseguirán?

—Ya lo veremos. Esta maniobra puede ser un lazo, al mismo tiempo, contra Espartero y contra la reina.

—¿Y a beneficio de los infantes?

—¡Ah, claro!

—La cuestión es realizarlo. Son varios los que acechan el fruto por si cae del árbol. Veremos quién se lo come.

—Mire usted la carta que escribe Martínez López, verá usted la confianza que hay entre los franciscanos por su futuro triunfo y el viaje de Parcent con su familia, a San Sebastián.

Leí la carta.

- ¿Qué cree usted que debemos hacer? —le dije.  
—Escriba usted a Pita Pizarro.  
—¡Pero si le he escrito ya muchas veces!  
—Pues escríbale usted una más.  
—Yo no tengo medio seguro de que le llegue la carta.  
—Yo sí —dijo García Orejón.

Escribí una minuta lacónica, con fecha del 8 de agosto, explicándole a Pita Pizarro lo que se tramaba en París y en Barcelona, excitándole a que se lo comunicara lo más rápidamente posible a la reina.

Concluía diciendo:

«Avisé usted a María Cristina. Dígale usted que no se apresure, que reflexione, que tenga calma, que haga lo posible para volver al instante a Madrid, porque en Barcelona está en gran peligro. Puede estallar un motín que le obligue a salir de España. Si quiere conservar el trono, que emplee el dinero a manos llenas. Sobre todo, serenidad y serenidad. Si tiene tiempo aún, que no se eche en brazos de una tendencia conservadora exagerada, ni en la exaltación progresista. Que espere capeando el temporal. Si toma una resolución de mujer despechada, está perdida.—A.»

Mi aviso fue perfectamente inútil. En aquel asunto la habilidad del gabinete inglés triunfó. Los políticos británicos dirigieron el movimiento en beneficio de Espartero y trastearon al gabinete de las Tullerías. Luis Felipe, ofendido, no hizo nada en favor de María Cristina. Consideraba que ella también le había engañado con su devoción por Espartero.

#### DEFRAUDADO

Don Pío Pita Pizarro, muy amigo de la reina gobernadora, le remitió mis avisos y comunicaciones. María Cristina, meses después, cuando fui a verla a Marsella, me dijo:

—He recibido a tiempo sus consejos; pero otros me aconsejaron no sólo que no los siguiera, sino que eran peligrosos e intencionados.

En aquella época, el marqués de Miraflores y sus amigos fueron los oráculos; en cambio yo, pobre agente del gobierno, fui desdeñado.

Después me abandonaron, con escasos recursos, en un rincón de Francia, vigilado por policías franceses y españoles.

Mi situación iba siendo difícil. No podía moverme ni marchar a París. El ministerio de Luis Felipe me lo había prohibido; el encargado accidental de los asuntos españoles me demostraba su hostilidad, y mientras tanto, los carlistas, enemigos encarnizados de la Constitución y de la reina, podían hablar allí libremente y conspirar a su gusto.

Convencido yo de que había complot franciscano, quise convencer también al marqués de Miraflores, y le escribí dándole muchos detalles del asunto. El marqués dijo que ya estaba en autos, que le parecía una cosa disparatada y absurda y que un proyecto de boda no podía ser un complot.

El marqués, por lo que me dijo un agente mío, estaba, como todos los moderados que vivían en París, muy preocupado entonces con la actitud de los partidarios de don Carlos. Querían engrosar el partido moderado, un tanto flaco, y pensaban que los carlistas se unirían a ellos. Así se lo dijo a Thiers; pero éste, más sagaz, le contestó que no lo creía y tenía razón.

Miraflores no manifestaba gran interés en volver a la embajada de París. Pasada la guerra, ya no habría gran cosa que hacer allí, no se necesitaría tampoco intrigar ni ser un personaje, ni verse constantemente con los ministros franceses.

Pude, durante algún tiempo, seguir enviando a Pita Pizarro, por conducto de García Orejón, noticias recibidas de París y de Bayona, y le remití una copia literal de la Memoria de Marcelino

Lamarque, agente del ministerio francés en los negocios de España, presentada a Thiers. Este documento lo pude conseguir gracias a René de Baissac.

Después García Orejón desapareció de Bayona y quedaron interrumpidas mis relaciones con Pita Pizarro. Ya no tenía más medios de comunicación con España que los periódicos.

*Itzea.—Septiembre 1934*

## ÍNDICE\*

ADVERTENCIA DE LEGUÍA .....	7
-----------------------------	---

### PRIMERA PARTE

#### SONDEOS

I. La logia de la calle del Lobo .....	11
II. Tolosa .....	18
III. El Pabellón Verde .....	28
IV. La infanta Luisa Carlota .....	37
V. Mejía .....	47

### SEGUNDA PARTE

#### PARÍS, LA AVIDEZ DEL ORO

I. El Hotel de Angulema .....	53
II. Recelos de la Embajada .....	62
III. Gran mundo .....	65
IV. Gente del arroyo .....	85
V. Revolucionarios .....	98
VI. El tío Capet .....	103
VII. Teresa Valcárcel .....	110
VIII. Proposición de un banquero .....	117
IX. Los compadres zorros y las pequeñas raposas .....	122
X. La condesa D'Orval .....	132
XI. Mis conocimientos en París .....	136
XII. Una historia de Valdés de los Gatos .....	144
XIII. Una encerrona frustrada .....	154
XIV. La casa de Capet .....	158
XV. Peregrinación con el padre Atanasio .....	162

### TERCERA PARTE

#### MAQUINACIONES

I. Un agente triste .....	171
II. La casa de Esperamons .....	180
III. Apartamiento y melancolía .....	184
IV. De Baissac el elegante .....	187
V. Conservación espía .....	194

---

\* La paginación hace referencia a la edición impresa [Nota del escaneador].